DESTINO



LIBRO DE LECTURA

por J. M. AUBIN

ANGEL ESTRADA y CIA
EDITORES
BUENOS-AIRES

LL
1913
AUBD

Biblioteca Nacional de Maestros

00000712

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

DESTINO

Biblioteca Nacional de Maestros

Es propiedad de los **Editores**, *quienes la ponen bajo el amparo de la ley N.º 7092.*

Biblioteca Nacional de Maestros

JOSÉ M. AUBÍN
PROFESOR NORMAL

DESTINO

CUARTO LIBRO DE LECTURA

TERCERA EDICIÓN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BUENOS AIRES
ANGEL ESTRADA Y CIA.—EDITORES
466—Calle Bolívar—466

Biblioteca Nacional de Maestros

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS POR LA CASA

Diálogos y Monólogos.
Ejercicios sobre los programas de tercer grado.
Ejercicios Graduados.
Nociones de Geografía, para 4.° grado.
» » » » 5.° »
» » » » 6.° »
Historia General, para 3.er grado
» » » 4.° »
» » » 5.° »
» » » 6.° »
Historia Nacional, para 3.er grado
» » » 4.° »
» » » 5.° »
» » » 6.° »
Lecturas sobre Historia Nacional.
Lecturas Geográficas é Históricas.
Vocabulario Infantil.
La Composición y el Estilo.
Anecdotario Argentino.
Mármol y Bronce.
Cosas de Niños.
Cuentos de la Abuelita.
Sentimiento.
Destino.
Vida Diáfana (en preparación.

Biblioteca Nacional de Maestros

A mis queridos compañeros, los señores Inspectores Técnicos de las Escuelas Comunes de la Capital Federal.

En prueba del profundo e inquebrantable afecto que les profesa,

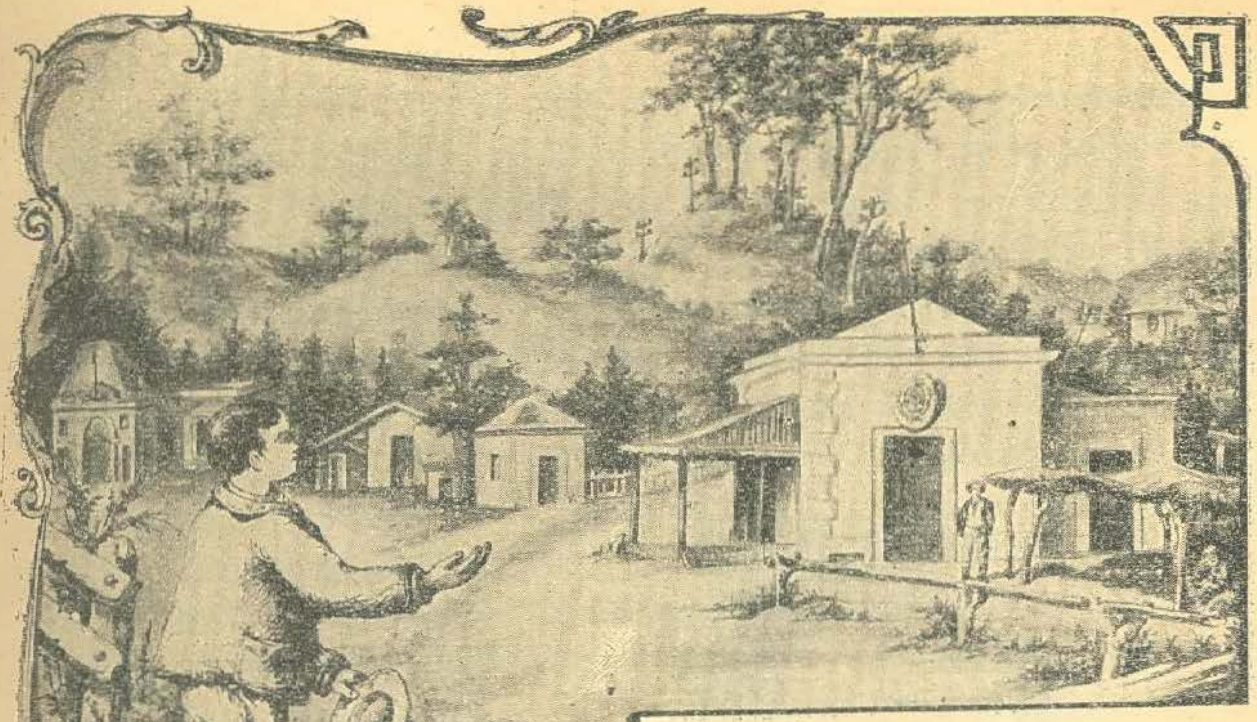
su colega y amigo

José M. Aubin

Buenos Aires, 12 de Mayo de 1913.

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros



¡Adios, mi Escuela.

CAPÍTULO I

Tocan á su término las alegres vacaciones, y se van con ellas las horas plácidas de solaz y esparcimiento.

Las puertas de la escuela, de mi amada y querida escuela, por tanto tiempo cerradas, volverán á abrirse, y sus aulas, hoy aun desiertas y silenciosas recobrarán su aspecto ordinario, inundadas de luz, aire y sol, henchidas de claras voces infantiles, gárrulas y acariciantes como el parloteo de los pájaros y suavemente

Biblioteca Nacional de Maestros

puras como el argentino timbre de un cristal.

Los pequeñuelos pasarán aún muchos días, años quizá, bajo el amparo de su amigo techo; los grandes, los mayores, no.

Terminado el último curso, y con él, el período de la instrucción elemental, otra existencia empieza para nosotros: ¡vamos dejando de ser niños para empezar á ser hombres!



¡Ser hombres!... ¡Qué emociones tan graves, profundas y hondas levantan en mí tales palabras: primero, me posee un sentimiento de noble orgullo; luego, se apodera de mi alma una sensación triste, inquieta, de suave melancolía!

Hay que dar un ¡adiós!... un adiós, como todos ellos, doloroso y amargo, á las aulas que me son tan familiares; á estos refugios claros y tranquilos, en las que tantas horas felices pasé al lado de hombres bue-

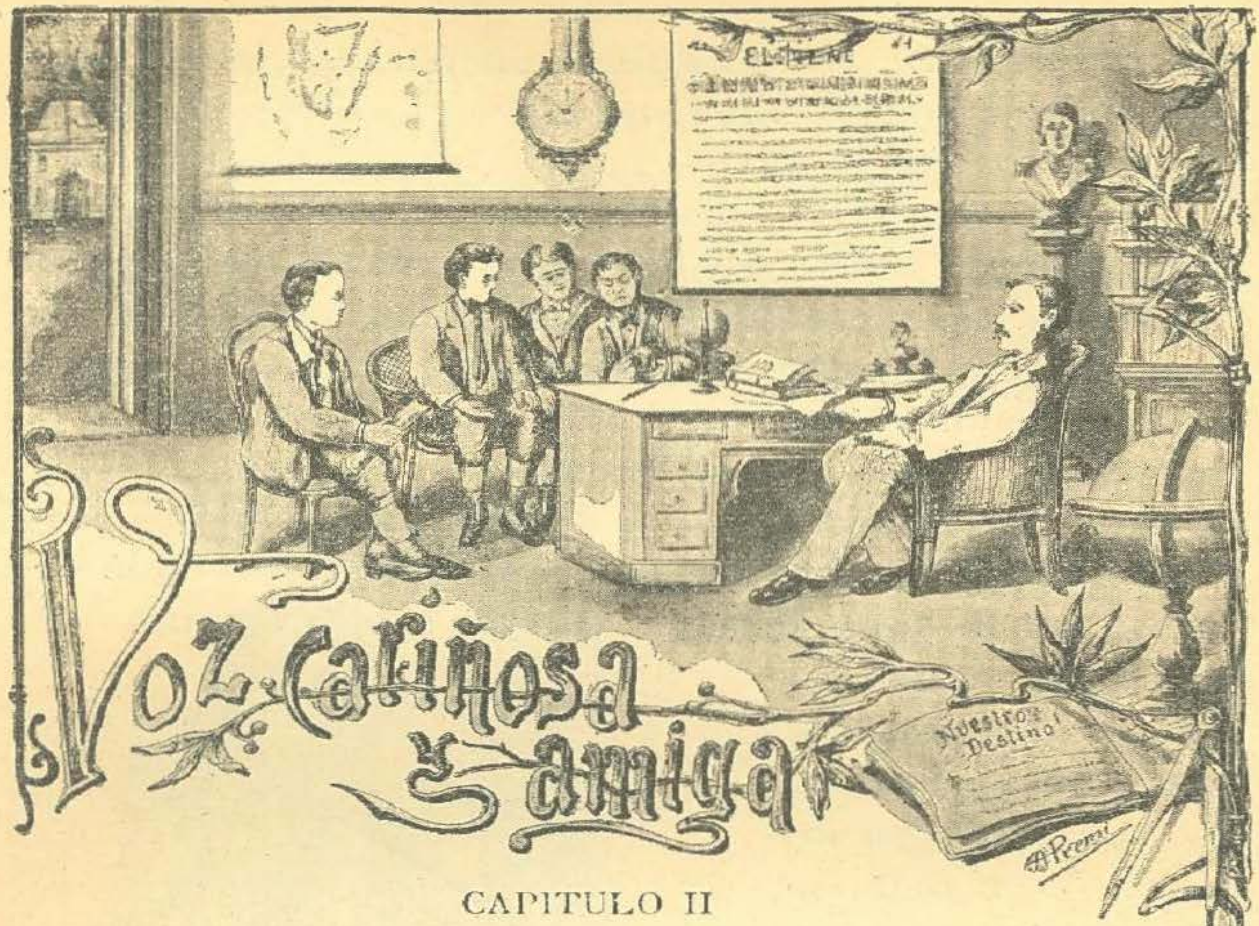
Biblioteca Nacional de Maestros

nos y abnegados que se esforzaron para abrir mi inteligencia á la luz del saber, mi corazón al bien, mi alma al encanto de la virtud.

Al dejarte para siempre, casa que me albergaste durante tantos años; amable recinto donde tan amado fuí; donde trabé infantiles amistades que me son caras, y que, quiera Dios se afiancen con el tiempo para perfumar mi vida entera, mi corazón se siente oprimido y angustiado, y mis ojos se humedecen; porque, sólo los ingratos, las almas yertas y los corazones insensibles se alejan sin pena de los lugares donde han vivido de niños; donde aprendieron á pensar, sentir y amar.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPITULO II

Camino de la escuela, donde nos llevaba el común propósito de dar la despedida á nuestro buen director, nos hemos encontrado los íntimos, los inseparables: Eugeniano, cada vez más fortacho y discutidor; Bartolito, que ya no es la personilla delgaducha del año pasado, pero que continúa siendo el contradictor y picapleitos de siempre; Rafael, complaciente, tolerante y bondadoso y Felipe, el pampita, benévolo, condescendiente y servicial, como de costumbre, pero, cada vez más serio y meditabundo y en cuya bella y melancólica mirada parece

Biblioteca Nacional de Maestros

reflejarse el destino de su raza; la nostálgica memoria de algo que fué, de algo desvanecido para siempre.

Don José nos recibió con aquella amable cordialidad tan exquisita y tan suya.

—Ya me extrañaba no verles á ustedes por aqui, estando tan próximo el momento de partir.



—Tú, Eugeniano, supongo que no cabrás en ti de gozo, viendo, por fin, llegado el instante de realizar tu ardiente anhelo de conocer la espléndida Buenos Aires, la soberbia capital del Sur.

—Si, señor, estoy contento.

—¿Y tú, Bertito?

—Yo también; además, voy con papá, y esto aumenta mi satisfacción; pero, me pasa algo que no sé explicar.

—¿Qué te sucede?

—Pues, me sucede que habiendo sido siempre, como usted recordará, un insigne juguetón y amigo de jarana, encuentro ahora triviales y desprovistos de atractivos las diversiones y esparcimientos que tanto me atrajeron un año atrás.

—Igual cosa me acontece á mí, —exclamó Rafael.

—Nada tiene de extraño esto que les pasa,—respondió sonriendo don José; —antes bien, está muy al caso y puesto en razón.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Lo que ustedes notan y lo que les preocupa, sin que acierten á explicarse la razón y el porqué de ello, es que de una manera lenta y gradual, se robustece en ustedes la visión del porvenir, el sentimiento de la responsabilidad; es que presienten que la vida no es un juguete, sino una cosa grave y muy seria, de cuyo empleo sólo ustedes mismos serán responsables; y esta intuición les induce á meditar y á prepararse para encarar y cumplir su destino.

—¡Nuestro destino!...

—Sí, su destino. ¿Verdad que esta palabra, aun sin comprender del todo lo que significa, impone é impresiona?

—Es cierto, señor.

—Sí, todos sentimos lo mismo, —susurró Felipe.

—Y es bueno y conveniente que todos lo sientan. Conviene que antes de salir del todo de la infancia, de esa edad sin penas ni preocupaciones, comiencen á darse cuenta de que la vida les impondrá en lo sucesivo día á día, nuevas responsabilidades y obligaciones que ustedes ineludiblemente deberán cumplir; que dentro de breves años serán ustedes ciudadanos y jefes de familia, y que, para llenar dignamente tal misión, es necesario poseer un espíritu reflexivo y sereno; un corazón recto y noble y una voluntad inquebrantable, firme y segura.

Pero, no basta esto: en la lucha por la vida se dan golpes rudos y contundentes, pero también se reciben; se siente á veces la desbordante alegría del triunfo, pero

Biblioteca Nacional de Maestros

hay también horas sombrías de amargo desaliento; instantes en que nos sentimos vencidos y próximos á desesperar y á desfallecer.

Entonces, para recobrar el ánimo, para retemplar el espíritu abatido, necesitamos consuelo; quien reanime nuestras esperanzas, quien nos tienda una mano protectora; y esto, sólo puede hacerlo ese algo santísimo y noble que baja del cielo y que no anida sino en las almas serenas y grandes: la amistad, ¡no lo olviden ustedes nunca!

Que nada ni nadie separe sus corazones; que los afectuosos lazos anudados en el banco de la escuela perduren y se afirmen, no sólo en la vida, sino más allá de la muerte.

Sean siempre todos para uno y uno para todos; compartan penas y alegrías, y evitarán la mayor y más dolorosa de las pesadumbres.

Recuerden siempre la lección de la llama: es necesario añadir siempre leña á la hoguera si deseamos que no lleguen á faltarnos nunca la luz y el calor.



Biblioteca Nacional de Maestros



El aleteo de una mariposa azul!....

CAPÍTULO III

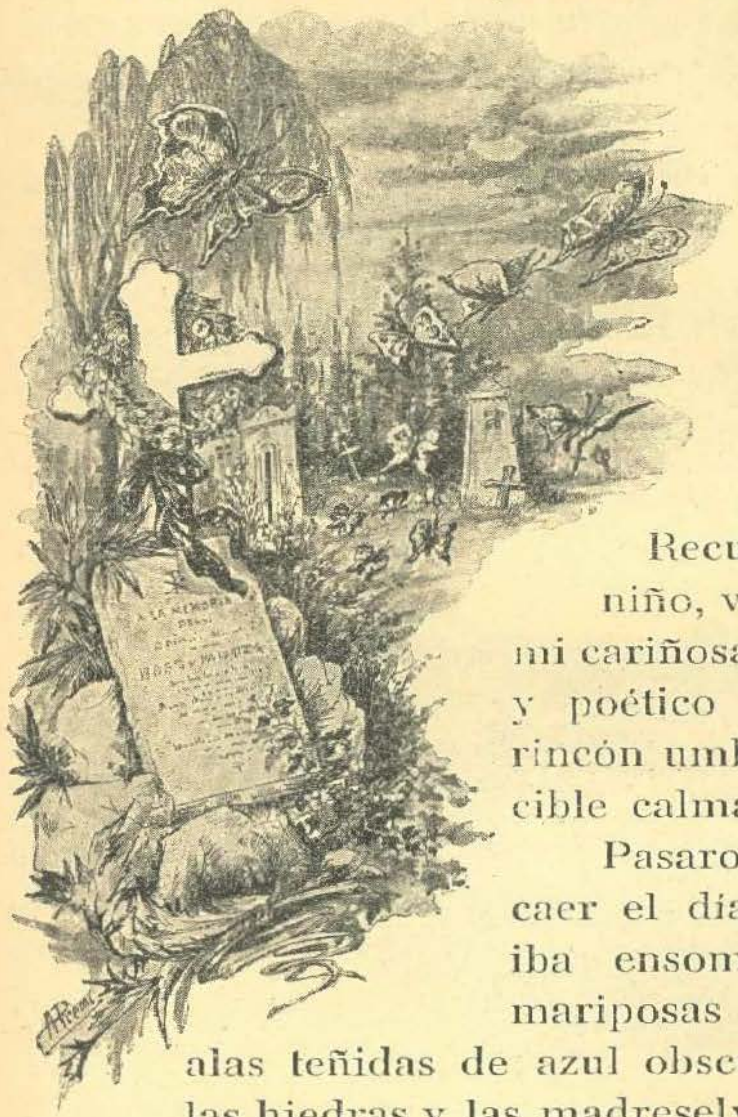
Muchas, muchísimas cosas quisiera decir á ustedes; tanto y tan intenso es el afecto que les tengo, que quisiera volcar en sus almas todo cuanto la experiencia de la vida ha sembrado en la mia.

El más puro de los goces que puede sentir un maestro es tener la seguridad de que sus alumnos le recuerdan; en cambio, nada puede afligirle tanto, y de un modo

Biblioteca Nacional de Maestros

tan doloroso, como sentirse olvidado; como abrigar el convencimiento de que su nombre no ha hecho otra cosa que resbalar sobre los corazones sin adentrarse en ellos.

Al terminar el día, cuando sus almas se recojan en sí mismas, déjenlas volar libremente para que traigan á la mía un recuerdo de mis caros amiguitos, de los inolvidables ausentes.



En cuanto á mí, siempre estaré con ustedes en espíritu y con toda el alma.

Recuerdo que siendo muy niño, visité, en compañía de mi cariñosa abuelita, un tranquilo y poético cementerio de aldea, rincón umbroso, de dulce y apacible calma.

Pasaron las horas, y, ya al caer el día, cuando la tarde lo iba ensombrando todo, muchas mariposas raudas y gentiles, de alas teñidas de azul obscuro, salieron de entre las hiedras y las madreselvas, de entre los jazmines y los rosales, y volaron presurosas perdiéndose en la lejanía.

Biblioteca Nacional de Maestros

—¡Oh!—exclamó mi abuela, dirigiéndose al viejo guardián de aquel campo del silencio;—¡qué extraño es esto! ¡qué hermosas son estas nocturnas viajeras!

El viejecito sonrió amable, y, dulcemente, murmuró con voz simpática y queda:

—Estas mariposas, señora, son los espíritus de los que aquí duermen, que en estas horas de recogimiento van á visitar á los que en vida amaron.

Así como aquéllos, mi espíritu volará todos los días hacia los que me son tan caros; hacia los que son de mí tan amados.

Todas las tardes, en la hora impregnada de calma y misterio, en que todo calla y medita, sobre las frentes cándidas de ustedes, mis queridos niños, irá á posarse una mariposa azul...



Biblioteca Nacional de Maestros



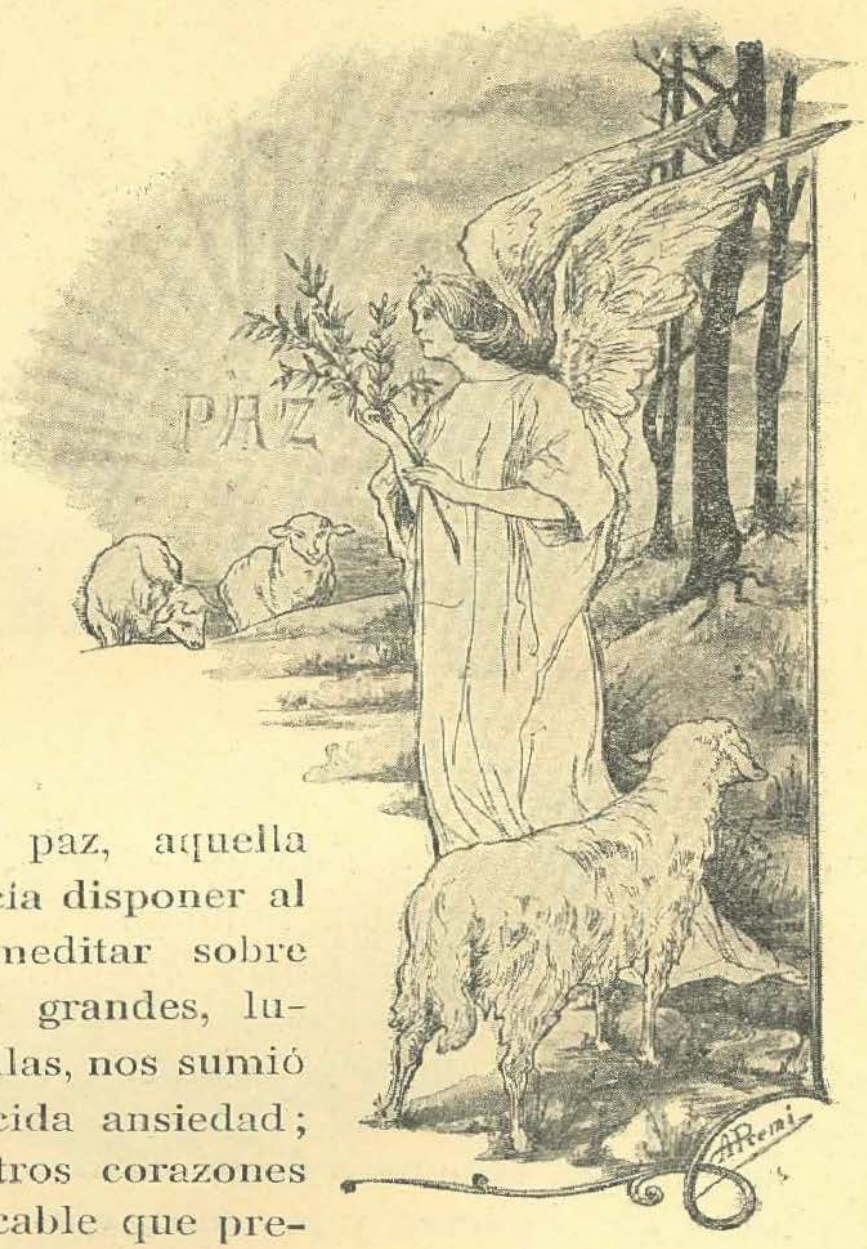
CAPÍTULO IV

Nos despedimos del amado maestro, y nos retiramos hondamente impresionados: las palabras *destino, deber* y *vida,* adquirian para nosotros una significación clara y fecunda; un relieve nítido y preciso.

Sentíamos la belleza de la acción; el poder del esfuerzo y la dulce embriaguez del triunfo, conseguido mediante la constancia y el trabajo.

Biblioteca Nacional de Maestros

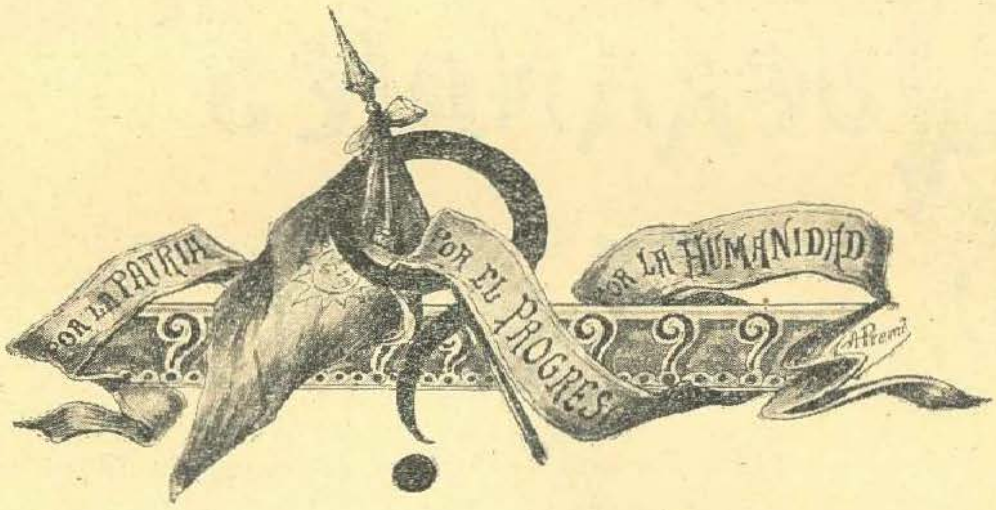
Un momento después, paseando, según nuestra vieja y habitual costumbre, por entre las quintas que rodean el pueblo, al espaciar la vista por los campos, trabó nuestro paso la magia divina del glorioso sol que sembraba de oro y de vívidos colores, los prados, los árboles, el río y las indecisas y veladas lejanías.



Aquel solemne espectáculo, aquella paz, aquella calma que parecía disponer al espíritu para meditar sobre cosas, más que grandes, luminosamente bellas, nos sumió en una desconocida ansiedad; levantó en nuestros corazones ese algo inexplicable que precede siempre á lo desconocido; á lo que ha de influir de un modo decisivo en nuestro porvenir, en nuestra vida.

Biblioteca Nacional de Maestros

Y en aquel instante de muda contemplación, ante aquella admirable y soberbia visión, surgió en nosotros un propósito inquebrantable y firme: el de ser hombres de acción y de sentimiento; fuertes y nobles; activos y estudiosos; capaces de realizar el bien y de contribuir, con la eficacia de nuestro esfuerzo, á la felicidad de los nuestros, á la gloria de la patria y al progreso de la humanidad.



Biblioteca Nacional de Maestros



Canto de Guerra de los Querandíes

CAPÍTULO V

I

¡Del Paraná, señores, el llano sin fronteras
vagar queremos libres! ¡Las armas extranjeras
nunca han llegado aquí!
La no domada tribu valor y fe atesora,
y fuerte nuestro brazo, arroja salvadora
¡la flecha querandí!

Biblioteca Nacional de Maestros

II

Otra arma de su flanco el querandí desata,
que como el viento vuela, que como el rayo mata:
¡la bola querandí!
No hay tribu que como ésta enderezarle sepa;
es arma querandiana: ¡su patria es la ancha estepa
del Tubichá-Miní!

III

Son nuestros esos llanos do caben mil naciones
de pajonal cubiertos, que hermosas brillazones
transforman en un mar;
son nuestros estos lagos que alternan en las lomas
do cisnes y flamencos y garzas y palomas
se miran juguetear.

IV

Los médanos son nuestros do el águila se posa,
la copa de las palmas, la arena deliciosa,
la sombra del ombú;
de la calandria el canto que el ánimo enajena,
el ceibo de flor roja, los prados de verbena,
¡las ondas del Guazú!

V

Para alcanzar el término de larga travesía
los aires y sus llanos nos dan su cacería,
su pesca el río-mar;

Biblioteca Nacional de Maestros

y libres recorremos, después de la batalla
en campo de victoria y nuestra sed acalla
¡la sangre del jaguar!

VI

¡Qué vengan los que quieran probar nuestra bravura!
¡cual huracán rugiente que arrasa la llanura
sobre ellos nos tendrán!
Se place en la pelea el querandí guerrero
y con valor se bate, porque no teme fiero
¡ni el trueno de Tupán!

VII

¡Qué crucen con sus naves el Paraná anchuroso!...
¡al abordaje intrépido del querandí animoso,
su audacia pagarán!
¡Qué asienten en un plano del llano sus moradas!
Cual quemazón que agita mil ondas inflamadas
¡ardiendo las verán!

VIII

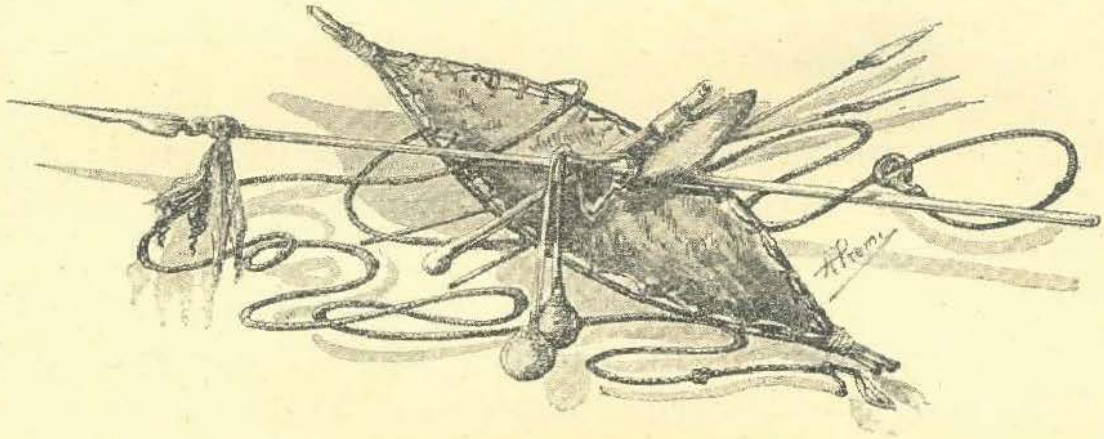
Vencido el enemigo querrá escapar en vano:
nosotros alcanzamos la gama que en el llano
va huyendo hasta el confín:
vencido el enemigo, su anonadada empresa
ejemplo será al mundo: ¡su lívida cabeza
será nuestro botín!

Biblioteca Nacional de Maestros

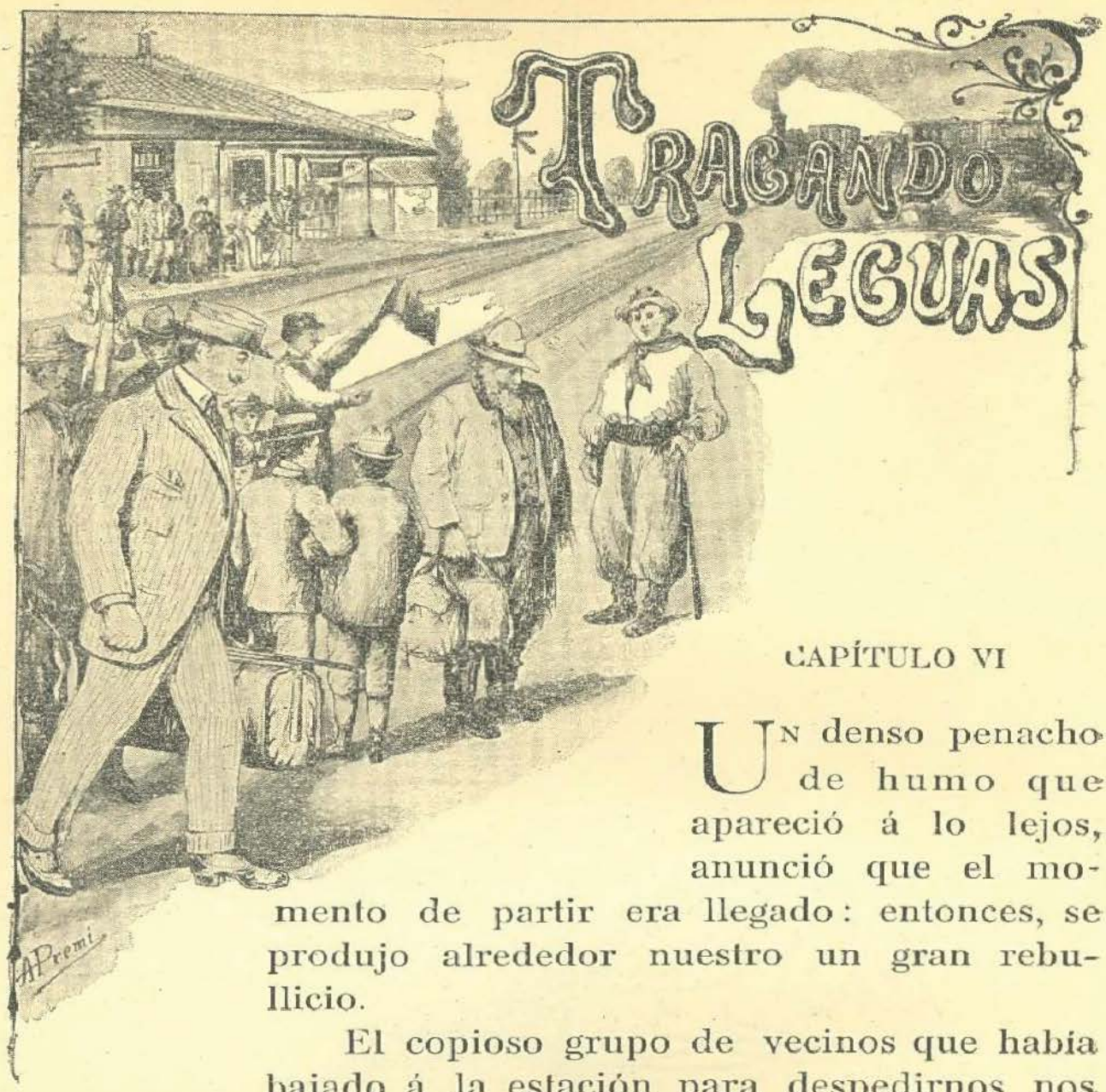
IX

Si vienen como hermanos, con ellos gozaremos
de un cielo siempre puro; con ellos libaremos
en paz el *abatí*.
Si quieren guerra... ¡guerra! de asalto y emboscada
¡tal vez será destruída... mas nunca esclavizada
la tribu querandí!

ADOLFO LAMARQUE.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO VI

UN denso penacho de humo que apareció á lo lejos, anunció que el momento de partir era llegado: entonces, se produjo alrededor nuestro un gran rebullicio.

El copioso grupo de vecinos que habia bajado á la estación para despedirnos nos rodeó, y por un breve instante, todos hablaron á la vez: hubo abrazos, apretones de manos, consejos, recomendaciones, cariños, y, como siempre, algunas lágrimas.

De pronto, restalló un silbido; tintineó una cam-

Biblioteca Nacional de Maestros

pana y subimos al coche acompañados de papá y del bonachón de don Miguel, el patriarca de San Martín de las *Tres Lagunas*, que pretextando no sé qué asuntos, quiso darse el gustazo de acompañar á Buenos Aires á sus amigos y compañeros de todas las horas, á sus queridos y cascabeleros *pibes*.

Jadeó de nuevo el tren; rugió la máquina y el convoy se puso en movimiento.

Durante un largo rato, permanecimos en la ventanilla agitando los pañuelos, fijos los ojos en los buenos amigos que íbamos dejando atrás, en las blancas casitas, también amigas, en las chacras, testigos de nuestros infantiles juegos, de prolongados paseos y de más de una travesura, hasta que todo empezó á desdibujarse para acabar convirtiéndose en indecisa y borrosa mancha: entonces nos sentamos callados y un tanto entristecidos.

Pero, al poco andar, gracias á la inconsistencia de impresiones propias de la infancia, fuímos dando al olvido lo que estaba ya lejos, para fijar toda nuestra atención en el espectáculo que á la curiosa vista ofrecían la llanura dilatada y majestuosa, el rancho humilde y aislado, el árbol añoso y solitario, ó los animales que, pausados y mansos cruzaban el campo, indiferentes unos, asombrados los otros: el finísimo velo de melancolía que al partir nos envolviera, habíase disipado para dar paso á la la locuacidad, á la risa y al buen humor.

— ¡Qué inmensa es la llanura! — murmuró Felipe.

— Parece infinita — dijo Bartolito.

Biblioteca Nacional de Maestros

—¿Parece? ¡Lo es! —afirmó mny serio Eugeniano, dispuesto siempre á echarlo todo á broma.

—¡Qué va á ser! —contestó su incansable contradictor.

—Mira si lo será, que se cuenta que había en una estancia un potro indomable, cuyo dueño ofrecía un cuantioso premio al que lograse someterlo á freno y rienda.



Un día, presentóse un joven de unos veinticinco años, y pidió se le permitiera hacer la prueba: todos los presentes le miraron con curiosidad y lástima, pues todos creían que aquel mozo iba á la muerte.

Pero, se engañaban; el recién llegado logró saltar sobre el lomo del arisco potro, que apuró todos los medios para desmontar al diestro jinete, y que, al ver que no lo conseguía, emprendió una carrera frenética, desesperada, loca.

De cuando en cuando llegaban noticias del arriscado caballista, pero siempre idénticas: se había visto

Biblioteca Nacional de Maestros

cruzar un caballo, rápido como una flecha, cuyo jinete se mantenía pegado á la silla, como si fuera de hierro.

Por fin, se supo que caballo y caballero se habían detenido al pie de los Andes; pero, ¡en qué estado!: al caballo se le habían caído los dientes de puro viejo, y el domador tenía la cabeza bola y la barba blanca.

Había empleado toda su juventud en cruzar la dilatada llanura argentina. ¡Mira tú cómo será de imponente!

—¿Y quién te contó tal paparrucha?—Te equivocas si piensas que voy á tragármela—dijo, entre enojado y burlón, el chispillas de Bartolín.

—¡Hombre! La persona que tal me contó, es un señor muy serio.

—Lo será—repuse yo;—pero, ¿sabes lo que te digo? que quien te contó tal narración, debía ser descendiente directo del celebérrimo barón de Munchausen.

—De Mun... ¿qué?—preguntó Rafael.

—¡De... Mun.... chausen!

—¿Y quién era este señor de tan raro y enrevesado apellido?

—Pues, el más salado y fresco de todos los exageradores, famoso por sus embrollas é increíbles enredos; ¿no lo conocéis?

—Yo, no.

—Ni yo tampoco. ¿Y tú, Rafael?

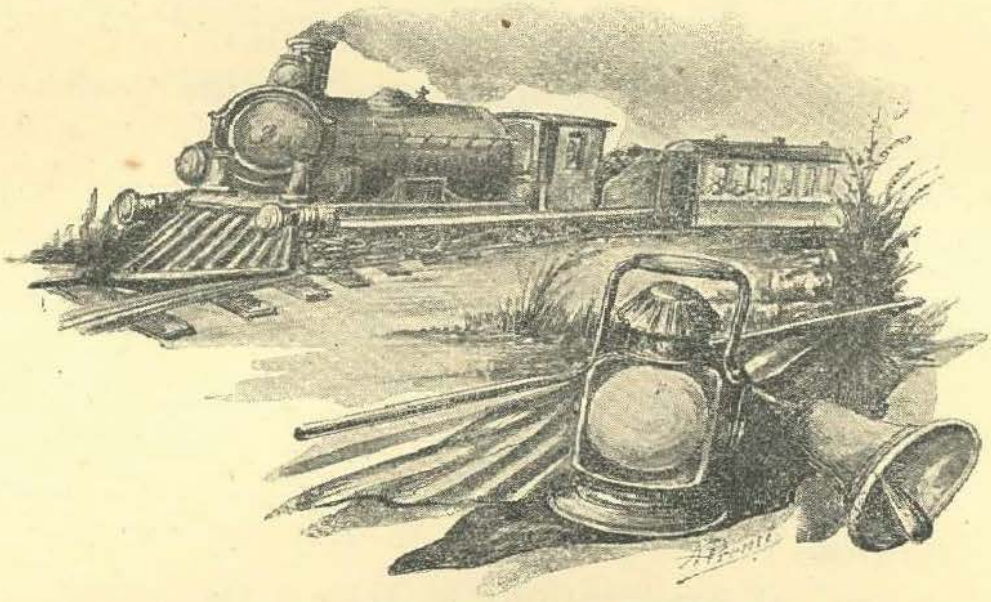
Biblioteca Nacional de Maestros

—¿Yo? Es la primera vez que oigo hablar de tal sujeto y de sus hechos, que quisiera conocer.

—¡Hombre! — exclamó Bertino; — nada más fácil. ¿Queréis que os cuente algunos de ellos?

—¡Ya lo creo!

—¡Vaya si queremos! Empieza ya.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO VII

Pues habéis de saber que hallándose un día el singular barón con algunos amigos, viendo caer la nieve, contó á los que con él estaban la siguiente fabulosa historia que voy á referiros:

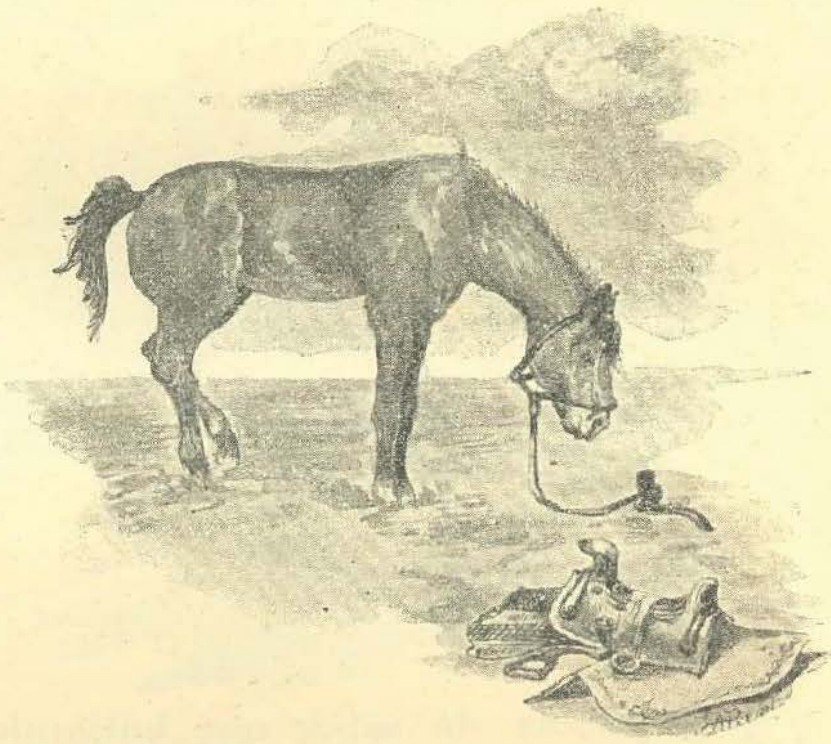
Tuve una vez necesidad, —empezó diciendo el aris-

Biblioteca Nacional de Maestros

tocrático embustero, —de trasladarme en pleno invierno á la corte de Rusia; y no queriendo tener tratos y quehaceres con postillones, maestros de postas y demás gente de tal calaña, resolví viajar á caballo.

En medio de la nevasca que me sorprendió, horas después de haberme puesto en marcha, perdí el camino, llegando á la noche sin encontrar ni sombra de población ó de casa donde pedir albergue.

Sin apurarme ante tal obstáculo, descabalgué muy tranquilo; até el caballo á algo saliente que crei fuera una raiz, y, envolviéndome en la capa, me tendí sobre la nieve, ya endurecida por el frío.



Á pesar de lo crudo del tiempo dormí de un modo tan profundo, que cuando desperté era día claro y lucía radiante el sol.

Pero, figuraos, mis queridos amigos, cuál no sería mi sorpresa, al encontrarme en la plaza de un pueblo, tan bonito como de mí desconocido, rodeado de una cantidad de

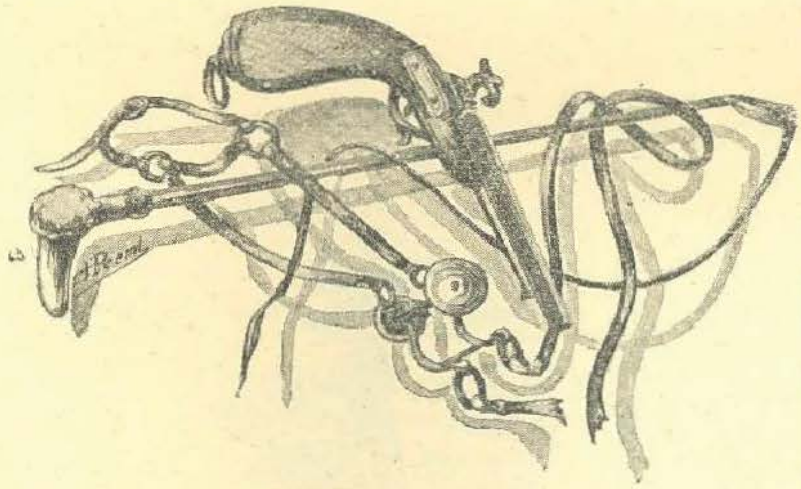
Biblioteca Nacional de Maestros

campesinos, hombres, mujeres y niños, que me contemplaban curiosos.

No viéndolo cerca de mí, pregunté por mi caballo, sin que ninguno de los que me miraban supiese darme noticias de él.

Empezaba á impacientarme, cuando oí un gran relincho sobre mi cabeza; miré hacia arriba y distinguí á mi cabalgadura haciendo piruetas en el aire, como si fuera un hábil volatín.

En el acto me dí cuenta de lo que había sucedido: cuando el día anterior me entregué al sueño, hícelo precisamente sobre el pueblo enterrado en la nieve; durante la noche, el tiempo había mejorado y la nieve se había derretido, bajándome lenta y suavemente hasta el suelo, mientras que mi caballo, privado de todo apoyo, quedó bailando en el aire, á más de cien pies de altura, sujeto á lo que yo había creído una raíz, cuando no era otra cosa que la cruz que remataba la torre de la iglesia.



Viendo la incómoda posición del pobre bruto, no vacilé un momento: así una pistola y apunté á las bridas que tuve la suerte de cortar de un balazo, libertando así al pobre caballo que

Biblioteca Nacional de Maestros

cayó en medio de la plaza, sano, salvo y sin un rasguño.

Monté al momento y proseguí mi camino, dejando asombrados y boquiabiertos á los muchos mirones que me rodeaban.

* * *

—¡Qué mentira!—exclamó Bartolin, así que terminé el relato.

—¡Qué atrocidad!—dijo Rafael.—¿Es posible que haya un hombre que invente tamaños embustes?

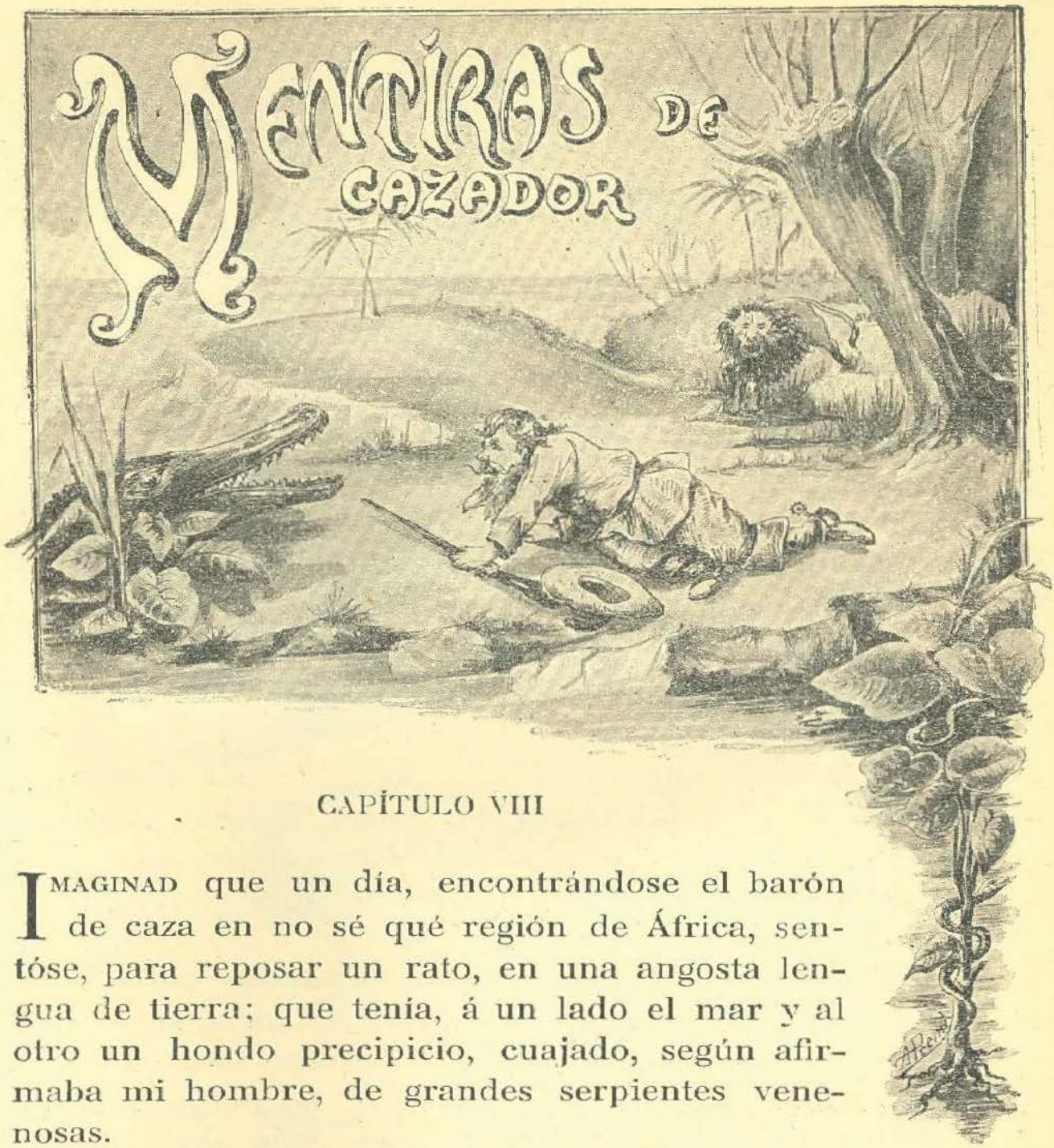
—¡Hombre! De poco te sorprendes. Sábete que lo referido es tortas y pan pintado en comparación con lo que me resta que contar.

—¡Qué! ¿Dijo tu barón una mentira más grande?

—Tú mismo juzgarás.



Biblioteca Nacional de Maestros



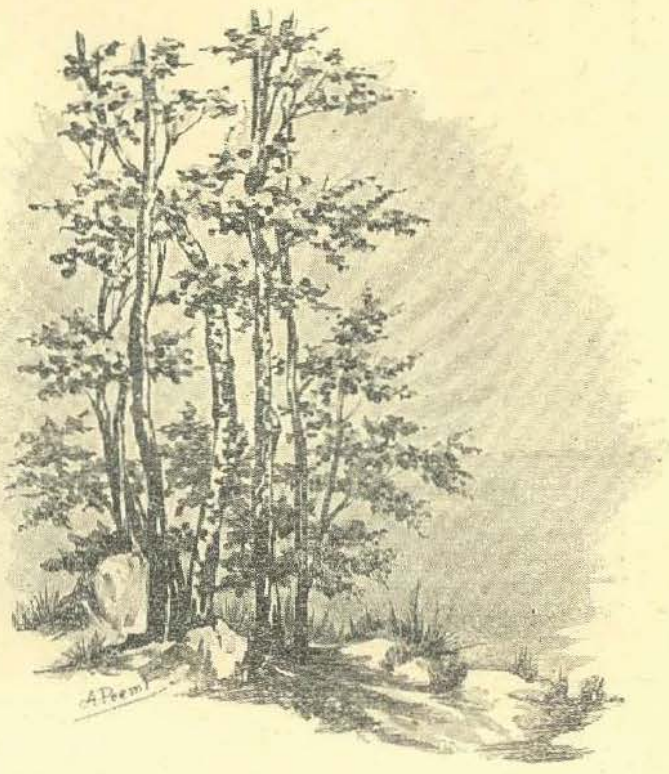
CAPÍTULO VIII

IMAGINAD que un día, encontrándose el barón de caza en no sé qué región de África, sentóse, para reposar un rato, en una angosta lengua de tierra; que tenía, á un lado el mar y al otro un hondo precipicio, cuajado, según afirmaba mi hombre, de grandes serpientes venenosas.

Entregado se encontraba Munchausen á la contemplación del panorama que se ofrecia á su mirada.

Biblioteca Nacional de Maestros

cuando, al volver la cabeza hacia atrás, notó la presencia de un enorme león que daba muestras inequívocas de quererse tragar al extraordinario aventurero.



La escopeta del barón estaba cargada con munición, pero esta carga era insuficiente é ineficaz para dar muerte á un animal tan corpulento; eso no obstante, resolvió aquél hacer fuego, con el propósito de asustarle y hacerle emprender la fuga.

¡Nunca lo hubiese hecho!

No bien observó la fiera la actitud agresiva del barón, cuando, rugiendo furiosa, se lanzó con violencia sobre el temerario que osaba desafiarla, quien, instintivamente, sólo atinó á echar á correr.

Pero al intentarlo, una circunstancia horrible le heló la sangre: un enorme cocodrilo abría sus formidables mandíbulas, dispuesto á triturar entre ellas al desdichado cazador, cuya situación no podía ser más comprometida y angustiosa; pues colocado entre el león y el cocodrilo, tenía á la izquierda las barrancas en cuyo peñascoso pie batía furioso el mar, y á la de-

Biblioteca Nacional de Maestros

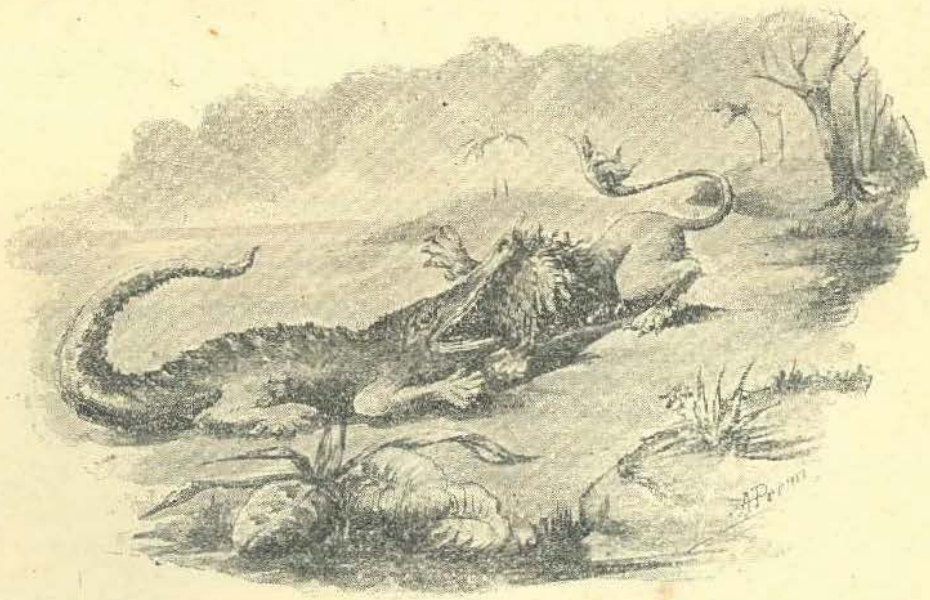
recha el precipicio con su población de serpientes de mortífera mordedura, siéndole, por lo tanto, imposible escapar.

Aturdido, estupefacto y viendo su salvación imposible, Munchausen se dejó caer al suelo, resignándose á morir.

—¿Y murió efectivamente?—preguntó Bartolito, interesado por el relato de la aventura.

—¡Cá! ¡Qué había de morir! Dios conservó la vida al señor barón que, durante muchos años, continuó inventando trapacerías y sembrando mentiras á granel por todo el mundo.

—¿Y cómo salió del peligro, pues?



—De este modo: el león, impelido por el poderoso impulso con que se había arrojado sobre el cazador, se precipitó de cabeza en las abiertas fauces del cocodrilo, empotrándola tan bien en ellas que le fué imposible sacarla, por más esfuerzos que para lograrlo hizo.

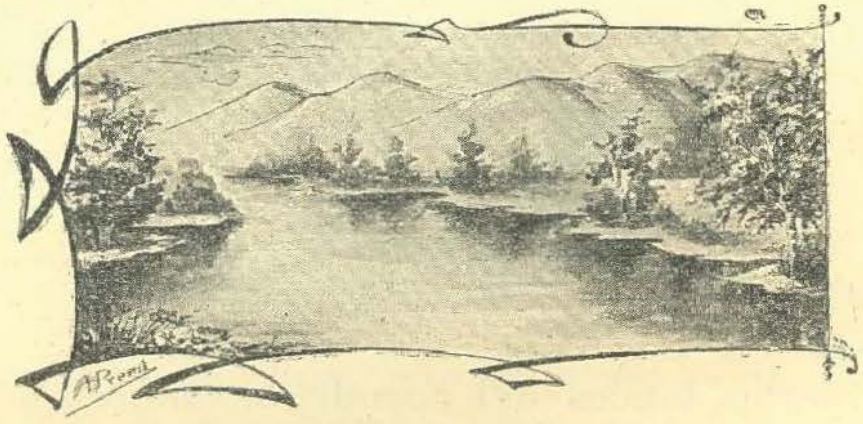
Biblioteca Nacional de Maestros

El barón, viendo que pasaban los minutos sin sentir en sus carnes la mordedura del cocodrilo ni la del león, levantó cautelosamente la cabeza, dándose cuenta de lo sucedido.

De un salto se puso en pie; desnudó un fuerte cuchillo que llevaba á la cintura, y de un solo tajo cortó la cabeza del león, la que á fuerza de culatazos enterró en el tragadero del cocodrillo, quien tardó muy poco, merced á esta maniobra, en morir atragantado.

Risas, cuchufletas y muestras de asombro produjo el relato de la nueva mentira del gran embustero, á las que puso término Felipe, diciendo:

—Basta ya de mentirosos cuentos. Mirad qué bello resulta aquel grupo de árboles á través de cuyo ramaje se filtran los rayos del poniente sol.



Biblioteca Nacional de Maestros

Al ponerse el Sol

Vision de la pampa.



CAPÍTULO IX

Tenía razón Felipe. Hermosos eran, y de verdad, aquellos árboles que agrupó la Naturaleza con mano tan hábil como graciosa, y que el sol, el más grande de los pintores, manchaba alternativamente de claro verde brillante y de una tonalidad obscura, entre verdosa y azul, realzando la belleza del conjunto con seguras pinceladas y fugitivos reflejos de oro viejo y pálido, dejadas como al azar,

Biblioteca Nacional de Maestros

en lo más alto de las copas y en una que otra rama destacada del macizo follaje.

Hermosos eran, sí; tanto, que á la par que arrobaban la vista, llenaban el alma de serena alegría y de paz suave y ensoñadora.

—Realmente—murmuró Rafael, saliendo de su estado de contemplación;—es indudable que el árbol es la vida y la gracia del paisaje.

En las llanadas monótonas y desnudas de vegetación, los hombres, dominados por la tristeza y la severidad de los campos, empiezan por ser graves y hoscos, acabando por convertirse en seres reconcentrados en sí mismos; lacónicos, huraños y llenos de melancolía.

—Por eso me explico,—contesté yo,—el cariño creciente que me inspiran los árboles, y que me hace ver en cada uno de ellos, un viejo y fiel amigo que me quiere, que me saluda y que habla á mi corazón con una lengua sin palabras que es, sin embargo, para mí clara y perfectamente comprensible.

—Yo he leído, no recuerdo dónde,—dijo Felipe,—la historia de un hombre que anduvo muchos años por el mundo en busca de fortuna y que volvió á su tierra, de la que tanto tiempo estuvo ausente, envejecido por los años y abrumado por las desilusiones y los reveses de la suerte.

Al llegar junto á la antigua casa donde nació él y murieron los suyos, abrazóse, con impulso ardiente é irresistible, al añoso tronco de un árbol que había co-

Biblioteca Nacional de Maestros

bijado bajo sus ramas á sus mayores en infinitas fechas memorables; en muchas horas placenteras y felices; en momentos amargos de pena y de dolor.

Besando la ruda corteza que humedecian ardientes lágrimas brotadas del alma, y estrechando entre sus brazos aquel tronco casi carcomido, pareciale tener sobre su corazón los recuerdos, afectos y esperanzas de toda su vida.

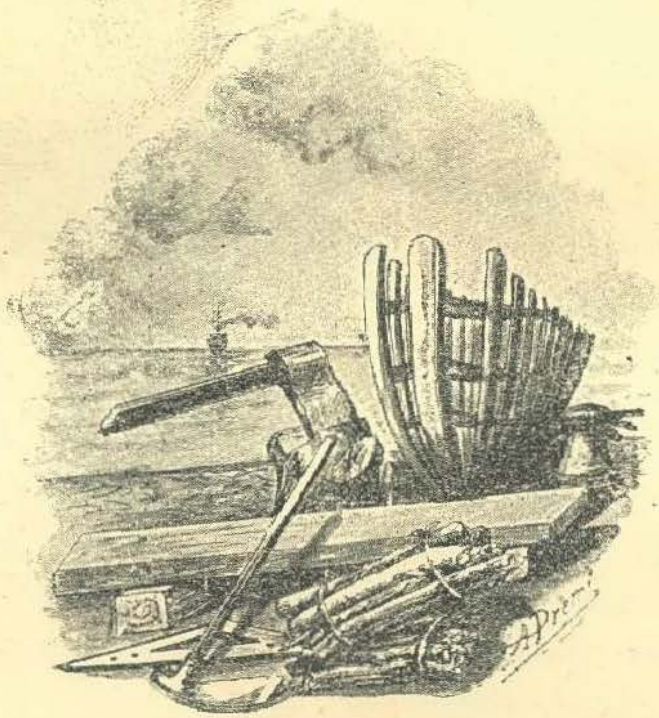


—Será por esto, —repuso Bartolito,— por la misteriosa atracción que sobre nuestro espíritu ejercen los árboles, que cada vez que veo derribar alguno de ellos, para levantar una casa ó convertirlo en leña, me lleno de tristeza y considero á los que tal hacen, como á unos malhechores...

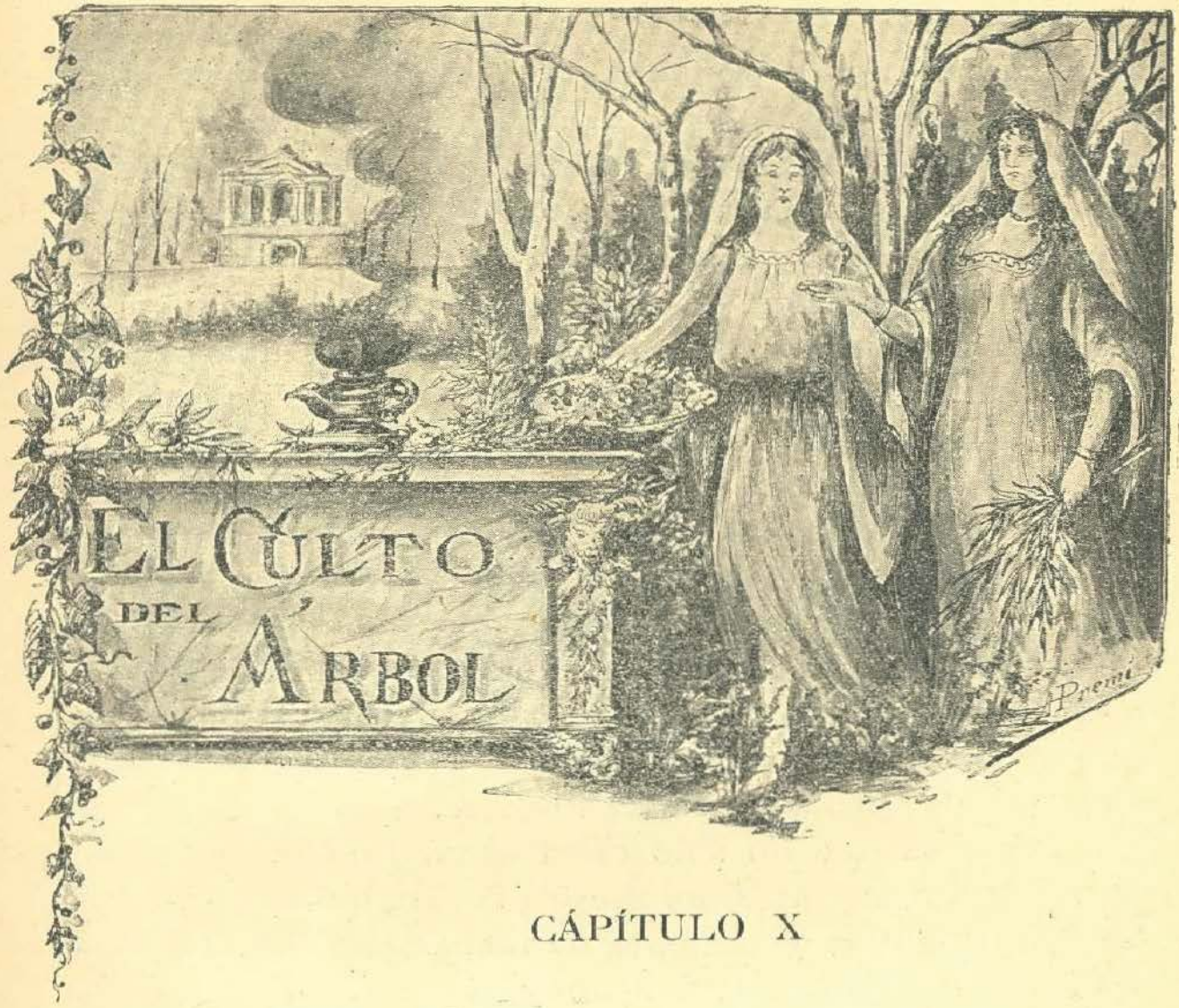
—¡Eh! ¡eh!—replicó Eugeniano;—no tanto como eso: los leñadores, bajo ningún concepto pueden ser considerados malhechores; si derriban y abaten árboles, es para satisfacer necesidades suyas y de los demás

Biblioteca Nacional de Maestros

—Necesario será, Eugeniano; pero, es muy triste acabar con los árboles. El hombre los necesita y ama, y me parece que ésta es suficiente razón para que los respete.



Biblioteca Nacional de Maestros



CÁPITULO X

¡Bravo, Bartolito! Tienes mucha, pero muchísima razón, — dijo papá, que nos había escuchado atento; — cuando la conveniencia ó una gran necesidad lo exigen, lícito es servirse del árbol, utilizando sus ramas y su tronco.

Nadie criticará, entonces, al que derribe infinitos pinos para construir buques destinados á poner en co-

Biblioteca Nacional de Maestros

municación tierras remotas, y á establecer entre ellas lazos de afecto y amistad, como tampoco habrá quien repute acción vituperable, la del que corta su ramazón para defenderse de los fríos invernales ó para cubrir con ellas el techo de su cabaña.

Pero, mutilarlos, destruirlos por gusto ó por instinto ciego de destrucción, es una acción indigna y una prueba de barbarie; porque, de todos los seres vivos de la creación, pocos habrá que sirvan al hombre tanto y tan bien como el árbol.

Aun limitándonos á la eficacia física del árbol, no considerándolo sino como productor de frutos que constituyen un alimento regalado y sano; como proveedor de madera que es abrigo y calor; como purificador del ambiente contaminado, aun así, quedaría justificado lo que acabo de afirmar acerca de los cuantiosos beneficios que del árbol recibe el hombre.

Pero, es que no sólo es el árbol fuente inagotable de riqueza material, sino, y eso principalmente, manantial inextinguible y perenne de bienes morales. Tú, Rafael, hiciste una reflexión muy justa al decir que la llanura árida y rala, hace al hombre insociable y huraño; y aun hubieras podido añadir que los espacios dilatados y yermos, inducen á la violencia y fomentan el espíritu destructor; en tanto que el habitante de los terrenos arbolados, se humaniza, y abriga en su corazón sentimientos de paz, bondad y dulzura.

Un escritor norteamericano dijo en cierta ocasión: "No basta arrojar al indio del desierto; si no lo entre-

Biblioteca Nacional de Maestros

gamos inmediatamente al árbol civilizador, el indio volverá, porque no puede decirse que un territorio está ganado por la civilización, sino cuando se le ha sometido á la cultura agrícola."

El árbol induce á la dulzura y á la meditación.



Cuando la mirada del hombre se posa sobre las espesas masas de verde follaje, sus pensamientos se hacen profundos y tranquilos como las transparentes y cristalinas aguas de un lago en calma.

Sembrar árboles y cuidarlos, vale tanto como "combatir los instintos violentos en el alma de los hombres, facilitando á la idea la penumbra que le conviene y que tanto necesita para florecer."

—¿Y siempre han pensado así los pueblos? ¿Amaron siempre al árbol como nosotros lo amamos?

—¡Ya lo creo! Los grandes bosques misteriosos y

Biblioteca Nacional de Maestros

sombríos, han impresionado siempre al espíritu humano, subyugado por sus masas imponentes, la intensidad de su vida y de su calma silenciosa.

Y esta impresión es la que indujo á los hombres primitivos á construir sus templos ó lugares de oración, en lo más espeso de las selvas.

Hubo pueblos que consideraban sagrados ciertos árboles; los galos, origen del actual pueblo francés, tenían en tal concepto á los robles y al muérdago que se criaba adherido á sus ramas; y entre nosotros, los calchaquíes rendían honores casi divinos al algarrobo, principal elemento de su alimentación.

Los suevos, pueblo germánico que pobló en la antigüedad la Turingia y la Baviera actuales, así como una parte de Suiza, habían consagrado una selva á sus divinidades y no se aproximaban al verde santuario sin sentirse llenos de un extraño terror.

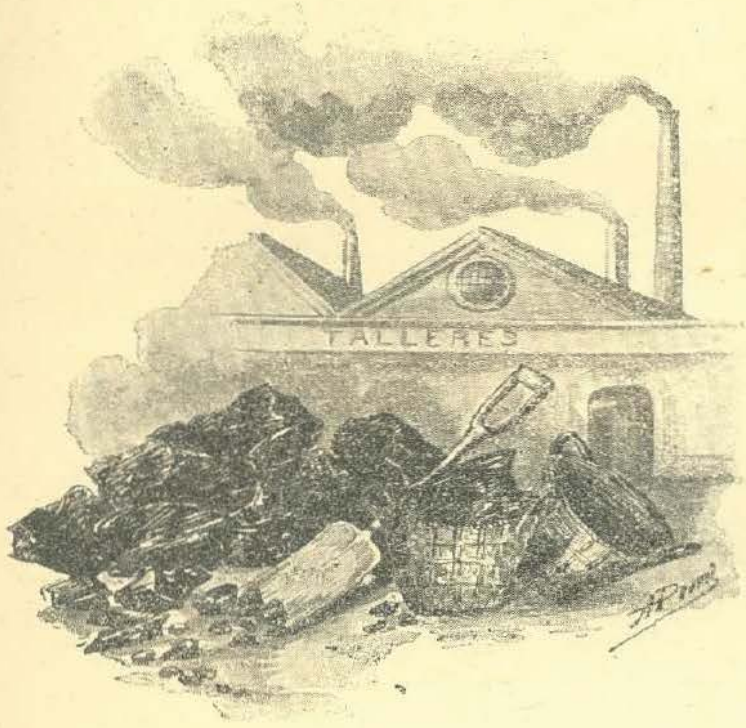
Tal era la veneración que inspiraba aquel templo rústico, que nadie podía penetrar en él sin llevar un yugo, símbolo de dependencia y homenaje á las divinidades que lo habitaban; y si alguno de los visitantes se caía, le estaba prohibido ponerse en pie, debiendo salir del lugar sagrado rodando sobre el suelo.

En nuestros días, el amor al árbol, lejos de disminuir ha crecido en intensidad; día á día se crean en los países verdaderamente cultos, sociedades que tienen por objeto su protección y cuidado: la Sociedad Francesa de los Amigos del Árbol, en los dos primeros años, de su existencia plantó 400.000 árboles; y en Norte

Biblioteca Nacional de Maestros

América, los socios de la *Arbor Day,* 355 millones en 28 años. En estos países los gobiernos dictan leyes tendientes á fomentar la propagación del árbol y á evitar que la codicia ó la estupidez los lesionen.

El día del árbol es, puede decirse, una fiesta universal; en Buenos Aires se celebra con gran sencillez pero con mucho entusiasmo, y; nada es más bello y tocante que el espectáculo que ofrecen los alumnos de las escuelas públicas, cuando el día 11 de Septiembre, aniversario de la muerte del prócer Sarmiento, plantan, en plazas, calles y parques, árboles que en la edad temprana son para los niños un orgullo, y que, en la vejez, quizá tengan para sus plantadores apacible sombra y recuerdos dulces y cariñosos.



— Me contaron — dijo Eugeniano — que los árboles que existieron en los primeros tiempos de la Tierra, se convirtieron mediante millones de años, en las ingentes minas de carbón de piedra que hoy mueven las máquinas que emplea la industria, y en otra ocasión leí, en

Biblioteca Nacional de Maestros

una revista científica, que los árboles ponen en circulación gran cantidad de vapor de agua, pues se ha calculado que cada árbol, para vivir, necesita evaporar, en 24 horas, una cantidad de agua, igual al peso de sus hojas.

¡Sería, pues, muy torpe el hombre, si descuidara y mirase indiferente lo que tantas ventajas y bienes le produce!



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XI

Yerran lamentablemente—prosiguió papá—los hombres de espíritu pequeño que gradúan los cuidados que debemos á los objetos que nos rodean, según los bienes materiales que nos producen.

No; todo cuanto existe, los seres y las cosas, tienen derecho á nuestra atención é interés, no sólo cuando son útiles, sino también cuando son bellas.

Para el que sólo ve lo externo, un árbol es simplemente un productor de tablas y de leña, de hojas, cortezas y esinas: mas, para los espíritus delicados y

Biblioteca Nacional de Maestros

sutiles, que saben penetrar el alma misteriosa de las cosas, un árbol es algo más; es un manantial perenne de intensa poesía, de graves y nobles pensamientos.

¿Quién no se ha sentido alguna vez, dulcemente agitado por vaga melancolía, cuando en las horas crepusculares, los sauces añosos, mirándose en la dormida charca ó en la límpida laguna, cantan, con rumor lacrimoso, la dulce elegía de las cosas idas para siempre, la dolorosa canción de todo lo que fué?

¿Quién, siquiera un instante en su vida, al contemplar al árbol meditabundo, al obscuro y solitario ciprés, cuya copa, á semejanza de las almas soñadoras, busca siempre lo alto, no se ha sentido conturbado por la obsesión de lo infinito, anheloso de penetrar en la región arcana donde reside el principio de todo lo creado, la razón de todo lo que parece obscuro ó inexplicable?

Es que al ser humano le es imposible rehuir el soberano encanto de la belleza que constantemente le solicita.

Los corazones buenos y afectuosos, tienen particular cariño á los pájaros, que no siempre son útiles, y que no siempre justifican con los hechos el dictado de providencia del labrador que algunos, con más bondad que razón, les aplican.

Los hay que son verdaderas plagas para el labriego: pero éste les disculpa y tolera de buen grado; son dañinos, es verdad, pero, ¡son tan alegres y bonitos!...

Otros, voraces en extremo, pasan á saco los sem-

Biblioteca Nacional de Maestros

brados, pero se les perdona bonachonamente la fechoría; ¡cantan tanto y tan bien! ¡son tan avispados, elegantes y airosos! ¡es tan hermoso seguir su caprichoso vagar por el aire, cuando, herido su plumaje por los rayos del sol, parecen flores animadas, meciéndose con rítmico ondular entre el cielo y la tierra!...

Pero, dejemos de encantarnos con los pájaros, y tendamos nuestra mirada sobre esta verde y aterciopelada llanura que, ligeramente quebrada, se prolonga hasta el confín indeciso en que parece confundirse con el claro azul del cielo.

Millares y millares de minúsculas flores tan bellas como sencillas, aisladas unas, caprichosamente agrupadas otras, hacen del campo un bello tapiz caprichosamente bordado.

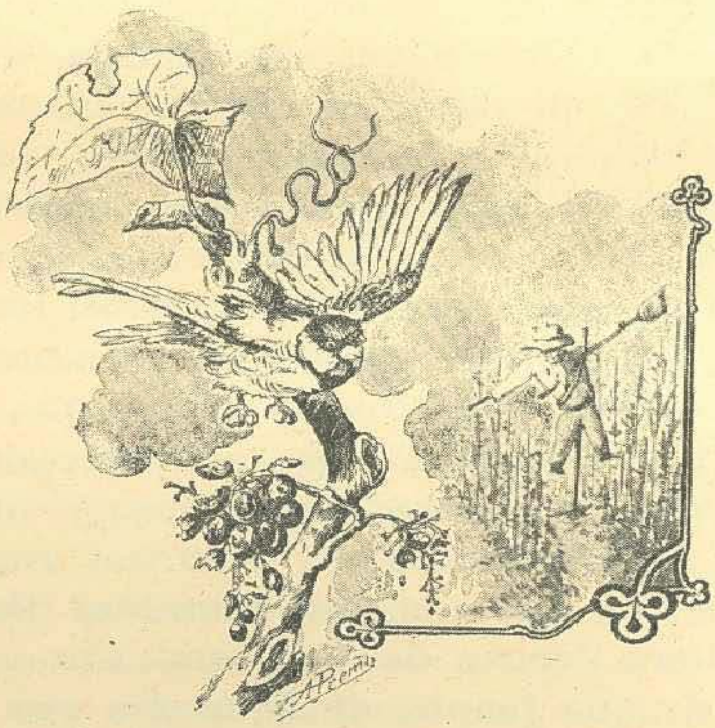
¿De qué sirven estas flores? Para nada: no tienen utilidad, pero adornan y embellecen; no dan provecho, pero recrean la vista; tanto, que vosotros, los niños, no resistís á la tentación de juntarlas y hacer con ellas sencillos ramilletes que ofrecéis á vuestras madres y hermanas, ramilletes que ellas reciben con agrado y colocan en coqueto búcaro unas veces, y otras en su pecho, cercanos al corazón.

Y, lo que os digo de las humildes flores de los campos, pudiera decirlo de mil otras cosas; del pausado gotear de una fuente, de la hiedra que se enrosca al tronco de una airosa palmera, ó del cascabelear de un arroyo: no dan provecho, pero emocionan y alegran.

Y es que hay muchas, muchísimas cosas y hechos

Biblioteca Nacional de Maestros

insignificantes y hasta inútiles para la vida material, que valen y significan no poco para la mente y para el corazón á quienes hablan de auroras más puras y radiantes que las de hoy, de horas más tranquilas y venturosas; de un luminoso y dulce porvenir, aun lejano, y de una vida futura en que serán curadas todas las heridas, consoladas todas las penas y mitigados todos los dolores.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XII

Caía el sol; la luz, cada vez más pálida parecía entristecerse, y en el obscurecido azul del cielo, tembló, fulgurante y puro, el melancólico lucero de la tarde.

Callábamos todos, entregados á una contemplación sostenida y profunda: era tanto el silencio, que bien se hubiera podido decir que en nosotros, la vida entera se habia concentrado en la mirada.

La voz de Rafael rompió el encanto.

— En este momento, — dijo, — es cuando mejor comprendo el sentido de algo que leí hace algún tiempo, y que me impresionó hondamente.

Biblioteca Nacional de Maestros

—¿Y qué es lo que tú leíste, Rafael?—preguntó Bartolito.

—Que todas las tardes, los indús, al contemplar la puesta del sol, dobladas las rodillas, y levantando las manos al cielo, decían: ¡Padre de la luz! ¿tendremos la dicha, de verte lucir de nuevo?

—Es la verdad,—dije yo,—que cuando el sol desaparece, sentimos, sin saber por qué, que se apodera de nosotros una tristeza inexplicable, algo como un sentimiento de miedo y de zozobra...

—Es que el sol es la alegría,—contestó Eugeniano.

—Algo más que la alegría; ¡es la vida!—susurró Felipe;—tengo aquí, á la mano, un bello libro de un ilustre pensador ruso, en el cual se encuentra una página hermosísima dedicada al sol: ¿queréis que os la lea?

—¡Cómo no! Pero: ¿podrás tú leer con luz tan escasa?

—Sí podré, y mucho más si tú me dejas, por un momento, el lugar que ocupas cerca de la ventanilla.

—Con mucho gusto; tómalo.

—Gracias. Y ahora, oid.

Un hombre quiere levantar una casa; ¿qué necesita para construirla? Vigas, tirantes, cal y ladrillos; pero, sin el sol que hace crecer las selvas, no tendría árboles de dónde sacar los tirantes y las vigas, ni fuego para cocer los ladrillos y la cal.

En el crudo invierno, cuando el frío se hace insufrible, la leña que arde en la chimenea calienta el aire

Biblioteca Nacional de Maestros

y dulcifica la temperatura; y, ¿qué es la leña, qué es el árbol, sino un regalo del sol?

Sentimos apetito y lo satisfacemos comiendo pan, legumbres, patatas, hortalizas y frutas que el sol madura y hace crecer.

Necesitamos, para nutrirnos, de la carne de los animales; pero éstos, que se alimentan de hierba, ¿de dónde la sacarían si el sol no la hiciera crecer?



Todo lo necesario á la vida, desde el pan que come y el vestido que lo cubre, hasta el hogar que le protege, todo lo debe el hombre al sol.

El que en verano almacena leña para el invierno, acumula, compra, calor solar; cuando la quema es el calor que en ella puso el providente sol lo que le reanima.

Donde hay calor hay movimiento; porque el movimiento no es, al fin y al cabo, otra cosa que calor transformado.

Los caballos, las mulas y los bueyes arrastran y transportan ingentes cargas; los hombres ejecutan pesados trabajos; ¿quién les impulsa, quién les da energía y fuerza para ello? ¿quién les hace mover? El

Biblioteca Nacional de Maestros

calor; y este calor que les capacita para obrar y moverse ¿de dónde procede? De la nutrición, de los alimentos consumidos que el sol genera y produce.

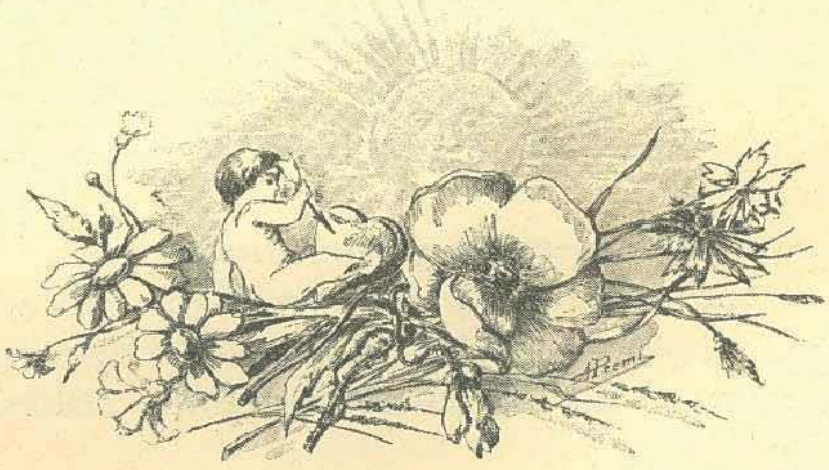
Los molinos de aspas que reducen el grano del trigo á harina, ¿quién los mueve? El viento. ¿Y quién, sino el calor pone en movimiento las capas atmosféricas?

Las máquinas poderosas que redimen al hombre de los trabajos pesados y abrumadores, se mueven al impulso del vapor; pero no hay vapor sin el calor solar que encierra en sí la leña ó el carbón.

El calor engendra el movimiento, y es éste, á su vez, el gran generador del calor; calor y movimiento que á su vez son fuerza y energía vienen del sol, ¿es, pues, temerario, afirmar que sin el sol la vida no existiría?

—Es muy interesante lo que acabas de leer, Felipe; ¿cómo se llama ese libro?

—*Reflexiones sobre la instrucción del pueblo.*



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XIII

En las caladas cosas, en las vibrantes flechas,
En las techumbres duras de tierra de Verona,
El sol clava sus dardos, y, sin abrirles brechas,
Resbala y en un muro radiante se estaciona.

Aliento de frescura con sombra, hospitalario,
Exhalan los almendros en torno de la piedra,
Y como planta gótica de estilo del santuario,
Al pie del muro crece la misteriosa hiedra.

Bajo las densas ramasla fuente de la villa
Se erige, y por un claro la estatua de su cumbre
Hacia el azul escapa, y enhiesta, maravilla
Blandiendo antigua lanza con áspero relumbre.

Biblioteca Nacional de Maestros

Sobre los grises mantos de estatuas acostadas,
La fronda soñolienta derrama su frescura,
Y las estatuas grises meditan, arrobadas
Por un tranquilo ensueño de linfa humilde y pura.

Vivir allí se siente la paz con dulce gozo,
Y hallando un fresco oasis, el alma peregrina,
Detiénese un instante y en su feliz reposo
Alaba al árbol verde y al agua cristalina.

Á veces, desde el vaso su linfa suavemente
Empuja, y baña musgos en adormidas ondas;
Y mézclase el murmullo del agua persistente
Con otro fugitivo de brisas en las frondas.

La hiedra, en su misterio de armonizante estilo,
También con brisas y ondas agítase y murmura;
Y todos los murmurios son voces que al asilo
Conducen, con sus alas de espiritual frescura.

Entremos; la campana gentil nos es propicia;
Pensemos en el agua fecunda, humilde y clara,
Y, orando, sus murmullos nos lleguen cual caricia
Que busca un pensamiento de amor al pie del ara.

ÁNGEL DE ESTRADA (hijo).

Compiègne. (Del libro ALMA NÓMADE).

Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XIV

Muy de madrugada despertó don Miguel: el viejo campesino, acostumbrado desde la niñez á ver salir el sol, no podía faltar á su arraigada habitud.

—¡Arriba, lirones!—dijo;—ya vamos llegando á Buenos Aires. No sé cómo podéis dormir con el ruido que hace al marchar este endiablado tren.

En un santiamén nos vestimos, asomándonos á las ventanillas.

La luz era aun indecisa, y el sano y fresco aire mañanero nos hacía estremecer.

¡Cómo habia cambiado el aspecto del paisaje!

Biblioteca Nacional de Maestros

La llanura rasa y solitaria, huraña y triste, quedaba atrás, muy atrás.

Los poblados, cada vez más frecuentes y grandes, se sucedían rápidamente; hombres á caballo, carretas y ligeros coches llenaban los caminos, y el movimiento y la vida hacíanse cada vez más intensos.

Aparecieron las primeras fábricas, de cuyas altísimas chimeneas escapaban densas cabelleras de humo que el viento deshilachaba caprichoso, y que con el gigantesco jadeo de sus máquinas parecían decir: *soy fuerte porque trabajo.*

El tren moderó gradualmente su marcha, y, tras breve andar, penetró en la estación, amplia, vasta y de espaciosos andenes por los que discurrían presurosos y voceantes, muchísimos peones, cargados unos con cestos ó maletas, empujando otros ligeras carretillas de mano, colmadas de bultos de todas clases y tamaños.

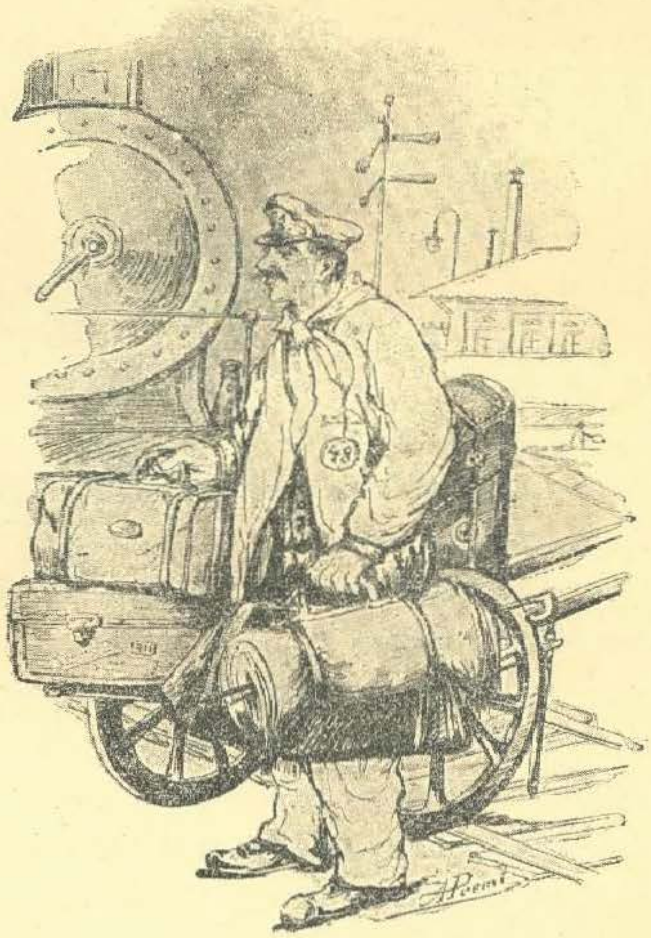
Mis amigos, para quienes era desconocida la *Gran Capital del Sud,* la magnífica ciudad, cabeza y corazón de la Argentina, no disimulaban la sorpresa y el asombro: miraban azorados, contemplándolo todo á la vez, sin ver ni formar conciencia clara de nada.

El zumbido de la multitud; el estridor producido por la maraña de coches, tranvías, automóviles, bicicletas y vehículos de toda clase y forma que cruzan las calles en todos sentidos; la marcha rápida de los millares de transeuntes que, preocupados únicamente de llegar pronto á su destino, caminan apresurados, empujando con brusquedad al que, desprevenido ó cal-

Biblioteca Nacional de Maestros

moso en demasía, les cierra el camino ó les estorba el paso, parecía marearles.

Yo, que no hacía mucho tiempo que, con motivo de los festejos celebrados para conmemorar el primer centenario de la Revolución de 1810, había estado en Buenos Aires, me daba ínfulas de hombre enterado y práctico, conocedor del terreno.



Contestaba, dándome un poquito de tono, á las preguntas y consultas de mis compañeros; pero la verdad me fuerza á declarar que, en más de un caso, me vi en duros aprietos para responder, pues aquellos preguntones me interrogaban sobre cosas que yo ignoraba ó que sólo muy vagamente conocía, aunque yo me guardé mucho de confesarlo, temeroso de perder el prestigio y crédito de *cicerone* que el hecho de haber estado ya en la capital me había conquistado.

Ya sé que esto no estaba muy bien; pero, cuando todos, hombres y mujeres lo son, ¡qué mucho que los chicuelos seamos también un poco vanidosillos!

Biblioteca Nacional de Maestros

Una vez que papá y don Miguel hubieron entregado las guías de los equipajes al empleado de una empresa de transportes, tomamos dos carruajes y nos dirigimos al centro de la ciudad.

—¿Á dónde vamos, señor? —preguntó uno de los cocheros.

—Calle Maipú, número... —respondió papá.

Entonces mis amigos y yo ,dejamos de hablar para mirarnos fijamente.



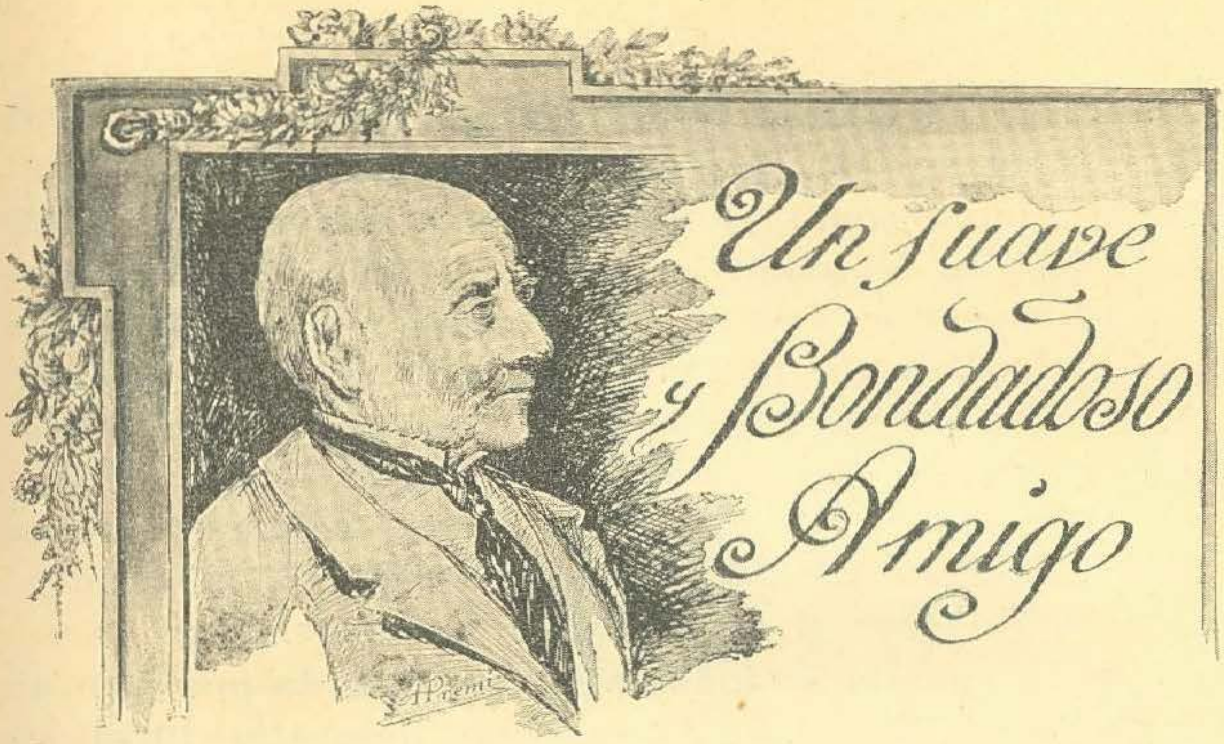
Llegaba para nosotros un instante triste; el de la separación pues, conforme á lo dispuesto por nuestros padres, no íbamos á vivir juntos.

De Felipe debía cuidar el doctor Zambrano, primo hermano de su protector, el médico de Tres Lagunas; yo, quedaría á cargo del ingeniero Montaño, cuya amistad con mi padre empezó en las aulas para durar toda la vida.

Bartolito se alojaría en la casa de su madrina y tía, y Eugeniano y Rafael en las de dos parientes muy cercanos.

Prometímonos, de todo corazón, vernos todos los domingos y pasar juntos cuantas horas nos fueran posibles.

Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XV

De nuevo volví á sentir las tristezas de la ausencia, cuando mi padre regresó á Tres Lagunas; pero, también esta vez tuve á mi lado un verdadero amigo, un corazón afectuoso y suave que supo mitigar mi pena y borrar de mi alma las negras melancolías.

Fué este cariñoso amigo el señor Montaño, un hombre bueno á quien he aprendido á amar hondamente, que al conocerme me acogió con simpatía, y que, desde que estoy á su lado, me rodea de atenciones y delicadezas que nunca agradeceré bastante y que jamás podré olvidar.

Ha sabido ganar mi confianza tratándome como á un hijo; y mostrándome su alma luminosa, ha sabido

Biblioteca Nacional de Maestros

conquistar la mía; tanto, que tengo la plena seguridad de que en la vida, después de mi padre, á nadie profesaré tanto respeto, tanta devoción y cariño como á él.

El señor Montaño ha sufrido mucho; y estoy creyendo que por eso es tan bueno; pues, como dice papá, sólo los que han conocido el dolor saben limpiar su espíritu de ideas bajas y su corazón de sentimientos mezquinos.

Como mi padre, fué infatigable trabajador y un gran estudioso que luchó á brazo partido con la suerte para asegurar el porvenir de los suyos.

Pero cuando ya había vencido, cuando podía gozar del fruto de sus afanes, una cruel desgracia hirió su corazón: en pocos meses perdió á su esposa y á su hijo.

¡Pobre señor!

Durante algún tiempo su amargura fué tan grande que sus amigos llegaron á temer que no pudiera resistirla.

Afortunadamente no fué así: su espíritu animoso y bien templado recobró la serenidad y dió digno empleo á su vida, dedicándola con ahinco, al estudio, que todo lo consuela, y á la práctica del bien que conforta y ennoblece.

Cuando me instalé en su casa, me condujo á una pieza clarísima, amueblada con mucha elegancia y buen gusto, cuyas amplias ventanas se abrían sobre un espacioso y bien cuidado jardín.

Nada faltaba allí, adivinándose en la disposición del menor de los detalles la intervención de una mano cuidadosa; de un sentimiento apacible y amante.

Biblioteca Nacional de Maestros

El coqueto escritorio; el ligero estante, repleto de bien elegidos libros; los cuadros, representando escenas simpáticas y graciosas; la artística lámpara, los graciosos bibelots, la cómoda mecedora, y el aire de recogimiento y dulce tranquilidad que en la habitación se respiraba, todo contribuía á hacerla simpática y atrayente; era, en suma, uno de esos retiros que hacen decir al que los mira: aquí se debe vivir tranquilamente y muy á gusto.



Nada me dijo, al primer momento, el buen señor Montaño, quedándose en segundo término y algo apartado, mientras que yo, con la curiosidad de los pocos años lo miraba y examinaba todo, en especial los libros á los que, afortunadamente, soy grande aficionado.

Las Aventuras de Gulliver y de Robinsón Crusoe; los *Cuentos de Grimm y de Anderson; Robin de los Bosques, Pablo Chopar,* las *Novelas* y los *Viajes escolares de Topffer Malbrough,* las *Fábulas Argentinas* y

Biblioteca Nacional de Maestros

otros muchos libros de igual índole, muy adecuados para los niños, estaban allí, bellamente encuadernados, como incitando la atención y el interés.

Cuando acabé mi inspección, miré á mi protector quien, á su vez, me contemplaba sonriente.

—¿Estarás bien aquí, Bertito?—me preguntó.

—¡Cómo, señor! ¿Es para mí esta habitación?

—Justamente. Ese será tu cuarto de estudio; aquí prepararás tranquilamente tus deberes y aquí te reunirás con tus amiguitos cuando vengan á visitarte.

—Muchísimas gracias, señor; nunca pensé disponer de un gabinetito de trabajo tan hermoso y coquetón.

—La escogí y amueblé para mi hijo; pero la voluntad del que todo lo puede no me dejó ver cumplido mi deseo: desde entonces es para mí un lugar sagrado, lleno de santas memorias. Tú, por quien tanto cariño siento, la ocuparás, permitiéndome tu presencia soñar que aun vive mi hijo: ¡ojalá pueda la mía hacerte creer que no está lejos de ti tu amante padre!



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XVI

Hace unos días, acababa yo de levantarme, cuando, inopinadamente, penetró Felipe en mi cuartito de estudio, dándome con su no esperada visita un verdadero alegrón.

—Buenos días, Bertito. Seguramente te sorprende mi visita, ¿verdad?

—¡Puedes pensar!—le contesté sonriente;—lo que menos esperaba yo hoy, era tener el placer de verte.

¿No me explicarás á que lo debo?

—Pues verás. El doctor Zambrano me dijo

Biblioteca Nacional de Maestros

hoy, que de ningún modo podría yo aprovechar mejor y más útilmente la mañana, que haciendo una visita al taller del escultor Mariano Maciel.

—¡Mariano Maciel! ¿Y quién es este señor?

—Un artista de mi raza á quien he conocido en casa del doctor, que le aprecia mucho.

—¡Ah!

—Maciel ha terminado un gran trabajo escultórico que piensa exhibir en el próximo concurso internacional de Bellas Artes de Roma, donde, en opinión de los diarios, llamará poderosamente la atención de los inteligentes.

Yo, siguiendo como siempre, el consejo del señor Zambrano, voy á ver la escultura; pero, al salir de casa, he tenido una ocurrencia; vamos á ver, —me he dicho, —si Bertito quiere acompañarme.

—Ya lo creo que quiero; y no sabes tú cuanto te agradezco el recuerdo; no me apura el trabajo, y creo que el señor Montaño no se opondrá á mi deseo.

Y así fué.

Salimos los dos contentos y satisfechos, acompañados de un viejo sirviente; pues ni yo ni mi compañero conocemos aun lo suficiente la ciudad para andar solos y sin guía por ella.

Un tranvía nos condujo en pocos minutos al barrio de Palermo, en una de cuyas calles, tan tranquilas como alegres, vive el escultor.

El artista, joven de unos veintisiete á veintiocho saños, nos recibió en el acto; á Felipe con manifiesta impatía; á mi con afabilidad y agrado.

Biblioteca Nacional de Maestros

En el centro del taller, alto de techo, muy bien alumbrado y de vastas dimensiones, cuyas paredes cubren por entero multitud de bocetos, estudios y trabajos de relieve, veíase, ya concluida del todo, la obra que íbamos á contemplar y á admirar.

Titúlase la escultura *Los últimos puenches;* es realmente hermosa, y fórmanla cuatro figuras de gran tamaño; una mujer, dos niños y un hombre.



La mujer, agobiada bajo el peso de sus pobres utensilios domésticos, semeja avanzar penosamente, acompañada de los dos niños que, muy arrimados á ella, como pidiéndole protección y cobijo, más que caminar parece que se arrastran.

Algo separado de la esposa y de los hijos, el padre, prontas las armas y receloso el mirar, escruta el horizonte, como si temiera verse, de un momento á otro, descubierto y acosado por implacables enemigos, por crueles perseguidores. La contemplación de esta obra conmueve y arranca á todo corazón sensible esta frase: ¡pobres indios!

Instintivamente, y juzgando por la emoción que en

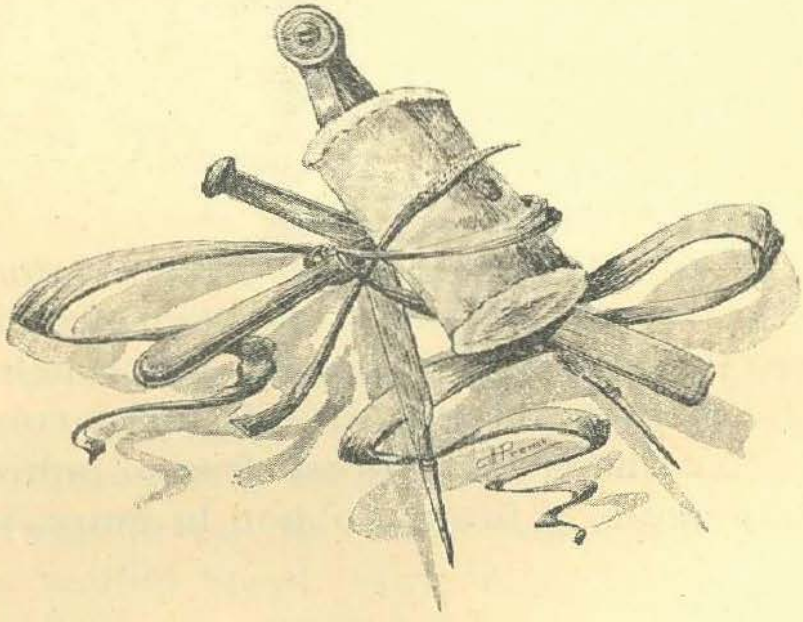
Biblioteca Nacional de Maestros

mi, niño de pocos años, han producido aquellas figuras, he comprendido y visto claramente cuán grande y avasallador es el poder del arte, capaz de inspirar las ideas más excelsas y de encender en el alma los sentimientos más generosos, puros y nobles.

Viendo la triste representación de una raza que fuera un día fuerte y vigorosa, dueña absoluta del desierto y de su destino, tuve la visión de cuanto hay de triste en el desolado vivir de los pueblos vencidos, de las razas sin porvenir y sin ventura.

Y también adiviné el origen de la tristeza, de la intensa melancolía que de cuando en cuando solía brillar en la ardiente y profunda mirada de mi bueno y querido Felipe.

Era el abatimiento doloroso y resignado que causa la muerte de la última esperanza, del último y más querido anhelo.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XVII

Cumplido el objeto que nos llevara á la casa de Maciel, dimos el parabién al escultor y partimos.

Durante el camino, Felipe no dijo una palabra; esto me sorprendió, y mucho más cuando observé que de su rostro habian desaparecido la habitual tristeza y la sombra melancólica que siempre lo cubria.

Yo respeté su mutismo; pero tenía un vehemente deseo de que, saliendo de él, me diera una explicación de su enigmática actitud.

Biblioteca Nacional de Maestros

No tardé mucho en ver satisfecha mi curiosidad, pues, al llegar á mi casa, en vez de despedirse de mí junto á la puerta de entrada, me dijo:

—Bertito: voy á entrar un instante, pues tengo necesidad de hablarte unas palabras.

—Como tú quieras—le contesté.

Y, ya en mi aposento, se sentó, y los dos permanecimos mirándonos durante un breve instante.

En los ojos de mi amigo se adivinaba el más íntimo contento; tanto, que el hombre menos perspicaz y observador, hubiera exclamado, á los cinco segundos de verle: este muchacho es feliz, pero, muy feliz.

—¿Te acuerdas tú,—me dijo,—de las largas conversaciones que soliamos tener en Tres Lagunas, acerca de la carrera que á cada uno de nosotros convenía seguir?

—¡Como no me he de acordar!—contesté sonriendo.—Y recuerdo también que después de pasarlas todas en revista, y de variar mil veces de opinión, quedábamos, al fin, sin haber tomado una resolución ni saber qué es lo que íbamos á estudiar.

—No digas todos; os quedabais perplejos y sin saber qué hacer, Eugeniano, Rafael, Bartolito y tú...

—Es cierto: tú solías dar la callada por respuesta siempre que te preguntábamos:—Felipe; ¿tú, qué piensas ser?

—Lo que dió motivo al burlón de Bartolito, para exclamar, con cómica formalidad, cuando alguno de vosotros repetía la pregunta: ¡Sed discretos! ¡Respetad el gran secreto de Felipe!

Biblioteca Nacional de Maestros

—¡Y en verdad, no le faltaba razón para decirlo!

—No tal; lo que sucedía era que no encontraba yo, realmente, un empleo á mi vida y actividad que me satisfaciera del todo.

—¿Y ahora lo has encontrado?

—Sí,—contestó Felipe, con un acento de profunda satisfacción; ahora sé lo que puedo y debo ser, y he llegado á esta seguridad contemplando la bella obra de Maciel *Los últimos puenches.*



—¡Ah!—exclamé yo, á la vez curioso y sorprendido.

—¿No has visto aquellos desdichados antecesores mios? ¡Son los últimos! Cual hojas secas, el viento les impulsa á huir, lejos, muy lejos; al rincón solitario donde se extinguirán por completo.

¿Y por qué han de morir?—prosiguió—¿No tienen un alma, una inteligencia y una voluntad como todos los hombres, como tú y como yo?

—¿Qué razón hay para que se extingan? Una sola: la dejadez y la ignorancia.

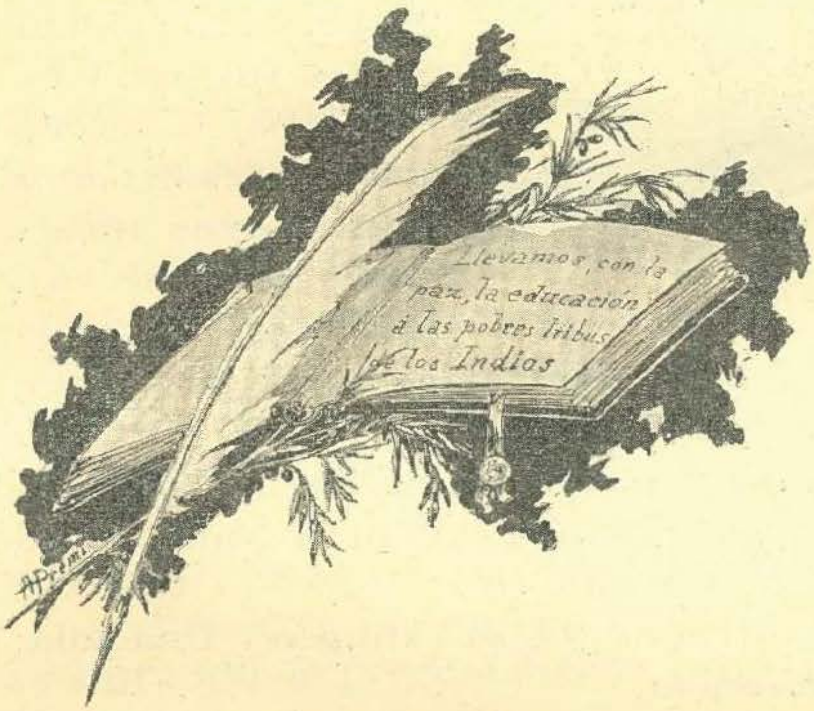
Yo lucharé para arrancarles de ella; estudiaré en la Escuela Normal y seré maestro.

Y cuando, como nuestro inolvidable don José, haya aprendido la manera de penetrar en el fondo de los

Biblioteca Nacional de Maestros

corazones, entonces iré á ejercer mi noble misión, lejos, muy lejos; allá, en las apartadas orillas del río Negro, allí donde languidecen *los mios,* los postreros y últimos puenches: les hablaré en su lengua, como cariñoso hermano; les arrancaré de la indolencia y del marasmo, y haré de ellos hombres; verdaderos hombres, capaces de sentir hondo y de obrar firme; de comprender y realizar el bien; de ser artistas, guerreros, sabios...

Y entonces no morirán los míseros restos de mi raza; trabajarán y lucharán, para gustar y conocer, después de las angustias del esfuerzo, las suaves dulzuras de la victoria, y podrán decir:



—Yo contribuí con el esfuerzo de mi brazo á labrar y fecundar tu suelo, y con la fuerza de mi inteligencia á hacerte potente y temida, grandiosa nación del Sud.

Tengo el derecho de envanecerme con tu grandeza; á llamarme buen hijo tuyo, y á morir bajo el amparo de tu hermosa bandera ¡oh amada tierra argentina! ¡oh santa patria de mi corazón y de mi alma!

Biblioteca Nacional de Maestros



EL JUICIO DEL REY MIDAS

CAPÍTULO XVIII

Ahora, Bertito, — continuó Felipe jovialmente, — ya sabes el secreto mio, que por suerte, no es tan grave como aquel del rey Midas.

— ¡Hombre! — exclamé yo en igual tono; — ya veo que en materia de secretos, no soy muy entendido: ¿querrás creer que ni sé quién fué el tal rey Midas, ni en qué consistía su secreto?

— ¡Que no vas á saberlo!

— Tal como te lo digo.

— Pues, no tardarás en enterarte. Pan... ¿Tú sabes quién fué Pan, no?

Biblioteca Nacional de Maestros

— Eso sí, fué el dios de la Naturaleza.

— Pues bien; Pan, que realmente era un excelente músico, y que estaba muy orgulloso de su habilidad, llegó en su engreimiento, á tal extremo, que se creyó facultado para competir con Apolo mismo; es decir, con el dios Sol, el más grande é inspirado de todos los dioses músicos.

Un día, resolvió demostrar la que él creía indudable superioridad suya sobre el hijo de Júpiter y Latona [1], desafiándole; reto que fué aceptado sin demora por Apolo.

Para juez, eligieron ambos rivales, de común acuerdo, al monte Tinolus, pues, en su concepto, no había hombre alguno tan viejo y tan sabio como las montañas.

En la época convenida, Pan y Apolo acudieron al pie del Tinolus, seguidos de sus respectivos partidarios, ansiosos de presenciar el certamen; distinguiéndose entre todos, por su entusiasmo, Midas, rey de la Frigia [2], ardiente partidario de Pan.

Pan tocó el primero, y tan dulces y suaves fueron los sonidos que arrancó á su flauta de caña, que cautivados por ellos, los pajarillos saltaban de rama en rama para acercarse al divino tañedor, mientras que los árboles balanceaban sus troncos al compás de la música.

[1] Latona, según la mitología griega, era la diosa de la Noche; Júpiter era el principal de los dioses griegos.

[2] Frigia, comarca del norte de Asia.

Biblioteca Nacional de Maestros

Los faunos, misteriosos habitantes de los bosques, de expresión maligna y ladina, y de cara y pies parecidos á las de las cabras, lanzaban carcajadas sonoras cada vez que los alegres sones de la rústica flauta regalaban sus orejillas velludas.

Midas, en la embriaguez de su entusiasmo, proclamaba la imposibilidad de tocar, ya no mejor, sino tan bien como su ídolo.



Tocó el turno á Apolo, que se puso en pie majestuoso y sereno: de sus dorados bucles parecían desprenderse chispas de luz; brillaba su blanca túnica como el borde de las nubes cuando las hiere el sol poniente, y en sus manos fulgía una deslumbrante lira de oro.

Cuando pulsó las cuerdas, pareció que los cielos se abrían; tan bella, suave y divina fué la música que brotó de ellas. Oyéndola, las bestias feroces quedaban suspensas en las selvas, como si fueran de piedra; los

Biblioteca Nacional de Maestros

árboles acallaron el susurrar de su follaje, y el aire y la tierra enmudecieron como sumidas en el más profundo y venturoso ensueño.

Cuando se extinguió el eco de la última nota, el auditorio en masa cayó de rodillas ante el dios sol, proclamando su victoria.

Únicamente Midas, el obcecado rey de Frigia, se negó á reconocer que la música apolínea fuera más bella y sentida que la de Pan.

— Mortal, — dijo la deidad vencedora, — si tus orejas son tan imperfectas que no te permiten apreciar el mérito de mis armonías, deben tomar la forma que les corresponde.

É inmediatamente, — con asombro de los presentes, — las orejas de Midas se alargaron y se volvieron agudas, vellosas y móviles como las de un asno.

Durante mucho tiempo, el rey frigio logró ocultar su defecto; pero un día, su barbero, descubrió el secreto fatal.

Desde entonces perdió el humor y el apetito el desdichado rapabarbas; estaba cierto que le era imposible callar lo que sabía, y no ignoraba que divulgarlo era decretar su muerte.

Al fin, no teniendo ya fuerzas para guardar silencio, fuése á un campo desierto; hizo en el suelo un hoyo muy profundo y de estrecha boca, y poniendo la suya sobre la de aquél, murmuró: *Midas, el gran rey Midas, ¡tiene orejas de borrico!*

Biblioteca Nacional de Maestros

Y feliz y contento, por haber desahogado su pecho del peso que le oprimia, volvióse rápidamente á su retiro.

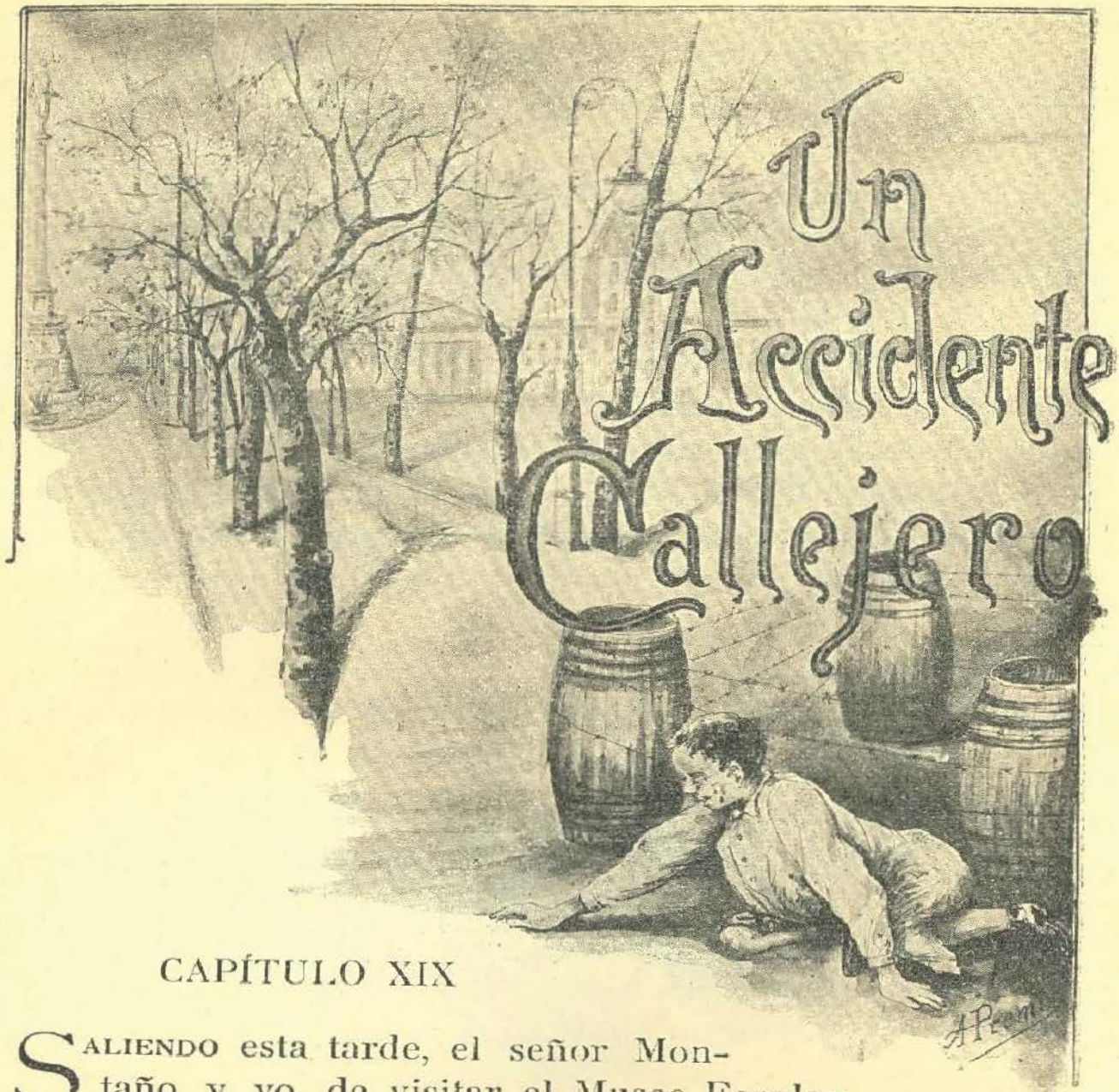
Pero, ¡oh desgracia! Tiempos después, algunas cañas salieron del hoyo, y contaron el secreto á los árboles vecinos; éstos lo transmitieron á los pájaros que lo divulgaron por toda la comarca.

Durante largos años, mientras vivieron los viejos dioses griegos, cuando el viento las movía, las cañas que bordeaban los ríos, susurraban:

¿Sabéis? Midas, el gran rey Midas, ¡tiene orejas de borrico! ¡Chit... chit! ¡Guardad el secreto! ¡Callad!



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XIX

Saliendo esta tarde, el señor Montaño y yo, de visitar el Museo Escolar Sarmiento, tomamos, para volver á nuestra casa, por la calle Viamonte en dirección al río.

Ya estábamos cerca de la plaza Lavalle, cuando hirió nuestro oído un grito agudo y doloroso; y al detenernos, para averiguar quien lo lanzara, vimos en la

Biblioteca Nacional de Maestros

acera de enfrente á un niñito como de cuatro á cinco años, que trataba de contener, con las manecitas, la sangre que, en abundancia, brotaba de su cara.

Cruzamos la calle, para socorrer al pobre herido, y, con nosotros, hicieron lo mismo dos señoras y un caballero, movidos, seguramente, de idéntico propósito al que á nosotros nos guiaba.

—¡Qué tienes, pobrecito! ¿dónde te duele?

—Aquí, —exclamó el niño, señalando la cara.

Efectivamente: en su cara, veíanse dos heridas, que parecían dos rasgaduras, situada una de ellas á pocos centímetros debajo del ojo derecho.

—Y, ¿dónde fué que te heriste? —preguntó, cariñosamente, el señor Montaño, al pequeño lastimado.

—Allí, señor.

Y al decir *allí,* señalaba una valla formada por cuatro barricas vacías, unidas entre sí por tres alambres, colocados paralelamente, cuyo objeto parecía no ser otro que el de cerrar el paso á los transeuntes, evitando así que pisaran la acera recién construída ó reformada.

El señor Montaño, que al primer momento no se dió cuenta de la naturaleza del alambrado, volvió á preguntar: ¿pero cómo pudiste herirte?

—Porque el alambre tiene púas —contestó otro chiquillo, un rubiecito, coloradote y avispado, que junto con otros estaba curioseando alrededor nuestro.

Y así era, en efecto: fácil era explicarse cómo se había producido el accidente.

Biblioteca Nacional de Maestros

Algunos chicos, de estos á quienes la estrechez de sus viviendas obliga á buscar en la calle lugar y espacio para sus bulliciosos entretenimientos, jugarían cerca del alambrado, á la mancha ó á las escondidas, sin imaginar lo peligrosa que tal vecindad podía resultarles.



Uno, más atrevido ó menos prudente, intentaría penetrar en el espacio vedado; y al tratar de introducir la cabeza entre dos de los alambres, las agudas y fuertes púas desgarrarían sus carnes, produciéndole, á la vez, espanto y dolor.

—Pues, bien puede dar gracias á Dios este niño,—dijo una de las señoras; — si inclina la cabeza un poco más, hubiéranle los pinchos herido en los ojos, y entonces...

—Queda cieguecito por el resto de sus días,—contestóla otra.

Biblioteca Nacional de Maestros

—¡Ciego!—exclamé yo.—No ver jamás á nadie, no poder contemplar ya nunca el sol, los árboles, las flores... ¡oh, antes que sufrir tamaña desgracia, vale más mil veces morir!

—No está bien dicho esto,—murmuró el señor Montaño, sonriendo levemente y con un pronunciado dejo de tristeza.

Por muchas que sean las desgracias que nos acosen, nunca debe desearse la muerte que, sin necesidad de que la llamemos, viene cuando nos llega la hora.

Para resistir las penas, aun las más crueles, y para sobrellevar las adversidades y los infortunios, aun aquellos que parecen superiores á nuestras fuerzas, dispone el hombre de una gran fuerza, el valor moral.

—Pero ese pobre niño, ¿qué hubiera podido hacer en el mundo, privado de la luz?

—Primero, resignarse; y después, hacer lo que hacen todos los ciegos: instruirse y trabajar, dentro de su estado, para el bien suyo y para la felicidad ajena. Con el tiempo sabrás, Bertito, que hubo ciegos que consiguieron ilustrar su nombre; que fueron poetas, escultores y músicos, llegando, algunos de ellos, á conquistar fama y celebridad universal.

—Bien está lo que usted dice, señor,—repuse yo;—pero, no puede negarse que el que construyó tan desgraciada valla es un hombre de mal corazón y de crueles instintos.

—Quizá no, Bertito; quizá fué sólo un estúpido ó un irreflexible, que no supo valorar lo que hacía; que

Biblioteca Nacional de Maestros

no comprendió que si alguien deseaba causarle un perjuicio, descomponiendo su trabajo, ya habia de tomar precauciones para conseguir su objeto impunemente, y que, para contener ó evitar el paso á los niños, á los ancianos y á los distraídos, bastaba, no ya con un alambre, sino con mucho menos, con un simple cordel.

Lo que hay es que la estulticia é ignorancia de muchos hombres, son tan grandes, que les hacen cometer acciones punibles, sin darse cuenta de ello.

Es el caso del que se divierte rompiendo botellas ó pedazos de loza en medio de la calle; del que para celebrar la resurrección de Cristo, no halla mejor modo de demostrar su alegría que disparando, á bala, infinitos tiros de revólver; del que abre una zanja sin colocar, por la noche, una luz que ponga sobre aviso; del que deja en cualquier parte un arma de fuego cargada; del que corre atropellando á la gente, sin preocuparse de si el empujado es una criatura ó un anciano que al recibir el encontrón, puede, con mucha facilidad, perder el equilibrio y caer bajo las ruedas de un carro, ó bien bajo los cascos de un caballo; es la historia de aquel peón que, mientras se construía el actual edificio del Congreso, pensando dar un bromazo á sus compañeros, puso en comunicación el botón de un timbre eléctrico con un cable, conductor de una poderosa corriente: llegó un infeliz obrero y al oprimir el timbre cayó fulminado; no hubo broma ni risas; pero hubo un muerto, una vida útil tronchada; no hubo un verdadero criminal, pero hubo un desdichado inconsciente que lo parecia.

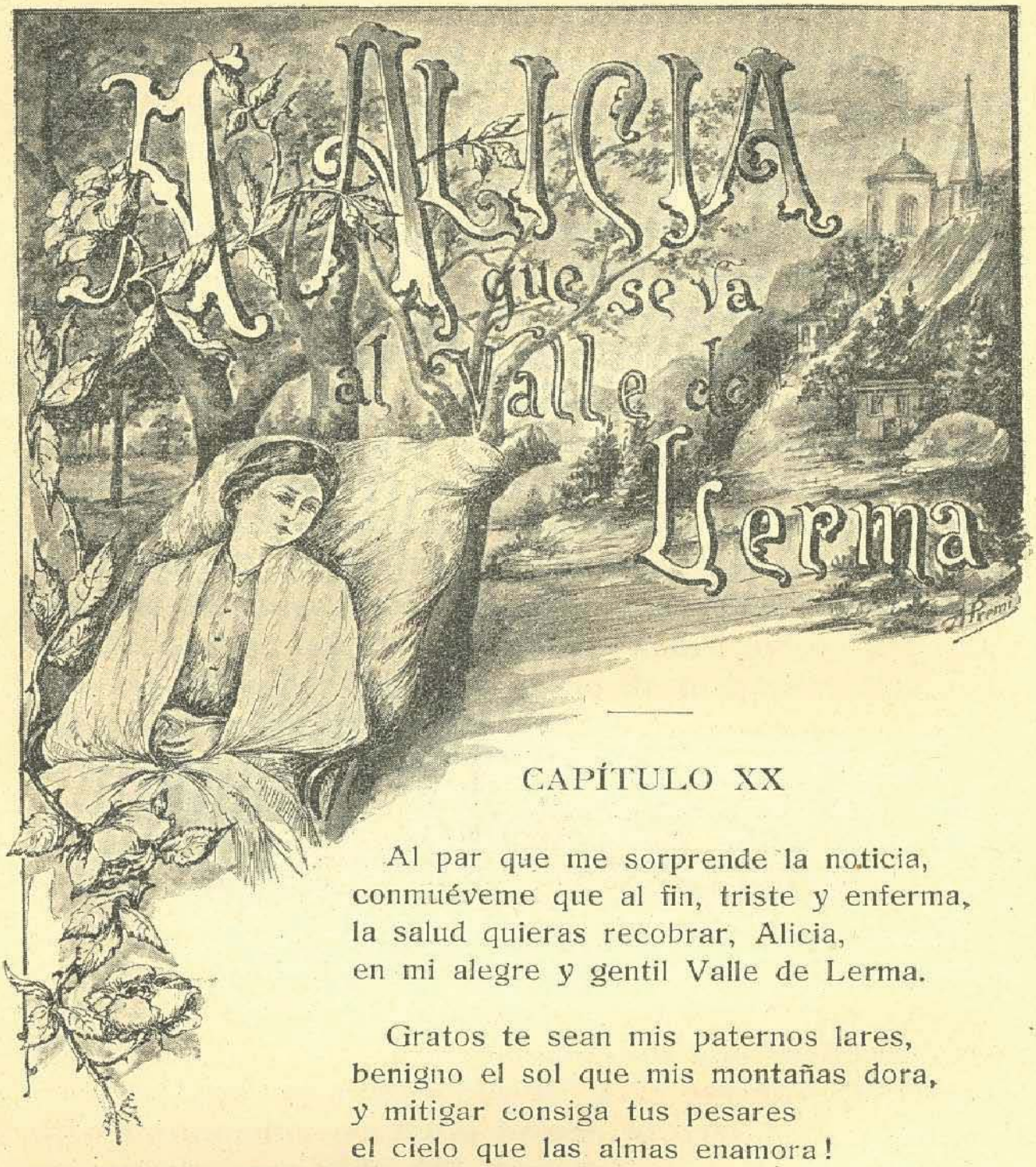
Biblioteca Nacional de Maestros

—*¡No lo hice por mal! ¡Fué sin pensar!*—suelen decir (en muchos casos, de buena fe), los autores de estas estupideces, *de estas bromas;* sin saber que hay casos de estos en que es muy difícil determinar dónde acaban la burla y la imprevisión y dónde comienzan el homicidio y el crimen.

No en vano ha dicho un escritor, que los necios y los tontos han muerto más gente que los asesinos.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XX

Al par que me sorprende la noticia,
conmuéveme que al fin, triste y enferma,
la salud quieras recobrar, Alicia,
en mi alegre y gentil Valle de Lerma.

Gratos te sean mis paternos lares,
benigno el sol que mis montañas dora,
y mitigar consiga tus pesares
el cielo que las almas enamora!

Biblioteca Nacional de Maestros

Si salvando contigo la distancia
que me separa del edén nativo,
pudiera visitar los de mi infancia
vergeles ¡ay! en que soñando vivo!...

En vano ahora esta ansiedad inmensa
medir querrías en vehemente anhelo:
cuando se sufre como tú, se piensa
que no hay duelo mayor que nuestro duelo.

Pero mañana cuando á ungir tu frente
sientas llegar un hálito de vida,
y con el gozo, de tu pecho ausente,
á tu tez vuelva la color perdida;

Cuando á tus ojos ávidos se tienda
un cielo azul de vívidos fulgores
y derrame á tus pies como una ofrenda
Naturaleza todos sus primores;

Cuando al par que brillantes mariposas,
llenen los aires vagas armonías
y abrirse veas por doquier las rosas...
¡comprenderás las ansiedades mías!

¡Feliz aquel que opuso á los engaños
de un falso bien, un poco de cariño
y alegres mira transcurrir los años
en el hogar en que jugó de niño!

¡Con qué honda piedad, con qué amargura
te acordarás de mí, cuando ceñida,

Biblioteca Nacional de Maestros

de viva luz, radiante de hermosura
mires doquiera desbordar la vida!

¡Oh, y el placer que sentirás cuando halle
el bálsamo al dolor que le desgarra
tu espíritu gentil! ¡Cómo en mi valle
no ha de triunfar tu juventud bizarra!

Imagínate: diáfanos los cielos
ó ya tendidos de lujosos tules;
frescas umbrías; claros arroyuelos;
ríos que incendia el sol; montes azules.

Senderos sombreados de sauzales;
cercas de rosas, cármenes estivos,
y por cima de espesos matorrales
coloreando la flor de los seíbos.

El viento entre las ásperas quebradas,
tristes imita en desigual lamento;
¡más que murmullo alegre en las cañadas,
que sonorosas risas suelta el viento!

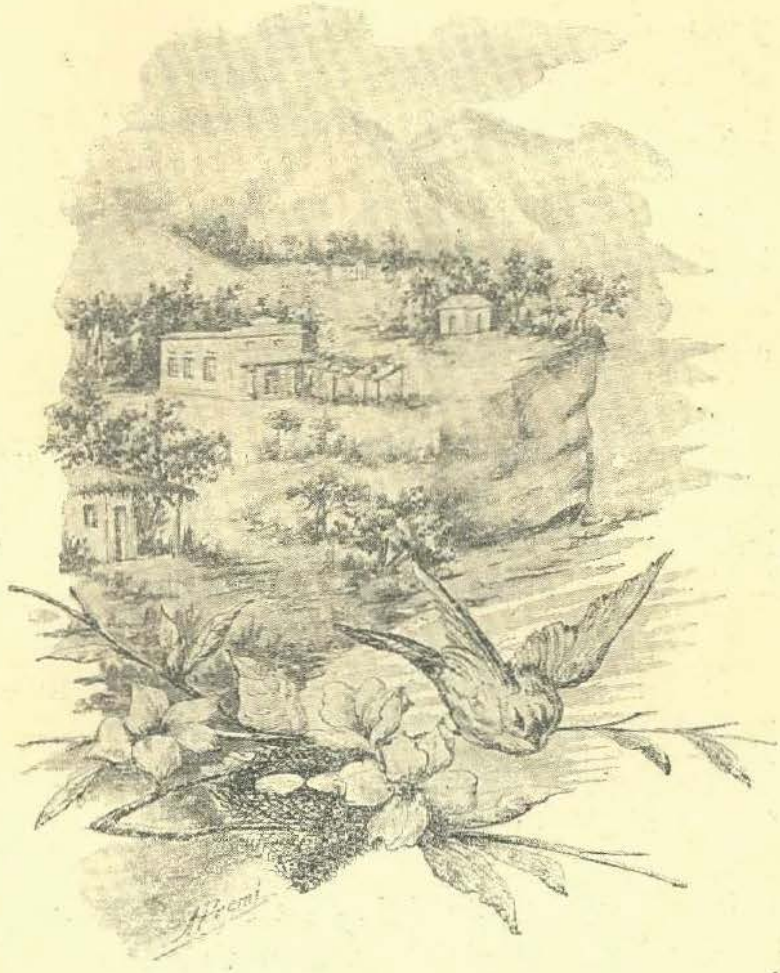
Como dispersos nidos de palomas
y de huertos edénicos ceñidas,
blanquean las casitas de las lomas
entre almendros en flor medio escondidas.

Tiéndenles su dosel frondosas parras,
á cuya sombra, á la hora de la siesta,
al bien templado son de las guitarras
están las almas y el amor de fiesta.

Biblioteca Nacional de Maestros

Y no se doblan bajo el sol de fuego
con mayor humildad las margaritas,
como las almas al doliente ruego
que solloza en las dulces *vidalitas.*

. . . . . .



¡Oh mi valle gentil! ¡Oh sonrïente
asilo de mi amor, noble y seguro!
Todo es en ti sin par, más transparente
la luz, el aire saludable y puro!

Biblioteca Nacional de Maestros

Cómo hermosea en mi memoria y cuánto
brillo le presta al acabado lienzo
de vuestra pompa el virginal encanto,
¡oh, Pulares! ¡oh, Salta! ¡oh, San Lorenzo!

¡Gratos seais á la que os busca ansiosa,
y vuestro cielo devolver consiga
las ilusiones de color de rosa
al alma enferma de mi dulce amiga!

¡Adiós, Alicia, adiós! Por mí de hinojos
la frente besa de mis padres, ¡y hada
sé, que el velo disipes que sus ojos
anubla al ver la casa abandonada!

Diles que no del mal al golpe rudo
caen sus hijos en la ardiente arena,
¡que él no vence al que lleva por escudo
la fe de la niñez, limpia y serena!

¿Sientes vago rumor que en leves giros
en sus ondas el céfiro arrebata?
¡Es que emprenden el vuelo mis suspiros
desde la orilla del undoso Plata!

Lleguen contigo á los paternos lares
Donde hallarás el bálsamo á tu daño,
donde se esmalta el césped de azahares
y hay golondrinas casi todo el año!

¡Al nativo vergel, donde parecen
bandadas de palomas las aldeas,

Biblioteca Nacional de Maestros

de cuyos muros, á la sombra crecen
pasionarias, miosotis y ajedreas!

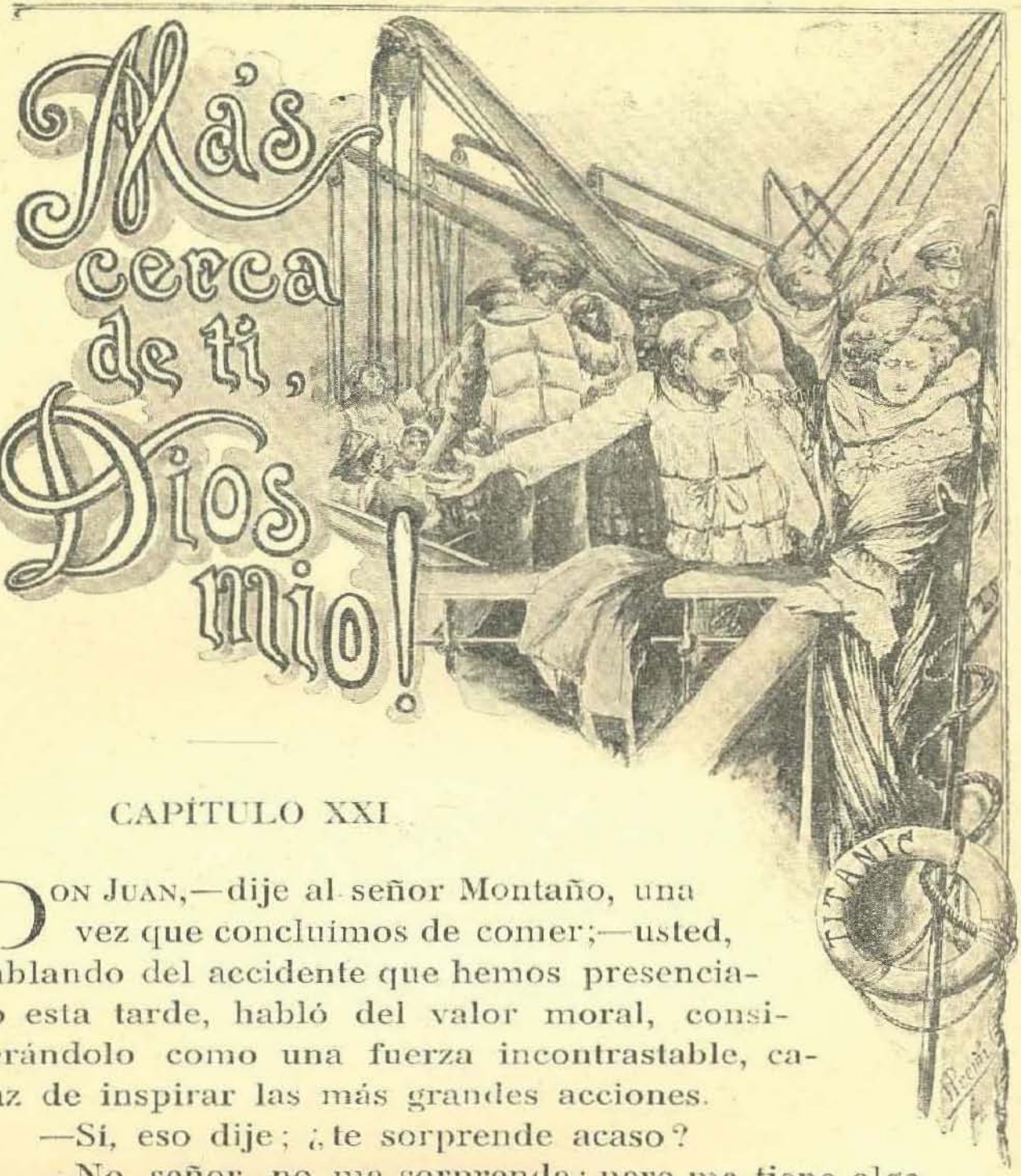
Y desgranados, como en blanda lluvia
de pétalos que á ti vuelan dispersos,
¡á acariciar tu cabecita rubia
y á posarse en tu oído irán mis versos!

MOISÈS NUMA CASTELLANOS.



Biblioteca Nacional de Maestros

Más cerca de ti, Dios mío!



CAPÍTULO XXI

Don Juan,—dije al señor Montaño, una vez que concluimos de comer;—usted, hablando del accidente que hemos presenciado esta tarde, habló del valor moral, considerándolo como una fuerza incontrastable, capaz de inspirar las más grandes acciones.

—Sí, eso dije; ¿te sorprende acaso?

—No, señor, no me sorprende; pero me tiene algo intrigado.

—¡Intrigado! ¿Y qué es, vamos á ver, lo que te intriga?

Biblioteca Nacional de Maestros

—Esto que voy á decirle: que, para hacer grandes cosas, es necesario ser un grande hombre; y, que como éstos son pocos y no nacen todos los días...

—Serán muy pocos los que por sus acciones puedan destacarse de la masa común, ¿no?

—¡Eso es!

—No hay que extraviarse. Esos hombres extraordinarios que asombran con sus victorias, sus obras ó sus descubrimientos, no abundan, es cierto; un San Martín ó un Rivadavia no aparecen sino de tarde en tarde.

Pero, es que se puede ser grande sin haber libertado naciones ó haber escrito *Facundo*.

—¡Pero!...

—Continúa; ¿qué ibas á decir? — preguntó el señor Montaño, animándome con una sonrisa amistosa.

—Pues iba á decir que yo no concibo que pueda llevar sello de grandeza lo que no sobresale, lo que no es extraordinario.

—Eso, según y conforme. Para entendernos es preciso saber primero qué es lo que debemos considerar sobresaliente ó extraordinario: si por tal se entiende lo más brillante, tienes razón; pero si dejándonos de brillanteces nos fijamos en la intención que origina los actos ó en el valor que ellos tienen en sí, no estás en lo cierto.

¿Quieres cosa más grande que el obscuro sacrificio hecho en pro de la felicidad ó del bien ajeno, no por ostentación ni vanagloria, sino simplemente por bondad de corazón?

Biblioteca Nacional de Maestros

¿Concibes tú que haya grandeza mayor ni más digna de ser admirada que la de los humildes, de los infinitos hombres condenados á trabajar durante su vida entera en ocupaciones duras, sombrías y con frecuencia peligrosas, cumpliendo su deber con resignación y entereza, sin murmurar ni rebelarse, sin maldecir de su destino, ni del bien, ni de la justicia?



¿Crees tú, que es más grande el que gana una batalla que aquel que sufre con dignidad una vida de escaseces y privaciones, sin sentir odios ni rencores, conformándose con su suerte, sin anidar jamás en su alma otros sentimientos que los de paz y de dulzura, de abnegación y amor hacia sus semejantes, de piedad para con los débiles y los abandonados?

Yo te aseguro, Bertito— y lo digo lleno de generoso orgullo, — que la tendencia á lo noble, el espíritu de sacrificio y de abnegación, está en el fondo de todo corazón humano; y que, fuera de los hombres superiores, nacidos para ser maestros y guías de la humanidad, entre las multitudes hay verdaderos tesoros de gran-

Biblioteca Nacional de Maestros

deza moral, de valor y aun de heroísmo.

No lo dudes: hay en el hombre una verdadera tendencia á demostrar que es digno depositario de la chispa excelsa que Dios puso en su corazón y en su frente al darle vida.

Para que te convenzas de la certeza de mis afirmaciones, debe bastarte el recuerdo de una reciente catástrofe: el naufragio del vapor inglés *Titanic*.

En aquellos horribles instantes, cuando todos perdían la calma, hubo á bordo unos hombres verdaderamente grandes: los pobres músicos que formaban parte de la banda ú orquestilla del buque.

A dos dedos de la muerte, mientras la nave se hundía, ellos, imperturbables y serenos, permanecieron en sus puestos ejecutando aires alegres, valses á la moda; ¡sabían la influencia que la música ejerce sobre el alma colectiva y querían emplearla, hasta el último momento, como un calmante á la agitación y al miedo de todos!

Y cuando ya no hubo esperanza, cuando la última lancha se alejó del buque náufrago; cuando ya no quedaban en él sino aquellos que, por deber ó por infortunio, no podían dejarle, entonces, aquellos hombres, conscientes de su desdichado fin, dejaron de pensar en los otros para ocuparse de sí mismos; y de sus almas creyentes, se exhaló una conmovedora plegaria.

Más cerca; más cerca de Ti, ¡Dios mío! — cantaban los instrumentos y suspiraban las voces de aquellos héroes, de aquellos corazones tan bellos y abnegados.

Biblioteca Nacional de Maestros

Y tengo la seguridad de que el cielo se abrió de par en par para aquellos nobles espiritus, que ahora, coronados de gloria, brillan en la altura, cerca, muy cerca de Dios.



Biblioteca Nacional de Maestros



(REDUCCIÓN DE UN LIBRO DE JEANNE LANG)

CAPÍTULO XXII

LLOVÍA: listos ya sus deberes y cansado de ver caer el agua, Bertito se apartó de la ventana.

Estuvo un rato indeciso, como buscando en qué emplear el tiempo, hasta que al fin, se dirigió al estante; estuvo leyendo los títulos de los libros, y tomó uno, en cuya cubierta, en elegantes letras de oro, se leía: *Las más hermosas historias de Guillermo Shakespeare* [1].

[1] Pronúnciase *Cheespir*.

Biblioteca Nacional de Maestros

Sentóse cerca de la luz, y leyó: *El mercader de Venecia.*

I

LOS DOS AMIGOS

Hay en Italia una bellísima ciudad, de cielo siempre azul y radiante, llamada Venecia; sus calles, llenas de agua como los canales, se ven surcadas á todas horas, por las góndolas, embarcaciones pintadas de negro y de retorcida y caprichosa proa, que, silenciosas y ligeras, se dedican á transportar pasajeros de un punto á otro.

Si algún dia vais allí, los magníficos palacios de mármol blanco levantados casi al borde de las aguas, sus puentes misteriosos, las navecillas costeñas con velas rojas, amarillas ó anaranjadas, las góndolas voladoras, los grandes buques venidos de países lejanos, obscuros de casco y de blanco velamen, os producirán una impresión extraña, como la que sentiríais si os encontrárais en el fabuloso país de las hadas.

Hace ya muchos años, vivían en Venecia dos íntimos amigos: Antonio, mercader tan rico como generoso, y Basanio, militar muy pundonoroso y valiente, pero pobre y escaso de fortuna.

Basanio deseaba casarse con Porcia, joven muy rica y hermosa de la ciudad; pero jamás se atrevió á manifestarle sus sentimientos, temiendo ser rechazado á causa de su extrema pobreza.

Biblioteca Nacional de Maestros

Por fin, un día, deseoso de salir de dudas, resolvió hacer saber á Porcia el afecto que por ella sentía, y solicitó de Antonio que le prestase algún dinero para presentarse dignamente ante su amada.

—Tengo todo mi capital,—le contestó aquél,—empleado en los cargamentos que mis buques conducen á Oriente, pero no importa: hay un hombre inmensamente rico que presta dinero; le pediré todo el que te haga falta, y se lo devolveré cuando regresen mis barcos.

En aquellos tiempos vivían en Venecia muchos judíos que se dedicaban á prestar dinero cobrando intereses enormes, y que se enriquecían á costa de sus desgraciados deudores, á los que arruinaban sin piedad si no pagaban exactamente sus deudas; por eso eran aborrecidos todos ellos y, más que ninguno, el viejo Shylock, el más sórdido y avariento de su raza.

A éste fué á quien acudió Antonio. El prestamista, á pesar del odio que por su liberalidad profesaba al mercader veneciano, prestó en el acto, pretextando hipócritamente sentirse muy dichoso pudiendo servir á tan digna y simpática persona.

—Solamente exijo,—dijo bonachonamente,—que me firméis un documento, comprometiéndoos á entregarme una libra de carne de vuestro cuerpo, si al llegar el vencimiento no me podéis pagar.

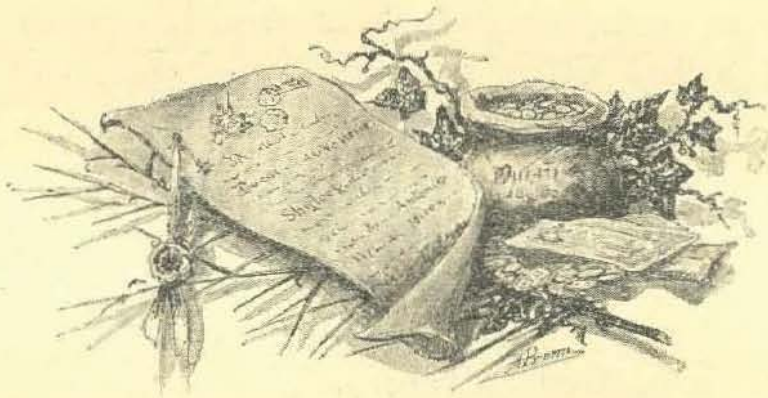
—No tengo inconveniente,—replicó Antonio;—y reconozco que, envuelto en vuestra broma, hay un sentimiento generoso, del que siempre juzgué incapaz á un judío.

Biblioteca Nacional de Maestros

Al salir á la calle, Basanio dijo á su amigo:

—No me gusta lo que has hecho: me inquieta la extraña condición de ese viejo...

—¡Bah! No te preocupes: mis buques estarán amarrados en los muelles, antes, mucho antes del vencimiento de la deuda.



Biblioteca Nacional de Maestros

II

LA HIJA DE SHYLOCK

Shylock tenía una hija muy buena, á la cual trataba con tanta dureza como rigor.

Jésica, que así se llamaba la joven, amaba á un cristiano, de nombre Lorenzo, pero temblaba de miedo y de angustia al pensar que su padre pudiera saberlo; pues estaba bien segura de que el rencoroso judío preferiría mil veces ver morir á su hija antes que consentir en verla unida á un enemigo de su religión.



Perdida toda esperanza de obtener el permiso paterno, pues nunca tuvo el valor necesario para solicitarlo, resolvió abandonar su casa para conseguir su deseo, poniéndose bajo el amparo de la ley.

Así fué que un día, aprovechando la ocasión de hallarse ausente el judío, huyó, llevándose muchas ricas joyas que había heredado de la esposa de Shylock, y se casó con Lorenzo.

Biblioteca Nacional de Maestros

Cuando el usurero tuvo conocimiento de la fuga y del matrimonio de su hija, se puso tan fuera de sí, que parecía enloquecido por la rabia, la que aumentó y llegó á lo inconcebible, cuando supo que su yerno era amigo de Antonio y de Basanio, á quienes, en su rencoroso extravío, acusó de ser cómplices en la fuga y casamiento de Jésica.

Como su rapacidad y sordidez le habían hecho repulsivo y odioso á todos los venecianos, nadie le compadecía, muy al contrario; reían de buena gana, cuando los pilletes de los muelles hacían descaradamente mofa de su facha estrafalaria, al verle cruzar las calles, tirándose del cabello y de la barba, mientras se lamentaba clamando: ¡Mi hija! ¡buscadla, detenedla! ¡devolvedme mis joyas; mis joyas y mi dinero!

Un suceso inesperado vino, no sólo á sacarle de su desesperación, sino á convertirla en delirante alegría.

El rumor público le informó de que los seis buques de Antonio habían naufragado, dejando al mercader en la mayor miseria.

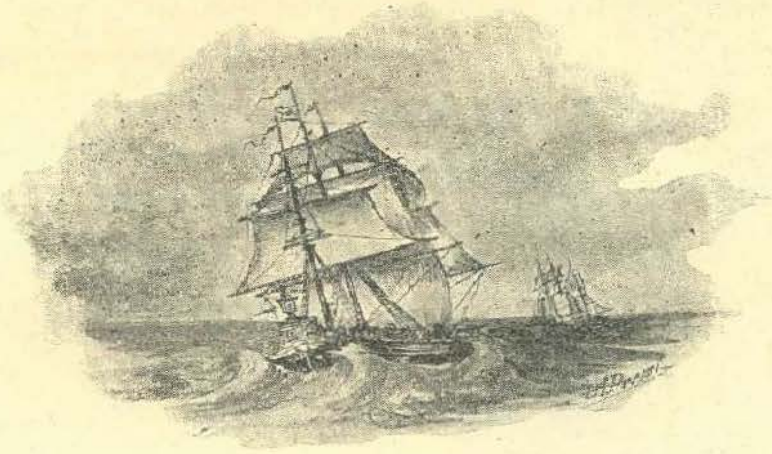
—¡Ah!, ¡ah! musitaba con ironía, el implacable viejo, está arruinado y no podrá pagar!

¡Ahora podré vengarme cumplidamente de este hombre á quien odio á muerte, y en él, de todos los de su raza y de todos los que le profesan amistad.

Basanio, que con su mujer, Porcia, vivía en una bellísima quinta, lejos de Venecia, cuando supo la fatal noticia, no pudo contener la explosión de su dolor.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Serénate,—le dijo Porcia;—toma mucho, muchísimo dinero y vuela á Venecia; busca al judío; págale, si es preciso, no una, sino diez veces el valor de la deuda y salva á tu noble amigo.



Biblioteca Nacional de Maestros

III

DADME MI LIBRA DE CARNE.

Llegó la fecha del vencimiento de la deuda y Antonio no pudo solventarla.

Entonces, Shylock, sin perder un minuto, se presentó ante el Dux, que era el primer magistrado de Venecia; exhibió el contrato, y pidió que no habiendo Antonio cumplido su compromiso, le fuese entregado para cobrarse en la forma convenida.



El Dux y los grandes señores venecianos que le acompañaban, intentaron hacerle desistir de su vengativo empeño; pero fué en vano.

—Ya que Antonio no me ha devuelto el dinero que le presté — contestaba — debe pagarme, como prometió, con una libra de carne de su cuerpo.

El Dux, no tuvo más remedio que encarcelar al desgraciado mercader, pues, en aquellos tiempos, se ponía en prisión á los que no podían pagar sus deudas: Antonio reconoció el derecho de Shylock y se dispuso á ser juzgado.

Biblioteca Nacional de Maestros

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

En el mismo momento en que se ordenaba el encarcelamiento del generoso comerciante, llegó, apresurado y anhelante, Basanio.

—Renuncia á tu derecho—dijo al judío, y te pago en el acto cinco veces el valor de la deuda.

—Si ofrecieras pagarme cinco mil veces más de lo que Antonio me debe, te contestaría que prefiero una libra de su carne: le odio.

—¿Así, pues, los hombres vengativos pueden matar á aquellos á quienes no aman?—replicó Basanio consternado.

—¿Se odia la cosa que no se quiere matar?—fué la respuesta del israelita.

—¿Cómo podrás tú, esperar misericordia de Dios y de los hombres—le dijo solemnemente el Dux,—si tú no la tienes?

—A nadie la pido,—murmuró el judío con rencor.—Sólo pido justicia, y no pido más que lo mío... ¡Dadme mi libra de carne!

El Dux, convencido de que era imposible salvar á Antonio de su destino, y como la ley era en Venecia fielmente cumplida, ordenó que el insolvente deudor fuese condenado á cumplir el contrato.

Acababa el Dux de ordenar que fuese sometido á juicio Antonio, cuando entró en la sala, vestido con su toga escarlata y sosteniendo en su mano un birrete del mismo color, un joven de hermosas facciones y fina y vibrante voz.

—Permíteme, oh, serenísimo señor, que defienda al encausado:

Biblioteca Nacional de Maestros

Sin dificultad le fué concedido cumplir su noble deseo. Y mientras los presentes hacían comentarios sobre la triste suerte que esperaba al noble Antonio y sobre el singular aspecto de su joven defensor, Shylock, instalado junto á la puerta del calabozo que guardaba á su víctima, afilaba un largo cuchillo en el umbral de aquélla, mientras decía al carcelero:

—Ten mucho cuidado, carcelero, guarda bien el prisionero. Este es el loco que presta dinero sin interés. He de cobrarme con una libra de carne y la tendré.



Biblioteca Nacional de Maestros

IV

EL CASTIGO DE SHYLOCK

Reunido el tribunal, el abogado de Antonio, cuando hubo oído al judío, le rogó que recibiera la indemnización que le ofrecía Bassanio, ó bien que, mostrándose generoso, perdonara á su deudor.



—Rehuso el dinero, —respondió el hebreo, —y ni aun quiero oir hablar de perdón.

Entonces declaró el abogado que lo reclamado por Shylock estaba de acuerdo con las leyes de Venecia y que, sin excusa alguna, debía concedérsele.

—¡Un nuevo Daniel ha venido á juzgarte, oh, Antonio! ¡Sí, un nuevo Daniel! ¡Oh, sabio joven, cuánto te admiro!—exclamó Shylock.

—Desnudaos el pecho, —Antonio, —prosiguió el abogado, —y preparad vuestro corazón para el cuchillo.

—¡Oh, noble juez! Sí, sí, cerca del corazón,—gritaba Shylock, —probando el filo de su cuchillo.

Biblioteca Nacional de Maestros

—¿Están preparadas las balanzas para pesar la carne? — preguntó el joven.

— Sí, míralas, — contestó el judío.

—¿Tienes aquí un cirujano para impedir la pérdida de sangre?

— No, eso no está especificado en el contrato.

— Pues bien, os pertenece una libra de carne del cuerpo de este comerciante, y podéis cortarla de su pecho; la ley os concede este derecho y los magistrados también...

— ¡Oh, recto y sabio juez! — clamó con feroz alegría Shylock. — ¡Prepárate, Antonio!

— Esperad un poco, — continuó el abogado. — Tenéis derecho á cortar la carne que se os debe; pero no el de derramar la sangre que no es vuestra. Así, al cortar, cuidad de no verter ni una gota, porque, de lo contrario, toda vuestra fortuna, será confiscada por la República de Venecia.

— Vamos, Shylock, — dijo zumbonamente un amigo de Antonio; — repite ahora: *Sí, es un nuevo Daniel que ha venido á juzgarte, ¡oh, Antonio! ¡Oh, recto joven! ¡Oh, sabio juez!*

— Pedías justicia; ya la tienes, dijo al hebreo el magistrado que presidía el tribunal.

— Oid, — dijo apresuradamente á Basanio, — el cruel acreedor, que veía escapársele de las manos la tan suspirada venganza: — Dadme cinco veces el valor de lo que me debe Antonio, como me habéis ofrecido...

— Acabas de rehusar el dinero y queremos ser jus-

Biblioteca Nacional de Maestros

tos: te damos una libra de la carne de Antonio; pero, ni una sola gota de su sangre.

Shylock, ya frenético de rabia, pidió solamente el dinero que había prestado; y como tampoco le fuera concedido, hizo ademán de dejar el salón, cuando el juez le detuvo.

—No hemos terminado, —dijo. —Eres judío, y de acuerdo con las leyes de la República, cuando uno de tu raza atenta contra la vida de un ciudadano de Venecia, debe ser condenado á muerte, y su fortuna dividida en dos partes iguales: una para la ciudad y la otra para el hombre á quien intentó matar. No has omitido medio para acabar con la vida de Antonio; tu crimen está bien claro y el Dux decidirá lo que deba hacerse.

—Voy á ser contigo más caritativo de lo que tú has sido, Shylock, —dijo el Dux. —Te perdono la vida, pero toda tu fortuna pasará á poder de Antonio.

—¡Oh, soberano señor! Sed misericordioso; soy viejo y estoy solo, sin dinero voy á morir de hambre y de tristeza.

Antonio, siempre generoso, manifestó que rehusaba la fortuna del judío si éste firmaba un documento comprometiéndose á dar la mitad de sus riquezas á Jésica, su hija, casada con un veneciano.

—¿Estás contento, judío? ¿Tienes algo qué decir? ¿Aceptas? —preguntó el Dux.

—¡Acepto... y estoy contento! —dijo Shylock con un acento que desmentía sus palabras; —pero permitid que me retire, pues me siento enfermo. Enviadme el acta y la firmaré.

Biblioteca Nacional de Maestros

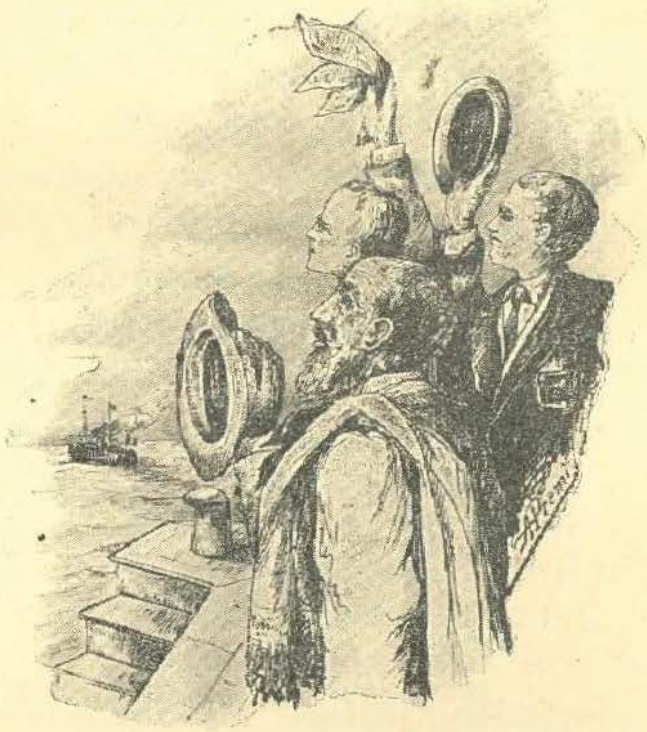
Y abandonó la sala anonadado.

Todos los amigos de Antonio le abrazaban felicitándole; pero él, desprendiéndose de todos, se lanzó á donde estaba su abogado, anhelando darle las gracias.

—¿No me reconocéis?—preguntó el joven,—¿y tú, Basanio, tampoco?

—¡Porcia!—exclamaron los dos á un tiempo.

—Si, la misma: tanto rogué á Dios, que al fin me inspiró el medio de salvar al noble amigo, al fiel com-



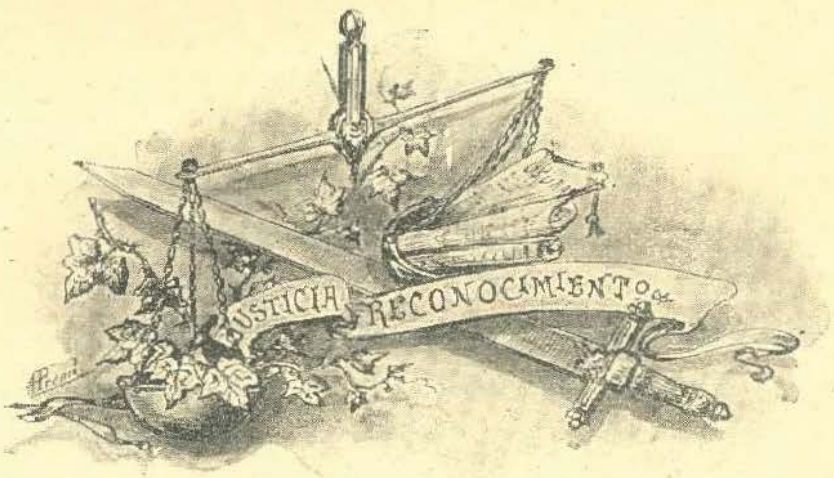
pañero de mi esposo. Y para hacer más feliz este momento, sabed que no estáis arruinado: tres de los buques que creíais haber perdido, acaban de llegar al puerto, ellos y sus riquísimos cargamentos os traen la

Biblioteca Nacional de Maestros

fortuna de la que tan bien sabéis usar, y de la cual sois tan merecedor y digno.

. . . . . .

La historia tuvo inmensa resonancia en Venecia y fuera de ella; y tan famoso llegó á ser su protagonista, que aun hoy, cuando se quiere tildar á uno de miserable y avaro, se le dice: ¡Es como Shylock!



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XXIII

Mi buena Florentina: Papá me escribe que está usted delicada; que no ríe como antes y que ya no anda usted por la huerta cuidando polluelos y revisando bancales.

¿Cómo es eso? Explíqueme el caso, porque yo no sé hallar la razón de él: entreveo, sin embargo, una cosa muy original, y es que nuestros papeles se han cambiado.

¿Se acuerda usted de lo mucho que le costaba, cuando yo era un chiquillo, hacerme ingerir ciertos medicamentos? ¿Ha olvidado cuánto tuvo que bregar para acostumbrarme á tomar la dichosa emulsión de Scott?...

Han pasado bastantes años, y me parece que estoy reviviendo aquellas horas.

Biblioteca Nacional de Maestros

Venía usted, muy risueña, con el frasco y la cuchara y me decía: — Vamos á ver, nene, cómo te portas hoy; en tus ojillos picarones estoy conociendo que estás deseando tomar la emulsión...

— Pues está usted muy equivocada, — contestaba yo; — mis ojos no pueden decirle lo que usted cree leer en ellos, porque hoy, menos que nunca, estoy en disposición de tomar ese menjurje...

Y entonces, empezaba la porfía; yo que no, usted que sí; yo alegando razones y usted combatiéndomelas con otras más sólidas (ahora lo conozco), seguíamos en aquel tira y afloja hasta que usted, cansada y perdida la paciencia, echaba por la calle de enmedio, amenazándome con quejarse á papá y salir de nuestra casa.

Entonces cedía yo, tomando la emulsión, y cuando la había tragado, cambiaba usted los rigores en cariñosos extremos, diciendo:

— ¿No ves, Bertito, cuán poco cuesta? Si la tomaste con facilidad extrema; bien sabía yo que mi nene, que es más bueno que el pan bendito y más rico y lindo que el sol, tomaría su medicinita. Y, por lo bien que se ha portado, le voy á dar esto, lo otro y lo de más allá, sucediendo, á menudo, que usted se iba más de lo conveniente en los ofrecimientos, viéndose después en apuros para pagarlos, cuando yo cobraba la deuda, sin perdonar ni un ápice de lo prometido.

Ahora soy yo el que tendré que enojarme: ¿con qué usted, mi señora doña Florentina, remolonea para seguir el tratamiento indicado por el médico y no pone

Biblioteca Nacional de Maestros

el menor empeño en librarse de los alifafes con que los pícaros añitos han dado en molestarle?

¡Cuidado! Mire que yo no soy aquel Bertito... ¿eh? Dios mediante, dentro de pocos años ¡seré todo un bachiller!... ¿estamos? El chiquilín está ya hecho un hombrecito y no permite que las ancianitas caprichosas hagan tarambanadas.



Pero, dejemos los recuerdos siempre amables de la niñez; dejemos el tono ligero y juguetón, y hablemos más en serio.

Siempre he oído manifestar á usted el cariñoso deseo de verme doctorar; recuerdo que al despedirme al dejar Tres Lagunas, usted, medio llorando, me dijo:

— Bertito, hijo mío, estudia mucho para que yo tenga el placer de verte todo un señor doctor, que yo pediré al Señor que me conceda los años de vida necesarios para gozar de tal alegría.

¿Se arrepintió usted, acaso, de su deseo? ¿Ha olvidado que Dios ha dicho: ayúdate tú, si quieres que yo te ayude?

Biblioteca Nacional de Maestros

Si desgraciadamente fuese así, ¡qué desilusión tan grande para mí! que, aun cuando tenga empeño en ser un hombrecito, para usted quiero ser siempre el Bertito que usted llenó de mimos y de complacencias; de usted que hizo las veces de mi santa madre.

Yo estudio mucho, animado por el deseo de ser hombre útil á la sociedad y á la Patria, y para dar una hora de felicidad á los que me aman; á mi padre que con tanto valor ha luchado para mí; á usted, que me ha hecho infinitos bienes que sólo un puro cariño y un agradecimiento imborrable pueden recompensar.

También yo, en mis horas de ensueño, cuando me figuro haber dado feliz término á la carrera que elegí, también yo creo ver la noble cabeza de mi padre, embellecida por la blanca corona que sobre ella pusieran los esfuerzos, los años y las penas, y la veo temblar de emoción, de afán tiernísimo, mientras una lágrima furtiva, deslizándose de los aun vivaces ojos, celebra el éxito del hijo siempre amado.

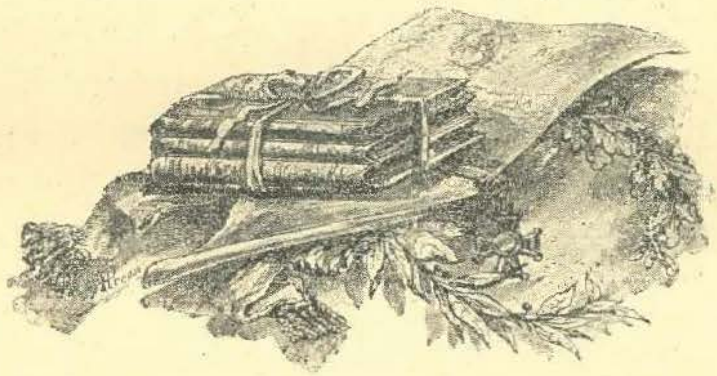
Y circuída de un nevado nimbo, como una estrellita perdida en el rincón más obscuro del cielo, contemplo la cara serena de la buena, cariñosa y abnegada Florentina, que con suave mirar y sonrisa adorable, me dice: ¡Cuánto esperé este día! ¡cuánto te agradezco, Bertito, la hora venturosa que me das!

¿Concibe usted pena semejante á la mía, si mi hermoso sueño no llegaba á realizarse?

No quiero ni pensar en ello: ¡ánimo y voluntad, mi buena Florentina! Y, permitiéndome que, por pri-

Biblioteca Nacional de Maestros

mera vez en mi vida la tutee, deje que le diga cariñosamente emocionado: Aun no tienes derecho á dejarme, *¡cuídate mucho, mi buena viejecita!*



Biblioteca Nacional de Maestros



El Mosquito y el León

CAPÍTULO XXIV

En medio del África Central, en aquel vasto y misterioso país, cubierto de bosques vírgenes, guarida de millares de bestias salvajes, las sombras de la noche descendían lentamente como advirtiendo la llegada del reposo y del silencio.

El sol, que durante todo el día brilló en el cielo como un enorme globo de fuego, hundióse al fin en un lecho de nubes, después de haber teñido el horizonte de escarlata, esmeralda y oro.

Los salvajes moradores de la espesura ocupaban

Biblioteca Nacional de Maestros

ya sus habituales refugios, y el último rumor acababa de extinguirse.

Cerca de un claro arroyo, un mosquito que consiguió fabricarse una hamaca en un finísimo tallo de hierba, empezaba ya á sentirse amodorrado bajo el influjo del monótono balanceo.

Las tinieblas se habían hecho densísimas, y reinaba un silencio tan absoluto y profundo, que parecía como si una voz potente y majestuosa hubiera dicho á todo lo criado: ¡callad!

Y precisamente en esta hora, cuando la calma y el recogimiento eran tan grandes que hubiera sido posible percibir la caída de una hojuela, se oyó, en lo más espeso de la selva, un terrible rugido; tan amenazador y potente, que todos los animales, salvajes ó no, despertaron de su sueño.

—¿Qué es, qué puede ser esto?—preguntaban todos, medio dormidos, medio temerosos...

—¿No atináis qué puede ser?—dijo calmosamente el mosquito.—¡Pues, un león! Un grande y soberbio león que anda buscando su cena.

Y en efecto, el poderoso animal no tardó en llegar saltando á través de la maleza, azotando el aire con la nervuda cola y abriendo las enormes fauces.

La luna, clara y brillante, había aparecido en el preciso instante en que el león llegaba cerca del tallo de hierba que servía de columpio al mosquito.

—¡Eh!—gritó éste;—¿no podría usted caminar sin hacer tanto ruido, y dejar dormir al que tiene sueño?

Biblioteca Nacional de Maestros

—¡Quién eres tú, miserable criatura, para hablarme así?—respondió desdeñoso el león.

—No hay que enfurruñarse tanto, amigo; un perro, sin ser más que un perro, tiene facultad de mirar á la cara á un rey; puedo, pues, yo, muy bien mirarte en igual forma á ti, que no luces corona. ¿Con qué derecho vienes á incomodar aquí?



—¿Con qué derecho? ¡Con el mio!—¡soy,—prosiguió el león con orgullo,—el soberano de la selva.

—¿Y quién dice que tú eres el soberano de estos lugares?

—Yo, que soy el más fuerte.

—Pues yo te niego el vasallaje, y lucharé sin reposo hasta expulsarte de aquí.

¡Luchar tú, contra mí!—dijo el león en tono de zumba—¡Infeliz átomo! Un soplo me bastará para acabar contigo, para mandarte á mil leguas de este sitio.

Pero no lo mandó,—á pesar de su gran fuerza,—a ninguna parte; pues el mínimo animalillo, saltando con ligereza, se alojó, muy cómodamente, dentro de las narices del león, divirtiéndose en grande, picándole, haciéndole cosquillas é incomodándole de mil maneras.

Biblioteca Nacional de Maestros

El gran señor de la selva, excitado y molesto al principio, acabó por enfurecerse, pero en vano; el mosquito, cada vez más pertinaz y atrevido, picaba y arañaba, cada vez con mayor encarnizamientoy saña.

—¡Mi nariz! ¡Mi pobre nariz!—gritaba la gran bestia revolviéndose sobre la hierba y zarpeándose la cara.

¡Sal! ¡Sal pronto de donde estás! No puedo resistir ya más el dolor. Sal, y te juro irme; serás el amo de la selva y harás en ella cuanto te plazca.

¡Sal de una vez y no temas; te doy mi palabra de león...

El engreído mosquito dejó de atormentar á su víctima, quien, fiel á su promesa, se fué por donde habia venido.

Cuando hubo desaparecido, el vano mosquito, henchido de fatuidad y orgullo, volvió á mecerse, entregándose á las más fantásticas ilusiones.

—¡Yo, decía; yo sólo soy el rey aqui! ¡Yo que he luchado con el león, de poder á poder, domándole y venciéndole!

¡Pobre mosquito!

A fuerza de mecerse, con vanidoso empuje, de aqui para allá, enredóse en algo, parecido á un hilo, muy tenue, pero muy resistente.

Cuando se dió cuenta de ello, forcejeó desesperadamente sin conseguir desasirse; y mientras el infeliz mosquito luchaba inútilmente, flip, flop, flip, flap, una vulgar araña llegó junto á él, diciendo: ¡Qué linda cena

Biblioteca Nacional de Maestros

me prepara la suerte!... y ¡zam! en un santiamén desapareció el infeliz soñador, del mundo de los vivos.

¡Pobre mosquito! ¡Creerse un rey, y no ser otra cosa, que la triste cena de una insignificante araña! ¿No es eso en verdad un fin bien triste?

Y, sin embargo; esta es una historia que se repite siempre entre los animales... ¡y también entre los hombres!



Biblioteca Nacional de Maestros

La Potencia del Trabajo

CAPÍTULO XXV

CADA día tengo algo nuevo que agradecer al hombre bueno y cariñoso en cuya casa vivo.

No sólo demuestra la afección que me tiene, prodigándome mil solícitos cuidados, sino que es para mí un mentor y guía tan prudente como sabio.

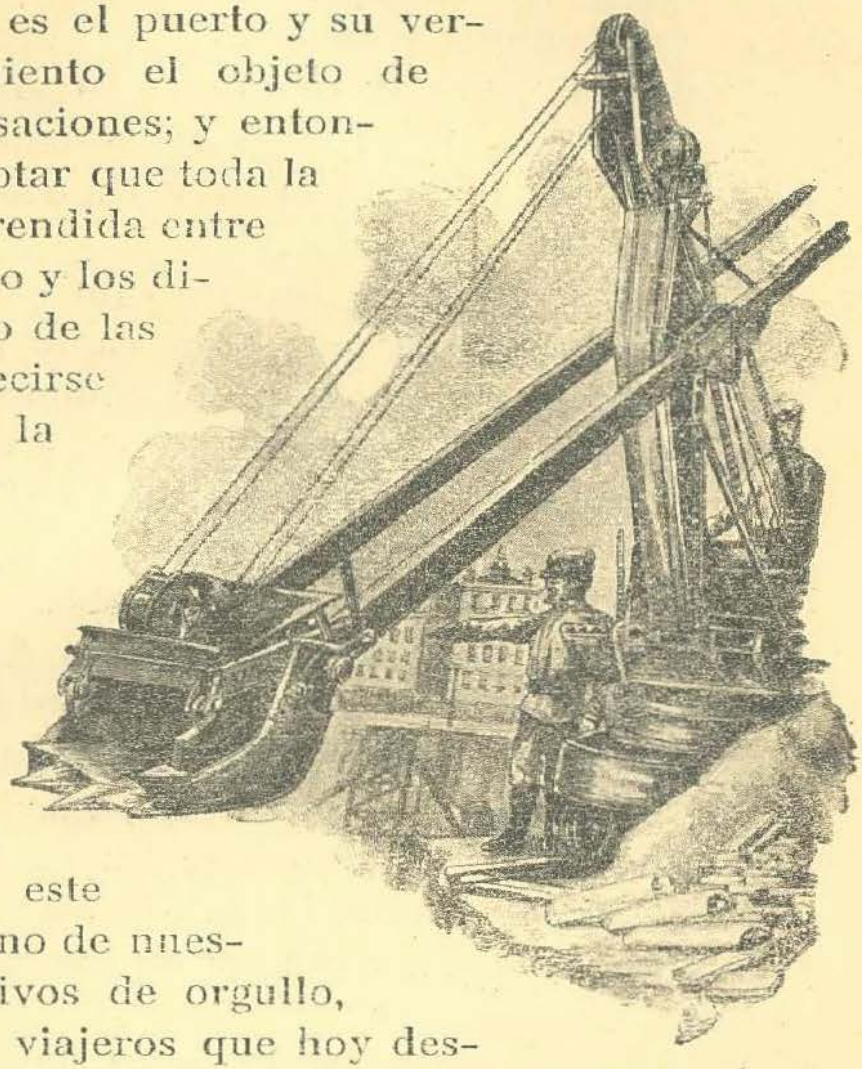
Quiere que vea y observe cuanto á mi alrededor pasa: pues dice que sólo se aprende á vivir viviendo, y que no puede asegurar que vive el hombre que no sabe conocer



Biblioteca Nacional de Maestros

y comprender todo y cuanto le rodea, el medio en que se desenvuelve y los hombres con quienes convive y trata.

Esto hace que nuestros paseos resulten para mí muy instructivos y de una amenidad encantadora.



Unas veces es el puerto y su vertiginoso movimiento el objeto de nuestras conversaciones; y entonces, me hace notar que toda la extensión comprendida entre el paseo de Julio y los diques, ha surgido de las aguas, puede decirse así, debido á la energía y espíritu emprendedor de nuestro pueblo.

— Hace cuarenta años,—me dice,—todo este espacio era una sabana de agua; este puerto, que es uno de nuestros justos motivos de orgullo, no existía; los viajeros que hoy descienden cómodamente de los transatlánticos á los muelles, tenían que hacer, al dejar el buque, un larguísimo, incómodo y á veces peligroso trayecto, en malas lanchas ó en molestos y primitivos carromatos. En

Biblioteca Nacional de Maestros

dos décadas se ha hecho retroceder el río; se ha construído nuestro famoso puerto; se han rellenado infinitas manzanas, cubiertas hoy de ferrocarriles. tranvías, jardines, elevadores de granos, enormes depósitos mercantiles y espléndidos edificios.

Podemos, pues, contemplar los argentinos, en esta admirable obra, un esfuerzo del trabajo nacional y una victoria de la perseverancia y espíritu progresivo de nuestro pueblo.

En otras ocasiones son los inmensos y lujosos edificios modernos que con gran rapidez y en sorprendente número se levantan continuamente en Buenos Aires, los que dan pábulo á nuestras observaciones.

—Si los hombres que vieron en 1860 la unión definitiva de los argentinos, después de haber presenciado el fin de la dictadura de Rozas, volvieran á la vida, no conocerían, en la ciudad espléndida de hoy, á su querida Buenos Aires, á la histórica ciudad de Mayo.

—Tanto ha cambiado, señor Montaño?

—Tanto, Bertito, que á mí, que afortunadamente no soy muy viejo, me parece imposible que sea ella, la ciudad de mis mocedades, de los altos y bajos, de los terceros, del viejo muelle de pasajeros y de la vida tranquila y patriarcal.

Cuando yo tenía quince años, las casas eran bajitas y techadas de teja la mayoría de ellas; las de azotea eran ya de aspecto moderno, y el *Palacio de Álzaga,* de la calle Florida, lindero con el edificio donde estaba la confitería del Águila, era considerado por los porte-

Biblioteca Nacional de Maestros

ños de la época, como la quinta esencia del lujo y del esplendor!... ¡mira, tú, hoy, al lado de las magnificencias de la edificación actual, dónde queda la que era grande y maravillosa mansión en 1870!

—Paréceme, don Juan, —le dije yo, —que siente usted la radical transformación de Buenos Aires; ¿acaso no es más hermosa la actual ciudad que la antigua?

—Claro que sí, que lo es: pero, para los que ya estamos en el otoño de la vida, lo que vimos y amamos de jóvenes, tiene el dulce encanto, no ya de recordarnos, sino de hacernos revivir los primeros años de nuestra existencia; los que vives tú, ahora, y que son, sin disputa, los más bellos y luminosos de la vida.

Hoy hemos podido ver, muy á nuestro sabor, las obras que se están llevando á cabo en la Avenida de Mayo, para construir el gran túnel por donde circulará el tranvía subterráneo, que ha de poner en continua y rápida comunicación el centro de la ciudad con los barrios extremos.

—Pasma, realmente, ver la celeridad con que se lleva á cabo una obra tan difícil y complicada —dije yo á mi buen acompañante.

—Estos milagros, hijos son del progreso, —me contestó. La rara potencia de las máquinas; la perfección alcanzada en los métodos de trabajo, la creciente habilidad de los operarios y la mayor ciencia de los ingenieros, permiten que puedan trabajar juntos, en un espacio reducido y sin incomodarse, verdaderas legiones de obreros, y que estas obras, tan complicadas y difíci-

Biblioteca Nacional de Maestros

les, se lleven á cabo con toda la solidez y seguridad imaginables, en brevísimo espacio de tiempo, y á un costo que, en relación á la importancia de la obra y á los obstáculos que su ejecución presenta, resulta cada vez más reducido y barato.

Observa como está distribuído el trabajo; mientras la vanguardia de este ejército excava la ancha y profunda zanja, otros obreros construyen los robustos muros de mampostería, y otros colocan, atornillan y afianzan la recia armadura metálica que ha de sostener el piso de la ancha avenida; mira el orden y regularidad con que ese hormiguero de hombres, guinches, grúas, vagonetas y aparatos de toda especie, van y vienen, sin descanso ni confusión.

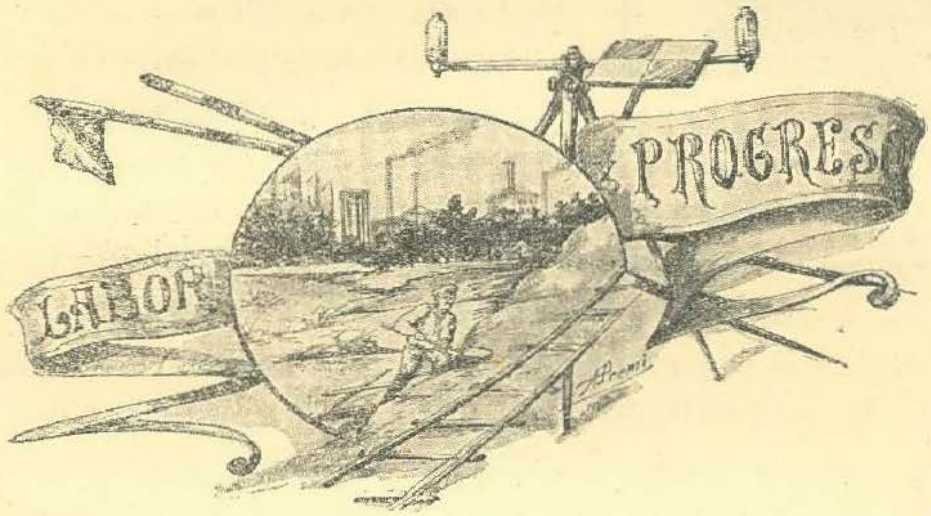
Cuando se ven esas montañas de hierro, de tierra y de ladrillos, piensa uno: eso no se acabará nunca; hay para años.

Na hay tal; dentro de contados días, lo que ahora estamos viendo estará rematado, concluído y oculto á la vista; y, pasados algunos meses, la Avenida habrá recobrado su animado y habitual aspecto; y mientras por la calzada circulen incontables coches y automóviles y por sus aceras ambulen miles de transeuntes, por el inmenso túnel, abierto en sus entrañas, correrán centenares de trenes, transportando á los que necesitan correr siempre, ahorrando los minutos.

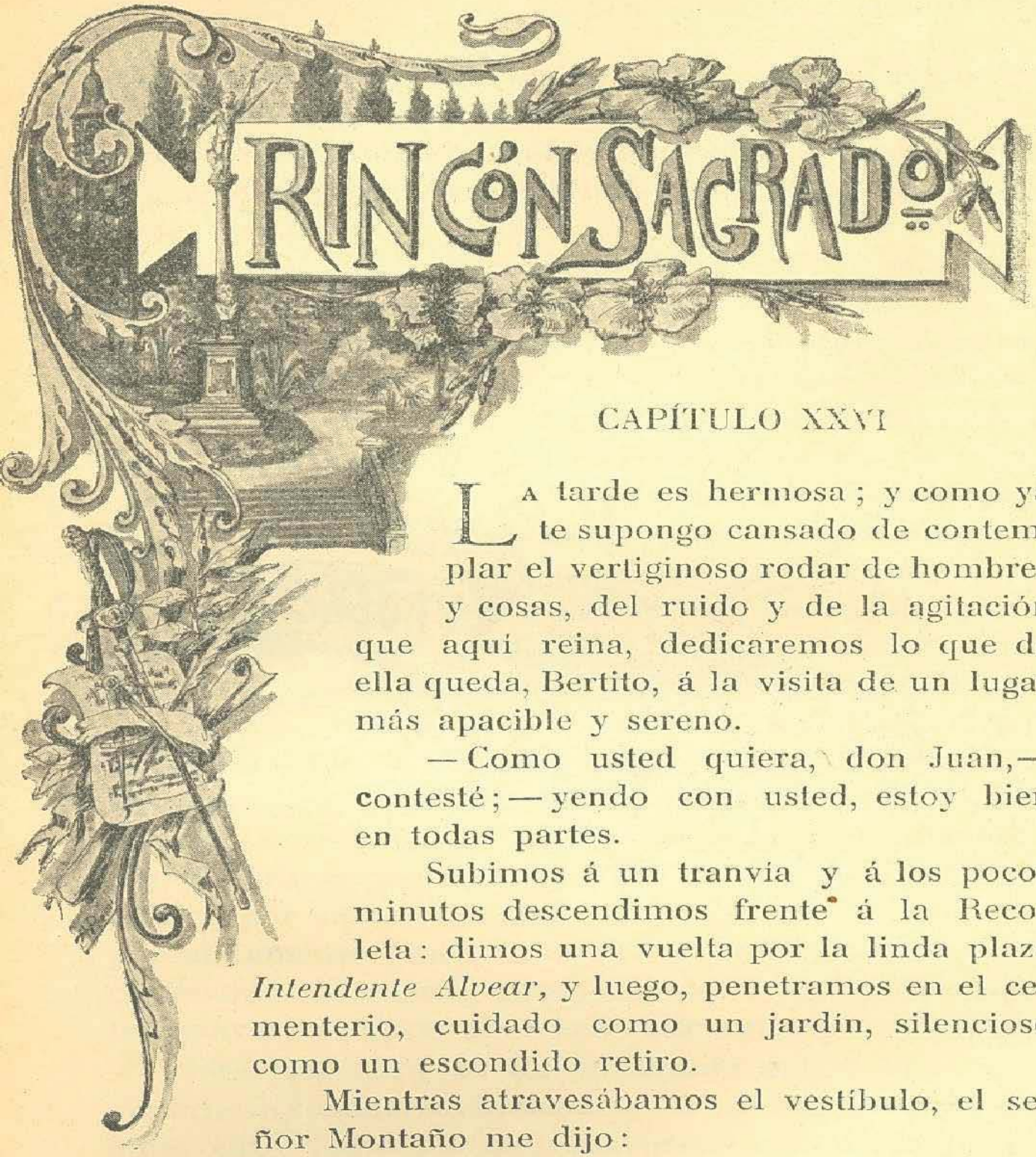
Será esta obra un nuevo triunfo del trabajo, una victoria del esfuerzo humano y, á la vez, un lazo de amor entre todos los que convirtieron el pensamiento

Biblioteca Nacional de Maestros

en hecho; porque, y bueno será que nunca lo olvides, no hay cosa que ligue y hermane tanto á los hombres, unos con otros, como la acción común realizada con ansias de progreso y con vehemente amor al bien.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XXVI

La tarde es hermosa; y como ya te supongo cansado de contemplar el vertiginoso rodar de hombres y cosas, del ruido y de la agitación que aquí reina, dedicaremos lo que de ella queda, Bertito, á la visita de un lugar más apacible y sereno.

—Como usted quiera, don Juan,—contesté;—yendo con usted, estoy bien en todas partes.

Subimos á un tranvía y á los pocos minutos descendimos frente á la Recoleta: dimos una vuelta por la linda plaza *Intendente Alvear,* y luego, penetramos en el cementerio, cuidado como un jardín, silencioso como un escondido retiro.

Mientras atravesábamos el vestíbulo, el señor Montaño me dijo:

—Tú, Bertito, que visitas por primera vez

Biblioteca Nacional de Maestros

este campo de reposo, has de leer á cada paso nombres excelsos, grabados en los mármoles que el respeto y la piedad de los vivos ha dedicado á la memoria de los muertos; porque, debajo de estas losas duermen para siempre, muchos de los grandes argentinos que con sus gloriosos hechos abrieron los cimientos de nuestra nacionalidad; figuras radiantes que llenan las páginas más bellas de nuestra historia, y que son, para nuestro pueblo, objeto de veneración, de respeto y de perenne orgullo.

Mira: como centinelas guardando el ingreso de una morada augusta, salen á recibirnos tres héroes: Soler, Alvear y Brandsen, ennoblecidos, el primero, por los laureles inmarcesibles de Chacabuco; y los dos últimos por los esplendores de Ituzaingó.

Unos pasos más allá, muy unidos, formando una pequeña legión de inmortales, están: Saavedra, el primer coronel de los legendarios *Patricios* y presidente de la Primera Junta; el deán Funes, su inspirador y amigo; el doctor Antonio Sáenz, legislador insigne, uno de los que en Tucumán declararon libres é independientes de todo poder extraño á las Provincias Unidas; Gregorio Perdriel, soldado de Las Piedras, Tucumán y Salta; Álvarez de Arenales, hijo del triunfador de la Florida, bizarro militar él mismo, hombre de ciencia y patriota insigne; y Marcos Balcarce, miembro de una altísima y preclara familia en la que el civismo y el amor patrio, más que virtudes, fuera una religión.

Y cerca de ellos, el gran Rodríguez Peña, el numen de la gloriosa Revolución de Mayo, y otro Bal-

Biblioteca Nacional de Maestros

carce, Juan Ramón, el animoso luchador de la Defensa y de Tucumán y uno de los miembros de la inmortal Asamblea del año 13.

—¡Tan pocos pasos, y tanta gloria!—exclamé yo.

—Así es, hijo mío! Pero sigue leyendo: Brown, el gigante dominador del Plata, el héroe de cien gloriosas proezas, que pudieran creerse hijas de la fantasía, si no fueran hechos de ayer.



— ¡Oh!, vea usted, señor Montaño: qué hermosa sepultura; parece una gruta fresquísima, un rincón hecho para recordar y meditar: ¿de quién son los restos encerrados en esta clara y armoniosa urna?

—De un abnegado patricio, del amigo íntimo de San Martín: del general don Tomás Guido.

Mira, mira ahora á la izquierda, *lee* y detén tu paso.

—¡Rivadavia!

—Sí, aquí descansa la envoltura mortal del padre de la República Argentina; del gran civilizador, y en

Biblioteca Nacional de Maestros

las urnas que están junto á la suya, duermen un sueño de gloria el general Rodríguez, el gobernante modelo y Lavalle, el león de las batallas, cuya vida entera fué un constante holocausto á la independencia y á la libertad de la Patria.

Y continuando nuestro camino saliéronnos al paso nombres que son focos de luz y de virtud: Dorrego, Alberdi, Rawson, Mitre, Vélez Sársfield, Alsina, Sarmiento, y Avellaneda. ¡Tantos y tan gloriosos muertos, que se fatigaría uno antes de contarlos!

Bien había dicho mi complaciente amigo y guía: en los nombres esculpidos en aquellas piedras, estaban, indeleblemente escritas, incontables páginas de nuestra limpia y gloriosa historia.

—En las virtudes de esta legión de grandes figuras ha de buscarse el secreto de nuestra grandeza, de la seguridad de nuestro paso en la senda del progreso, y de la facilidad con que hemos conquistado el derecho de llamarnos "una nueva, gloriosa y potente nación".

Ellos lucharon sin tregua y sin medios, con la tradición, la inexperiencia, el aislamiento, la falta de hábitos políticos, y, á veces, con el más formidable de los enemigos: la falta de concordia.

Y todo lo arrollaron, porque dispusieron de una alta y fecunda cualidad, la fe en sí mismos, y la confianza en el porvenir de la Patria y en la nobleza de su destino.

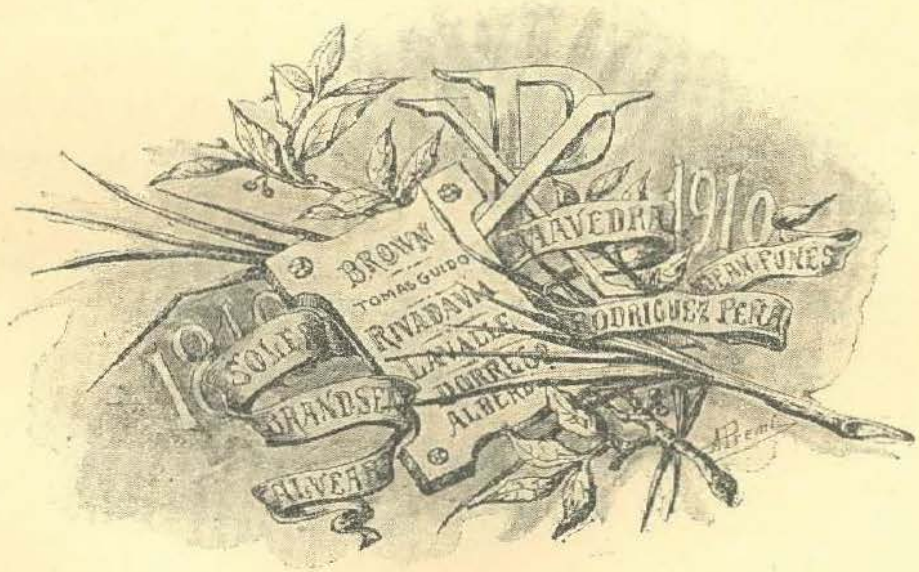
Y ese sentimiento es la parte más preciosa de la herencia moral que nos legaron, al infundir en las

Biblioteca Nacional de Maestros

nuestras, las virtudes y aspiraciones de sus gigantescas almas.

Tú, y los que ahora sois niños, — Bertito, — tendréis un día, á vuestro cargo, la ingente tarea y la gran responsabilidad de velar por el progreso y la grandeza de nuestra adorada Patria.

Si las adversidades y los desalientos que tan frecuentes son en la vida, llegasen á debilitar vuestras convicciones y á enervar vuestra fe, acudid á meditar en este *rincón sagrado;* vuestro espíritu se retemplará: y así como se cuenta del gigante Anteo que recobraba nuevas y redobladas fuerzas al tocar con el pie la tierra, así vuestro corazón y vuestro espíritu cobrarán nuevos entusiasmos y más poderosas energías, cada vez que vuestra angustiada frente, inclinada ante tales sepulturas, toque estos augustos y santos mármoles.



Biblioteca Nacional de Maestros

La Lira Eterna

CAPÍTULO XXVII

No porque veas en mis torpes manos,
Rota la lira que pulsara otrora,
Creas que se ha acallado para siempre
La música sublime de áureo temple
Que vertieran sus cuerdas vibradoras.

Aun puedo darte melodías nuevas,
Puras como el aroma de las flores;
Tengo otra lira eterna y melodiosa
Cuyas cuerdas sutiles y preciosas
Tienen sonidos que aun no conoces.

Sus ritornellos como el éter puros,
Las armonías que en el alma vierten,
Sus moderatos y sus andantinos,
Son como el aura suaves, frescos, vivos,
Ó como el trueno, broncos é imponentes.

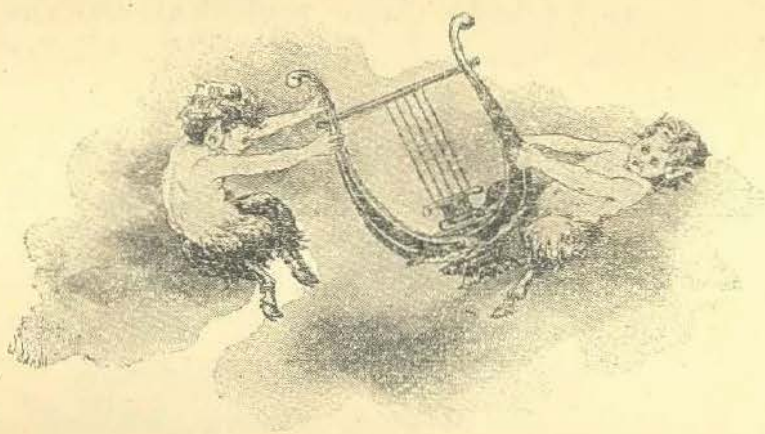
Y esa arpa tan perfecta, prodigiosa,
Que sonará por siempre, eternamente
Y que tanta alegría y dolor guarda,
Unida al cuerpo tornará á la nada
Cuando apague su música la muerte!

Biblioteca Nacional de Maestros

Mas, como roto el odre, los pedazos
Guardan por siempre, el oriental perfume,
Aun roto el corazón y el cuerpo muerto,
De sus cuerdas los sones tan amados
Con astros, cantos, soles, nubes, luces,
Sonarán en los himnos del gran caos.

† ARTURO SAMUEL DREW.

(Palmas y Yedras).



Biblioteca Nacional de Maestros



En el Jardín

El jardín está florido,
la madreselva engalana,
una entreabierta ventana
que es como puerta de un nido.

Canta un áspero gorrión,
y suena serenamente,
su claro chorro una fuente
en una suave canción.

Sueña el sol sobre la arena,
una delicia divina:
y en la mente peregrina,
—ave de paso—una pena
como leve golondrina...

El alma se siente ufana
y dulce, en el fino son
de una vibrante campana:
y entre penumbre lejana,
desfila la caravana,
rosa y oro: de Ilusión!...

ARTURO MARASSO ROCCA.

(Bajo los astros).

Biblioteca Nacional de Maestros



UN RATO DE INTIMIDAD

CAPÍTULO XXVIII

Al despedirnos, allá en *Tres Lagunas* nuestro querido y no olvidado maestro, nos recomendó que permaneciéramos siempre fieles á nuestra amistad.

Hemos seguido el consejo de aquel hombre tan abnegado y bueno, que tanto nos quiso y nos quiere, y que tanto nos hizo sentir.

No contentos con vernos á cada paso, ya por uno ú otro motivo, nos reunimos todos, el primero y tercer domingo de cada mes, para hablar de nuestras cosas y tener el inmenso placer de estar juntos, como lo estábamos siempre en aquel florido y alegre rincón de la lejana Pampa, donde nacieron algunos de nosotros y en

Biblioteca Nacional de Maestros

donde pasamos todos los amables días de la rosada y cándida niñez.

Decíanos don José, que las cosas y los seres á los que ponemos cariño no envejecen jamás; y que, aun cuando nos ocupemos siempre de ellas, nunca se acaba lo que de ellos tenemos que decir.

—¡Cuánta razón tenía!

Hace mucho, muchísimo tiempo que estamos en Buenos Aires, y el recuerdo de San Martín y de los buenos amigos que allí tenemos, está cada vez más vivo en nuestras almas y más arraigado en nuestros corazones.

Don Miguel, el patriarca del pueblo, y sus saladísimas ocurrencias; las continuas discusiones de los inseparables Martinchu y Bautista y las rabietas de doña Remedios, una criolla bonachona, pero vivísima de genio, en cuya huerta, sembrada de lozanos frutales, solíamos entregarnos, de cuando en cuando, á ciertas fechorías, no del todo conformes con la justicia; las excursiones á la Laguna Grande; las malandanzas de Pepe Mandinga, el rabonero de la escuela; los paseos á través de las quintas; nuestros primeros ensayos de equitación, tales son los obligados motivos de nuestras conversaciones, cada vez que nos reunimos.

Faltar á una de estas reuniones es cosa grave, y, por fortuna, poco frecuente; pero cuando sucede, los infaltables tomamos el asunto muy en serio y propinamos al faltador una serie de sermones y pullitas como para él sólo.

Biblioteca Nacional de Maestros

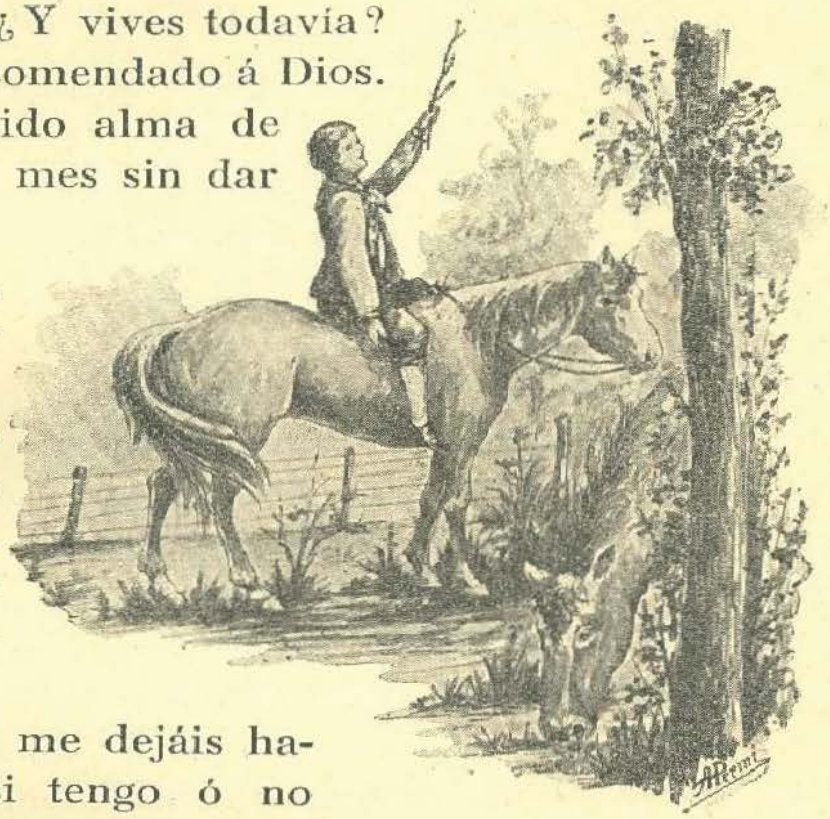
Y eso es lo que le ha pasado á Eugeniano.

No le habíamos visto desde hace unas tres semanas, así es que hoy, al presentarse, le hemos hecho un recibimiento estruendoso.

—Tú, Felipe, anda corriendo á la Merced para que echen las campanas á vuelo.

—¡Hombre! ¿Y vives todavía? Yo ya te había encomendado á Dios.

—¡Y has tenido alma de estar cerca de un mes sin dar noticias tuyas!...



—Escuchad, yo os explicaré,— decía él.

—Nada; no digas ni expliques nada, porque tu proceder no tiene explicación ni atenuante.

—Pero, si no me dejáis hablar no sabréis si tengo ó no razón...

—Es cierto:—ha dicho Rafael, conciliador como siempre.—Habla, dinos el por qué de tu inasistencia.

—En primer lugar hemos tenido una novedad en el colegio; se enfermó el profesor de Álgebra, y vino, para suplirle, un señor con cara de muy pocos amigos que nos hace trabajar muchísimo... demasiado.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Bueno,—le contestó Bartolito;—eso explica que no hayas tenido un momento durante los días de trabajo para ver á ninguno de nosotros; pero ¿en qué empleaste el tiempo el primer domingo de este mes? ¿Cómo no viniste?

—Pues ahora verás. El primer domingo de este mes cumplió años mi tía; hubo en casa mucha concurrencia y estuvimos de fiesta; por cierto que, de noche, fuí al teatro, y oí una opereta divertidísima.

—¡Ah! ¿sí?

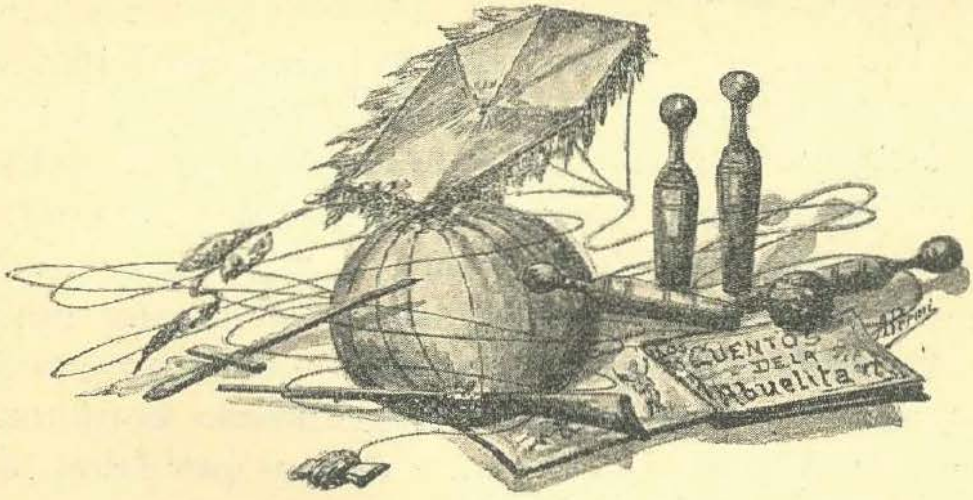
—Ya lo creo; tiene un argumento lleno de interés y de gracia.

—Pues, hombre,—dije yo,—ya puedes empezar á contarlo.

—Pero, antes de contarlo,—observó Felipe,—¿no sería bueno que nos dijera el título de la obra?

—Tiene mucha razón Felipe.

—Pronto estaréis enterados. La opereta se llama *Giroflé-Giroflá.*



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XXIX

I

LA GRAN PREOCUPACIÓN DE TONTÓN Y DE TONTAINA

Era guardián de los bosques del marqués de Santurlina, un ex soldado, llamado Sebastián Tontón, casado con una excelente aldeana que tenía por nombre Serafina Tontaina.

La vida de ambos esposos se deslizaba mansa y tranquila, sin otros accidentes que la discrepancia de opiniones qne surgía entre ellos, cuando conjeturaban si sería mujer ó varón el primer hijo que Dios se sirviera enviarles.

Biblioteca Nacional de Maestros

Tontaina afirmaba que sería lo primero: Tontón estaba cierto de que sería lo segundo.

—No faltaba más—decía Tontaina,—que fuera un varón, desordenado como todos ellos, y sin más gracia que la de apestarlo todo con el insufrible humo de su odiosa pipa.

—Y estaría bueno—argüia Tontón,—que se nos metiera en casa una de estas melindrosas que refunfuñan un año entero si se les saca una silla de su lugar.

—Bueno, bueno. Ya verás como soy yo quien tiene razón.

—Esa es la eterna pretensión de las mujeres; tener la razón siempre y á todas horas; pero, por esta vez, te quedarás con las ganas: ¡será varón, y se llamará Giroflé!

—¿Giroflé? ¡Já, já, já!—Deja que me ría un poco; tan cierta estoy de que será niña, que ya la doy por bautizada: se llamará Giroflá.

—Sal de acá con tu Giroflá. ¡Giroflá! Hagan ustedes el favor de decirme qué gracia le encuentran á semejante nombre.

¡Nunca hubiera pensado que fueras tan tonta!

—¿A mí me llamas tonta? ¡Papanatas! ¡Memo! ¡Simplón!

Y si la cuestión no se convertía en riña, debíase á la siempre oportuna intervención de Gola de Lobo, cazador, íntimo amigo de Tontón, y hombre tan agudo y de tan ingenioso humor, que hallaba siempre salida y solución á todas las cuestiones por difíciles y enredadas que ellas fuesen.

Biblioteca Nacional de Maestros

* * *

Tontaina salió triunfante: el hijo tan esperado, resultó ser una mujer.

—¿No te lo dije yo, testarudo? ¡Se llamará Giroflá!

Su marido al oirla, bajaba la cabeza y suspiraba afligido.



¡Pobre Tontón! Acabáronse sus ilusiones: en lugar de un Giroflé robusto y guapo como Rama de Abedul, el hijo de Gola de Lobo, el cielo le enviaba una Giroflá, menuda y frágil como una muñequita.

¿Y eso le sucedía á él, Sebastián Tontón, que había soñado hacer de su heredero un bravo dragón, que empezando por ser corneta, ascendería, después, primero á cabo, luego á sargento, para llegar, con el tiempo, á teniente, á capitán y... ¡quiénsabe! si á general?

—Parece imposible—le dijo cierta mañana, Gola de Lobo—que te aflija tanto una cosa que tiene sencillo y fácil remedio.

Biblioteca Nacional de Maestros

—¡Remedio! ¿Y cómo?

—Pues, haciendo de la chica un varón.

—¡Tú, estás loco!

—No, gracias á Dios. Mira; empiezas por darle nombre masculino, llamándole Giroflé en vez de Giroflá: á los diez y ocho meses la pones de pantalón; á los dos años le enseñas á tocar el clarín y á los cuatro á marcar el paso y á manejar el sable.

Con esta educación y llevándole todo el día al bosque, para que salte, brinque y trepe á los árboles, apuesto mi cabeza que, á los quince años, la niña se habrá convertido en un apuesto muchacho, capaz de ser corneta, sargento y general, como tú soñaste.

Tanto como entusiasmó á Tontón el proyecto, sacó de sus casillas á Tontaina, y mal hubiera acabado la sarracina que entre ambos se armó, á no ser, como sucedía siempre, por la oportuna intervención de Gola de Lobo.

—¡Calma, calma, mis buenos amigos!—dijo. Todo en el mundo puede arreglarse: durante la mañana Tontón vestirá y educará varonilmente á esta personita que tan apaciblemente duerme en su cuna, mientras que por la tarde, usted mi buena amiga, la engalanará con un lindo traje de mujer y la instruirá en las obligaciones de una buena ama de casa. ¿Hace?

—Pero,—objetó Tontaina,—llegará un día en que las cosas no podrán seguir así...

—Eso no es dificultad,—replicó Gola de Lobo;—á los veinte años decidirá la interesada si le conviene ser hombre ó mujer.

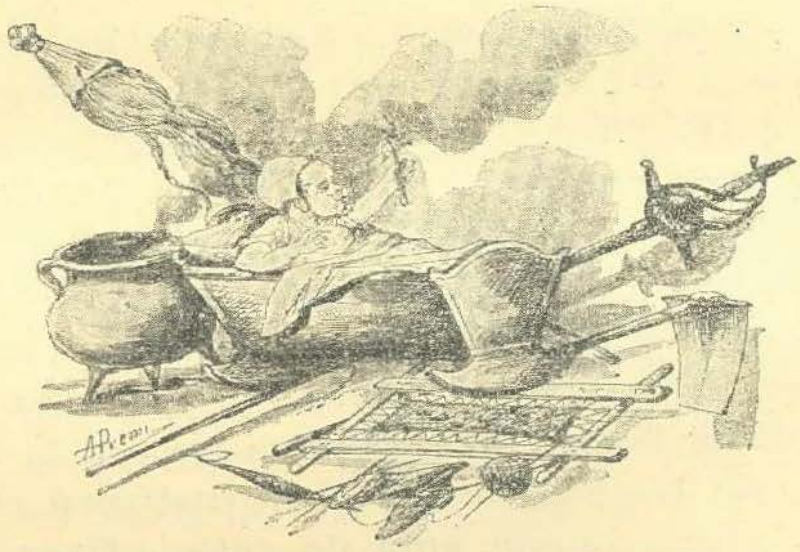
Biblioteca Nacional de Maestros

—Y entretando ¿qué nombre lleva?

—Pues, uno compuesto de los dos que ustedes han elegido; no se llamará Giroflá ni Giroflé, sino, Giroflé-Giroflá. ¿Entendido?

—¡Completamente!—dijo alborozado el guarda-bosque.

—¡Dios quiera que acaben en bien estos lios!—murmuró resignada la buena de su mujer.



Biblioteca Nacional de Maestros

II

TRETAS Y ARTIFICIOS DEL SEÑOR GOLA DE LOBO

Combinadas así las cosas, todo iba á pedir de boca en la casa del guardabosque.

Del amanecer al mediodía la heredera Tontón-Tontaina, con el morral de malla á la espalda y un pequeño fusil bajo el brazo acompañaba á su padre al bosque, donde solían encontrar á Gola de Lobo, de cuyo hijo, Rama de Abedul, no tardó, Giroflé-Giroflá, en ser íntimo amigo y camarada.



Pero, á las doce, las cosas cambiaban; la simpática criatura, á quien divertía en grande el cambio de vestimentas y de ocupaciones, recobraba jubón, pollera y cofia, convirtiéndose en la dulce y suave compañera de Tontaina, á quien ayudaba graciosamente á desempeñar las tareas domésticas, y á hilar el cáñamo y el lino una vez aquéllas concluídas.

Biblioteca Nacional de Maestros

Pero, como todas las cosas tienen su fin, tuviéronlo también la calma y tranquilidad reinantes en el hogar del satisfecho Tontón.

Sucedió que cierta mañana, tuvo el marqués la singular ocurrencia de dar un paseo por sus bosques, encontrándose, inopinadamente, con su guardabosque, á quien acompaña, como de costumbre, su hija.

El marqués, después de informarse de la salud de su servidor, le preguntó: ¿es tuyo este chico?

— Sí, señor marqués, es mi hijo Giroflé, de cuyo nacimiento tuve el honor de informar á vuestra excelencia...

— Efectivamente; lo recuerdo; —y después de mirar, durante un rato, al que suponía un bien plantado varón, continuó: — tu hijo tiene aspecto muy simpático y cara inteligente. ¿No tienes otro?

— No, señor.

— Quiero premiar tus servicios haciendo algo por él: mandámelo todas las mañanas á las ocho; le tomo á mi servicio como paje, y me encargo de su porvenir.

Cuando Tontón, á quien el generoso ofrecimiento del marqués había dejado lelo, volvió en su acuerdo, voló á su casa, ansioso de comunicar á su mujer la buena fortuna de Giroflé, salióle aquélla al encuentro, y le dijo:

—¿Sabes, marido mío, la suerte que nos ha enviado Dios?

— ¡Qué he de saber! ¿Qué es lo que pasa?

— Pues sucede, — exclamó Tontaina con un acento que revelaba á la vez felicidad y orgullo, — que la se-

Biblioteca Nacional de Maestros

ñora marquesa, que ayer vió á mi Giroflá, se prendó de ella; me preguntó si tenía otros hijos; díjela que no, y entonces, dispuso ella que todos los días, por la tarde, vaya nuestra hija al castillo, donde acompañará á la noble señora, que se encarga de prepararle un próspero porvenir.

Pero, ¿qué tienes? ¿Qué te pasa? — prosiguió asustada, viendo á su marido que, pálido y azorado, la miraba absorto.

— Pues sucede, — tartamudeó Tontón, — que al señor marqués, á quien acabo de encontrar, le ha sido tan simpático Giroflé, que lo ha tomado á su servicio, encargándose de labrar su suerte y que desde mañana, á primera hora, debe ir diariamente al castillo...

— No me engañaba el corazón al presagiarme el mal fin que esperaba á este embrollo. ¿Ves, hombre insensato, á donde nos han conducido tus enredos? Cuando se descubra que tu Giroflé y mi Giroflá no son más que una sola persona, ¿qué pensarán el marqués y la marquesa? Creerán, con mucha razón, que hemos querido burlarnos de ellos y nos harán sentir duramente su enojo.

En estas cavilaciones estaban, cuando, risueño y calmoso como siempre, se presentó Gola de Lobo.

Enterado del caso, exclamó: ¿Esto os asusta? ¡Por Dios que os ahogáis en poca agua! ¿Sabéis cómo viven el marqués y la marquesa? ¿No? Pues escuchad.

El señor marqués, que ocupa el ala derecha del castillo, es gran madrugador; se levanta con el alba, y

Biblioteca Nacional de Maestros

á mediodía, después de despachar una costilla de carnero á la Villeroy y un par de huevos escalfados, se marcha á visitar á sus amigos de la ciudad, con los que se entretiene jugando al creps ó al faraón [1], regresando al anochecer, á la hora precisa en que la señora marquesa, que ocupa el ala izquierda del palacio y que tiene el hábito de levantarse á las doce, después de haber recibido á sus amigas, se dirige á los bailes y fiestas que se celebran en las residencias de sus amigas, de donde regresa al amanecer para entregarse al sueño.

Marido y mujer sólo se ven, desde hace muchos años, al cruzarse sus carrozas, desde cuyas ventanillas cambian un ceremonioso saludo.

No encontrándose jamás los amos, no tienen porqué encontrarse los criados; puede, pues, vuestra hija, sin riesgo ni compromiso alguno, ser, en las primeras horas del día, el elegante escudero del señor marqués, y por la tarde, la airosa damita de compañía de la señora marquesa, sin correr el peligroso evento de que se descubra que uno y otro, siendo dos servidores distintos, no son más que una sola persona. ¿Te convences?

—¡Ay, impagable Gola de Lobo; no sabes tú el favor que me has hecho sacándome de este enredo! Dios prolongue, amigo mío, tu preciosa vida; porque, si me faltabas tú, que me sacas siempre de los malos pasos, ¿qué sería de mi?

[1] Creps, juego de cartas de origen inglés. Faraón, otro juego de naipes.

Biblioteca Nacional de Maestros

* * *

— Bien podía expresarse así el amigo Tontón,—dijo sonriente Rafael al llegar Eugeniano á este punto de la narración,—porque mira tú que en esto de meterse en embrollos y callejones sin salida, pocos ganarían á tu guardabosque.

— Cierto que sí — asintió Felipe.

— Bueno, ¿no podríais dejar para más tarde las observaciones? — dijo Bartolito que, aun cuando más apaciguado, es el chispillas de siempre.

— Tiene razón Bartolito, — dije yo; — cuando estamos en lo más interesante de la narración, todos deseamos saber en qué para.

Continúa Eugeniano; ¿qué pasa después?



Biblioteca Nacional de Maestros

III

ESCAMOTEO DE GIROFLÉ Y CASAMIENTO DE GIROFLÁ

Pues, aconteció que al llegar una tarde el marqués al vecino castillo de la Encina Hueca, para jugar, como de costumbre, al creps y al faraón, se encontró con la desagradable noticia de que su amigo el barón, había tenido la ocurrencia de morirse.

Tal suceso le obligó á regresar á su morada, donde, con gran sorpresa suya, encontró á la marquesa, quién, en el preciso momento de poner el pie en su carroza, para acudir al baile á que fuera invitada por el gobernador general de la provincia, había sido informada de la suspensión de la fiesta, motivada por haber llamado el rey, urgentemente, á la corte á aquel funcionario.

Esta circunstancia hizo que ambos esposos cenaran juntos, lo que no había acontecido en muchos años, mostrándose, durante la cena, tan espiritual y graciosa la marquesa, como ocurrente y galante el marqués.

—Mañana, señora marquesa, quiero que conozcáis á una joyita que tengo á mi servicio; un paje que es una gloria.

—Y yo, marqués, estoy deseando mostraros el precioso dije que tengo á mi lado; una camarerita que es un encanto.

Biblioteca Nacional de Maestros

Y dicho esto, cada uno de los esposos, por su lado, mandó un emisario á la casita del guardabosque.

Llegó el primero, el enviado del marqués, y dijo:

—Ordena el señor marqués que mañana, á las doce del dia, se presente en el castillo el paje Giroflé, vestido de gala.

Al rato llegó el mensajero de la marquesa, que se expresó en los siguientes términos:



—Dispone la señora marquesa que mañana, á la hora del almuerzo, esté en el castillo la camarera Giroflá, vistiendo su mejor traje y luciendo sus mejores atavíos.

El cielo, desplomándose sobre sus cabezas, no hubiera aterrado tanto á Tontón y Tontaina como la llegada de los mensajeros.

—Ahora sí que estamos perdidos; —decía Tontón:— cuando mañana descubra el señor marqués el enredo, se pondrá furioso y nos castigará duramente y con razón.

—Y la señora marquesa, que es tan bondadosa, —gimoteaba Tontaina, —jamás nos perdonará habernos burlado de ella de un modo tan descarado.

Biblioteca Nacional de Maestros

Y viendo segura su pérdida, lamentábanse amargamente, llenos de aflicción.

En tal estado les encontró el siempre oportuno Gola de Lobo, que no pudo menos de alarmarse.

—¿Qué nueva contrariedad os aflige, —inquirió, —que tan desconsolados os hallo?

En un santiamén pusiéronle ambos esposos al tanto de lo que ocurría; puso el cazador seria la cara, rascóse la cabeza, en él, señal segura de preocupación y apuro, y, por fin, con el ademán propio del que toma una resolución, dijo:

—Duro es el trance en que nos hallamos; pero para estos casos son la astucia y la sutileza.

Ni Giroflé ni Giroflá irán mañana al castillo; sino vosotros dos; tú, Tontón, dirás al marqués que Giroflé se ha enfermado, y usted, Tontaina, le comunicará igual cosa á la marquesa.

Esto nos permitirá ganar tiempo, y, entretanto, buscaremos el medio de salir de apuros y sobresaltos.

—¡Quiéralo Dios, —murmuró Tontaina.

Tal como lo aconsejó Gola de Lobo así se hizo: el marqués recibió la noticia contrariado.

—¿Cómo diablos se le ocurre á ese tunante de Giroflé ponerse enfermo, precisamente hoy que tanta falta me hace? Supongo que no será cosa de cuidado, ¿no?

—Así lo creo, señor marqués.

—Bueno, pues; que se cuide y que mejore pronto.

—¡Pobre Giroflá! —dijo consternada la marquesa

Biblioteca Nacional de Maestros

después de oir á Tontaina. — Enfermarse, precisamente hoy que con tanto afán la esperaba; cuídala bien, ¿oyes? No puedes figurarte como voy á echarla de menos.

Pasaron tres días y como los marqueses mandaran preguntar, cada uno por su lado, cómo seguían los enfermos, Gola de Lobo habló así á sus amigos:

— Esto, queridos míos, se pone feo. Es preciso acabar á todo trance: yo, como recordaréis, dí vida á Giroflé-Giroflá; pues bien, yo soy quien debo ahora matarlo. ¡Á grandes males, grandes remedios!

— ¡Cómo! — exclamaron á un tiempo Tontón y Tontaina; — ¿matar á nuestro hijo? ¡Jamás!

— Pero ¿no veis que será de mentirijillas?

— Es que no debe jugarse con estas cosas.

— Sino cuando es necesario — replicó sonriendo el cazador.

Y para evitaros el mal rato, seré yo el que lleve al castillo la noticia; y así fué.

El marqués, al conocer el temprano fin de su pajecillo, se afectó mucho, y dijo:

— ¡Pobre Giroflé!...

Y la marquesa, que era también buena y sensible, exclamó llorosa:

— ¡Pobre Giroflá!...

El guardabosque y su mujer, cuando Gola de Lobo les hubo explicado el resultado de su comisión, recobraron la tranquilidad y la alegría, de la que, por tanto tiempo, vivieron privados.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Pero,—dijo Tontón, una vez libre de preocupaciones,—ya hemos muerto á Giroflé, ¿qué hacemos ahora de Giroflá?

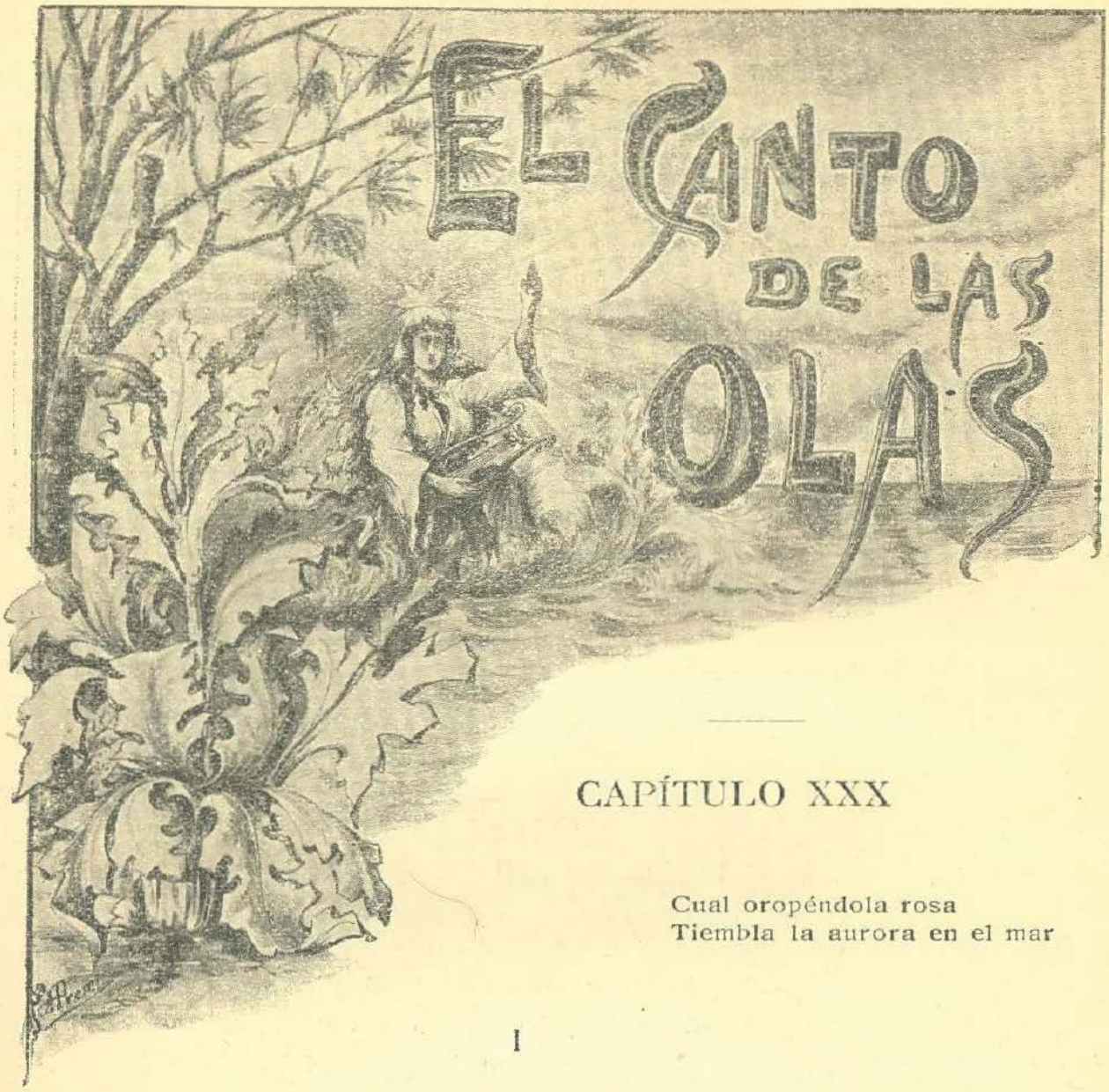
—Una cosa muy simple;—dijo el hombre de los grandes recursos, el bondadoso Gola de Lobo;—¡casarla con un cierto mocito llamado Rama de Abedul!

Y así se hizo, con el alegre y expresivo asentimiento de la interesada.

Y en un bello día de primavera, de aire embalsamado y luz rosada, recibieron los jóvenes la bendición del sacerdote que les había bautizado... y después, pasó como en todos los cuentos: se amaron mucho, fueron muy felices... y murieron de viejos.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XXX

Cual oropéndola rosa
Tiembla la aurora en el mar

I

Despierta el cielo; hay susurros misteriosos en la fronda;
Nace el ritmo vacilante como un suspiro en la onda,
Y hay en los oros del alba pompas de luz oriental;
Dormido, augusto, radiante, nielado en azul blancura,
Deslumbra el mar que á lo lejos traza una línea en la altura
Como un castillo flanqueado por almenas de cristal.

Biblioteca Nacional de Maestros

... Tímidas, breves, inquietas,
Rompen la espuma las olas en guirnaldas de violetas
Donde la aurora refleja su vestidura imperial.
Como un esquife de llamas
vacila el sol en el mar.

II

Brilla el sol; piélago rosa, finge el límpido horizonte,
Cual líquida esmeralda tiembla la cumbre del monte;
Góndola de ámbar semeja la nube de áureo cendal,
Como brocados de llama, resplandecen las praderas,
Y el mar parece un incendio de rutilantes banderas
Perseguidas por el fuego de una hueste colosal.
... Amplias, sonoras, flotantes
Hienden el aire las olas cual flamígeros turbantes
Donde el sol refleja el manto de su hermosura triunfal.
La tarde, como una diosa
moribunda, cruza el mar.

III

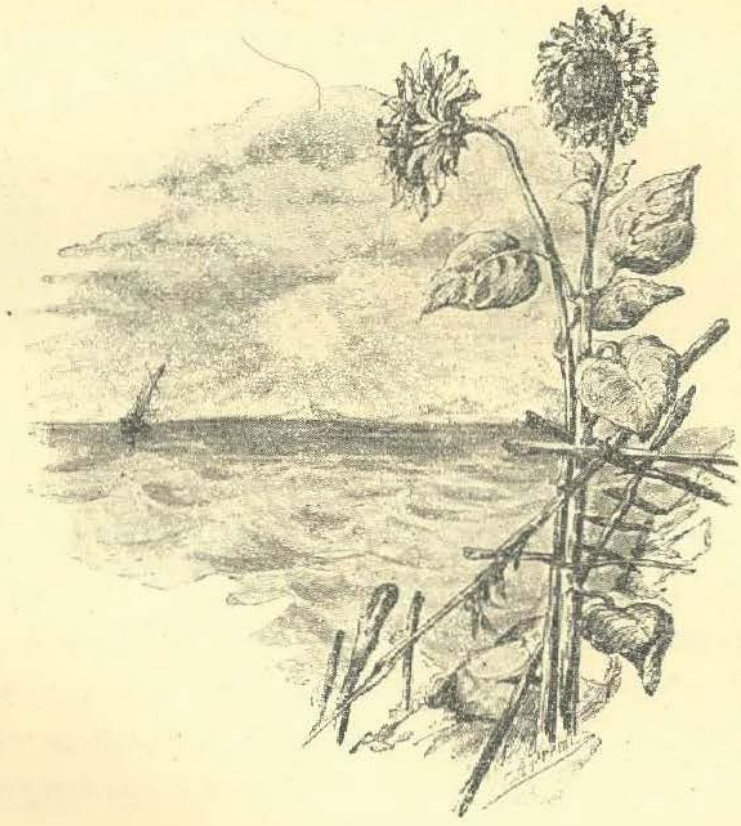
Llora el día: hay largas sombras que esfuman el poniente,
Cae en grises lejanías como ala enferma y doliente,
Velando en su tul las cimas, la niebla crepuscular;
Como una intensa elegía vibra en las ramas el viento,
Y es la estrella de la tarde que ilumina el firmamento
Como un alma dolorosa que medita sobre el mar.
... Lentas, borrosas, dormidas,
Pasan las olas temblando como anémonas heridas
Donde proyecta el ocaso, amplia túnica talar.
Como un águila de sangre,
la tormenta cubre el mar.

Biblioteca Nacional de Maestros

IV

Baten las nubes el éter como barcas infernales;
Sobre los riscos abruptos desatan los vendavales
Con potestades de tromba la saña de su corcel
Como un cíclope furente sacude el trueno el abismo,
Y en la cólera suprema de su inmenso paroxismo
Retuerce el rayo en las cumbres la llama de su broquel.
... Broncas, pesadas, vibrantes,
Las olas se precipitan como lápidas gigantes
Donde el relámpago borda su fantástico arambel.

† Pedro J. Naón.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XXXI

No sé si puede haber en la Tierra una persona más interesante que nuestro jardinero; no es viejo todavia; pero su cabeza blanquea y sus ojos, vivos y profundos, tienen ese mirar especial, propio de aquellos á quienes un intenso vivir ha hecho graves y experimentados.

Medido en sus acciones y constante en la labor, se abstrae en ella: cuando trabaja, su aspecto, más que solemne, parece que tiene algo de unción religiosa.

Es un apasionado amigo de las plantas á las que tiene verdadero apego.

Biblioteca Nacional de Maestros

Todos los días las examina atentamente, cariñoso y vigilante, sin dejar hoja marchita, ramita enferma ó seca, ó copa poco simétrica.

Cuando no riega, limpia; y cuando ha limpiado y regado, se engríe en la contemplación de su obra; de su bello y poético jardín.



Jamás se encuentran próximamente colocadas, plantas cuyas flores sean de colores discordantes; pues pone especial cuidado en agrupar las de tonos afines, y éstas, tan bien dispuestas y combinadas, que los canteros floridos constituyen un verdadero recreo para la vista.

El señor Montaño dice que nuestro jardín es, en primavera, una suavísima y delicada sinfonía de ideales matices.

Pero cuando hay que ver á nuestro jardinero es en el momento en que aparecen las primeras hojuelas ó cuando se abre la primera flor.

¡Con qué atención las ve desarrollarse y crecer! ¡Con cuánta complacencia sigue su desenvolvimiento!

Biblioteca Nacional de Maestros

¡Con cuánta pena las ve morir!

Á cada una le descubre un rasgo ó condición especial, y no hay una sola en la cual no señale una belleza ó peculiar encanto.

—Don Jacinto, —díjele una vez en broma; —cuántas cosas le dirán á usted sus plantas y sus flores; porque, no cabe duda de que usted y ellas conversan y se entienden.

—¡Vaya si nos entendemos! —Y luego, sonriendo con bondad suma, añadió: —Todo lo que vive, todo lo que palpita, siente y habla.

—Pero, no será cosa fácil entender su extraña lengua.

—Para las almas delicadas es muy sencillo; para las que no saben sentir y adivinar las infinitas y bellas cosas que hay entre el cielo y la tierra, no sólo es difícil, sino que, á menudo, resulta imposible.

Tampoco logran entenderlas los malos; porque éstos sólo comprenden las cosas que se arrastran siempre á ras del suelo: la ambición, la envidia, la mezquindad, la pequeñez de espíritu... ¡pero nunca las cosas que vienen del cielo y al cielo retornan, como la oración, el encanto, el alma de los nobles árboles y de las dulces y tiernas flores.

Por eso usted, Bertito, usted que es bueno, entenderá á unos y á otros en no lejano día.

Á nuestro jardinero nunca se le advierten señales de aburrimiento, ni se le notan deseos de terminar la tarea: ¡jamás le vi sacar el reloj!

Biblioteca Nacional de Maestros

Don Juan le dice á veces: Vamos, Jacinto, ya es hora de terminar; bien ha cumplido su deber.

—Señor, —contesta, —me permitirá usted que le diga que siempre es bueno hacer algo más de lo que el estricto deber exige: el hombre que á la primera campanada deja su labor, da prueba clara de que considera el santo trabajo como una dura pena; el que no se apresura á interrumpirlo, lo considera como un noble don que, permitiéndole crear, le acerca á Dios.

—¿Pero, no se cansa usted nunca?

—¡Jamás! Yo tuve un buen maestro que nos decia: *Cuando separamos el amor de nuestras tareas, éstas, se hacen, al instante, duras y pesadas.*

Á mí me hicieron mucha impresión las palabras de aquel buen viejecito que, si bien no me hizo sabio, supo hacerme bueno, y no las olvidé jamás.

Acordándome de ellas, pongo, en cuanto hago, atencion, voluntad, amor, y como de este modo el trabajo no me molesta ni repugna, ¡es claro! las tareas, ni me parecen pesadas, ni me enojan, ni me cansan.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPITULO XXXII

ANTEAYER terminé con éxito mis exámenes de fin de curso, dejando aprobado el tercer año de estudios secundarios.

Telegrafié inmediatamente á papá, que me contestó en el acto con unas cuantas frases que revelan alegria y ternura.

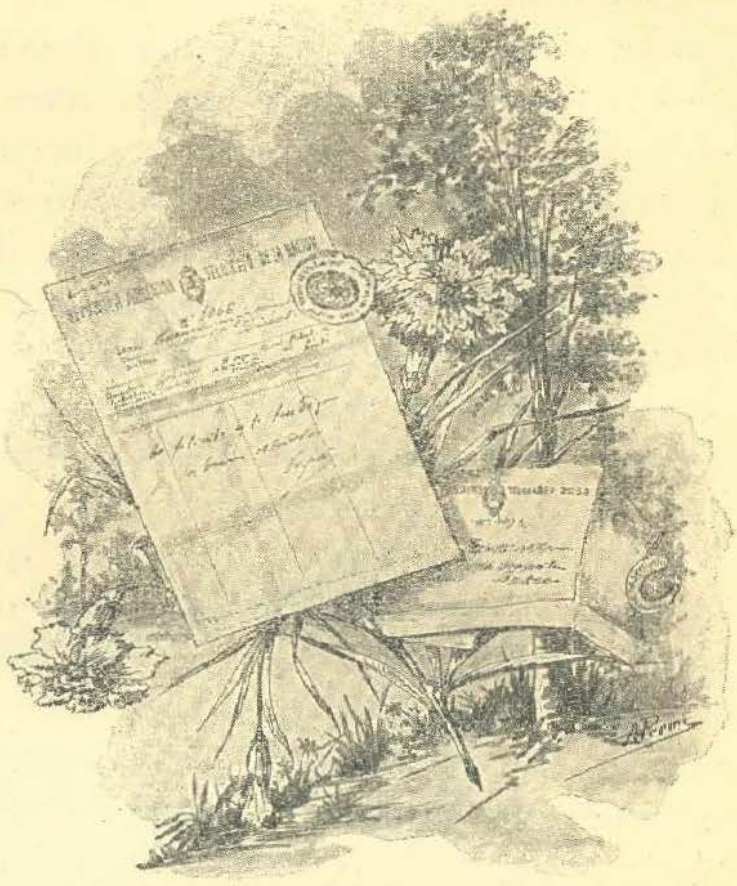
Más tarde recibí un telegrama de mi buena y cariñosa Florentina: dice la querida enferma que si todos los días pudiera yo darle un alegrón de esta especie, muy pronto estaria sana del todo.

Pero hoy, no sólo el telégrafo sino el correo me ha traido el eco de una voz, para mí inolvidable, la

Biblioteca Nacional de Maestros

palabra gratísima de mi maestro: de don José, del hombre bueno y sencillo, que tantas cosas bellas me hizo comprender, y que tantas y tan dulces emociones supo levantar en mi alma y grabar en mi corazón.

Su carta es un himno; en todas sus frases destella el fulgor de aquella inteligencia tan clara y luminosa, y la generosidad y nobleza de aquel corazón tan grande y sensible.



La he releído muchas veces, y cada vez me ha parecido más hermosa y sentida; más honda y consoladora.

No hay una palabra que no esté impregnada de dulzura; un pensamiento que carezca de elevación ó un concepto que no esté inspirado en la bondad y en el bien.

Como siempre, aconseja y convence; como en todos los momentos, late en sus palabras aquella fe en el bien, aquella esperanza en la eficacia de la virtud, aquel convencimiento en el poder del amor, que son su fuerza y el secreto de la irresistible simpatía que á todos inspira.

Biblioteca Nacional de Maestros

¡Oh, buen maestro! Quizá no todos comprendan la hermosura de tu vida sencilla; es posible que pocos valoren la constancia y la bondad con que cumpliste tu humilde y obscura misión; pero nosotros, los que aprendimos de ti á ser buenos y modestos; á comprender la eficacia del trabajo; el poderío de la voluntad y la santidad del deber, nosotros no podremos olvidar jamás tus consejos y tus enseñanzas, ni dejaremos nunca de sentir ennoblecida nuestra mente y perfumado nuestro corazón por el encanto de tu bendito recuerdo, de tu altísimo ejemplo.

Vuelven á mi memoria los momentos de angustia, de perplejidad y aun de desaliento que me entristecieron durante el año; de los esfuerzos realizados y de las dificultades vencidas; y confieso que su valor es poco, comparado con las satisfacciones que me embargan, con las gratas emociones que llenan mi corazón y con los momentos de dicha que, merced á ellos, he podido proporcionar á los que me aman y que de mi son amados.

Y á fuerza de pensar y de sentir, llego á comprender la íntima y noble esperanza que en nosotros, los jóvenes, fundan nuestros padres, y con ellos, todos los que en la vida supieron luchar como buenos.

Ven en nosotros á los continuadores de su esfuerzo, de su nombre y de sus esperanzas; á los herederos del tesoro de sus creencias, de sus entusiasmos, de sus ilusiones é ideales, de todas estas cosas tan bellas, tan nobles y tan conmovedoras que son el encanto de la

Biblioteca Nacional de Maestros

vida, la energía de nuestro ser, el resorte de las almas.

Y para dar á mi padre, al buen luchador patriarca de Tres Lagunas, á la sencilla mujer que fué en nuestro hogar fiel, cariñosa y abnegada servidora y al que supo formar mis sentimientos y forjar mi inteligencia, una hora de intensa alegría y santa esperanza, ¿qué me ha bastado?

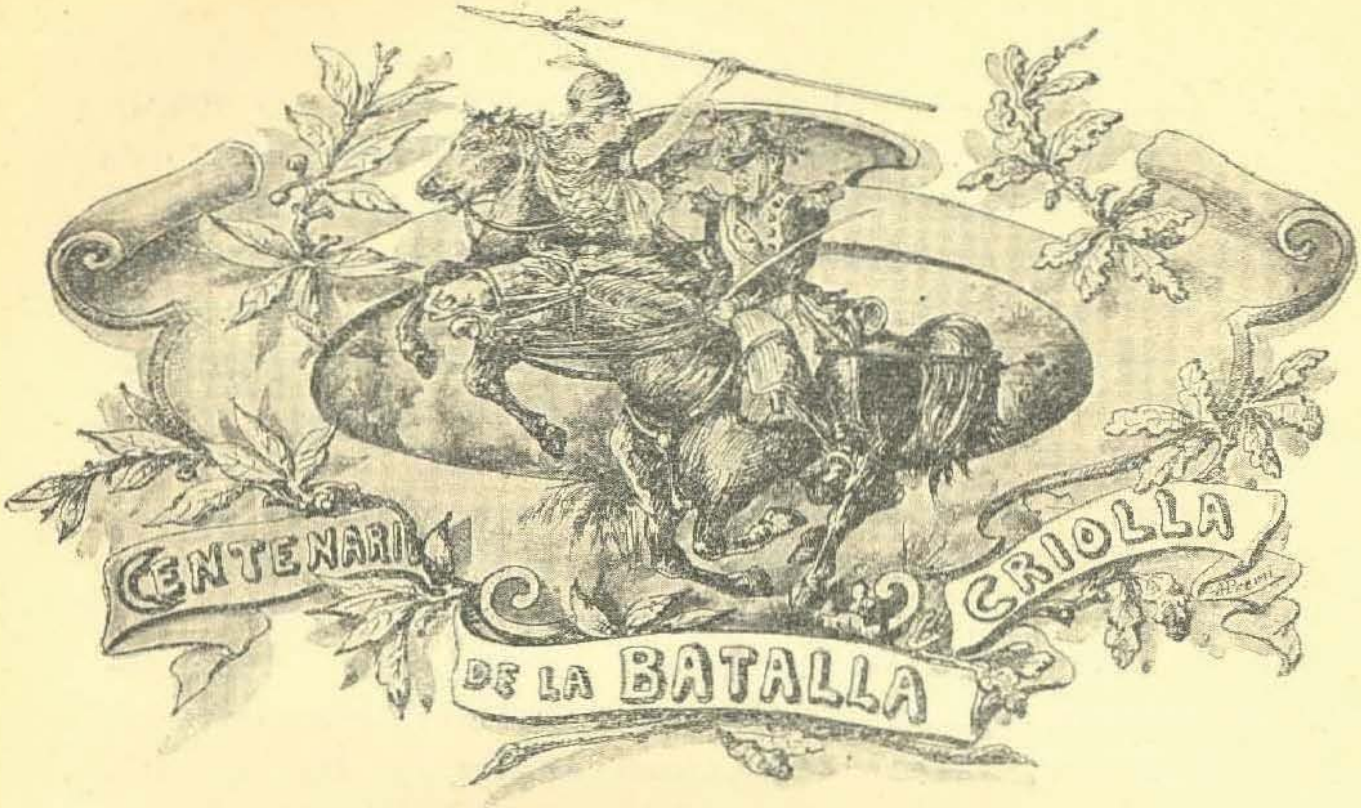
¡Querer!

Tener firme voluntad, que es compañera y sostén de la virtud, y llevar adherida á mi alma la santa idea del deber.

¡Voluntad irresistible é inquebrantable! ¡Sentimiento inconmovible del deber! No me abandonéis nunca; haced que mi vida no sea campo estéril ó fría página en blanco, sino un átomo refulgente y brillante; la de un ser bueno y honrado, útil para sí, para su patria y para sus hermanos.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPITULO XXXIII

Otra vez se ha vestido Buenos Aires de gala para recordar la heroica jornada de Tucumán, la batalla criolla, aquella donde triunfaron pueblo y soldados unidos, guiados por Belgrano, el alma angélica de la Revolución de Mayo, el creador insigne de nuestro patrio pabellón.

Uno de los profesores del Colegio Nacional, refiriéndose á la memorable fecha, nos dijo:

De nada serviría rememorarlos, si al cumplir cien años de los grandes hechos llevados á cabo con gigantesco aliento por nuestros nobles padres, no los reviviéramos, sufriendo en nuestro corazón los dolores que aquéllos, con tanta entereza, soportaron, y si no ardiera

Biblioteca Nacional de Maestros

en nuestras almas la llama purísima que inflamó las suyas.

Tenía razón el joven maestro que con tanta unción nos hablaba.

Con frecuencia las cosas no valen tanto por lo que son en sí, como por las circunstancias y la manera como fueron realizadas.

Vencer á soldados aguerridos y disciplinados; quebrar su esfuerzo; abatir sus banderas y obligarles á rendir sus armas, es ya mucho, muchísimo, cuando lo consigue otro ejército igualmente fuerte y aguerrido; pero cuando los que tal hazaña realizan son tropas cansadas, escasas y abatidas por el infortunio, y campesinos mal armados, sin ciencia ni organización militar, ni más fuerza que el amor al suelo de la Patria, ni más aliado que la confianza en la justicia de su causa, el triunfo se engrandece y se sublima la figura de los héroes que la consiguieron.

Y esto es lo grande, lo admirable de la batalla de Tucumán, lo que hace inmortal la memoria de los que la ganaron.

Como siempre ocurre, al recordar uno de los infinitos hechos gloriosos que honran las páginas doradas de nuestra historia, los alumnos de los colegios nacionales y de las escuelas primarias han visitado la estatua y el mausoleo del vencedor de Tucumán y de Salta.

No alcanzo la razón ni el por qué; pero es un hecho innegable que la infancia siente una simpatía

Biblioteca Nacional de Maestros

innata por el general Belgrano, y que al depositar flores en su sepulcro, los niños dejan en ellas un pequeño jirón de sus almitas blancas.

¡Cuántas y cuán bellas cosas se han dicho al pie de la urna veneranda que guarda los restos de aquel cuyas últimas palabras fueron: *¡Ay, Patria mía!*



Y á medida que los oradores, con palabra cálida y elocuente, hacían justicia á los fundadores de la Patria, recordando sus grandes virtudes, su fe en el porvenir, su heroísmo y absoluto desinterés, los pechos

Biblioteca Nacional de Maestros

se agitaban con más fuerza, y en los ojos de todos los que escuchaban brillaba un fulgor desconocido: parecía que todos los corazones congregados en torno de aquel altar del patriotismo, estuvieran henchidos por el mismo sublime sentimiento que animara en días ya pasados á nuestros viejos patricios; á los que dieron á la Nación cuanto tuvieron y valían.

Terminada la conmovedora ceremonia y concluído el desfile, nos retiramos los inseparables, sin que durante mucho tiempo ninguno de los cinco pronunciara una palabra.

Fué Felipe el que rompió el silencio.

—Quisiera—dijo—conservar en mi oído el eco de las voces entusiastas que ha poco escuché, y que nunca se borrarán de mi alma las emociones que la han agitado y que la agitan todavía. ¡Me he sentido tan alto!...

—¿No os habéis fijado en la manera especial con que nos miraban los viejos?

—Ya lo creo que me fijé,—observé yo.—Y no sólo me he fijado, sino que he comprendido muy bien la recomendación que aquellas miradas ardientes encerraban.

No olvidéis, decían, ni ese día ni ese recuerdo; de generación en generación ha sido nuestro pueblo fiel guardador de la tradición de nuestros gigantescos progenitores, de los que á fuerza de heroísmo y de grandeza de ánimo, de abnegación y de martirios, crearon esta nacionalidad tan grande, tan liberal y tan hermosa.

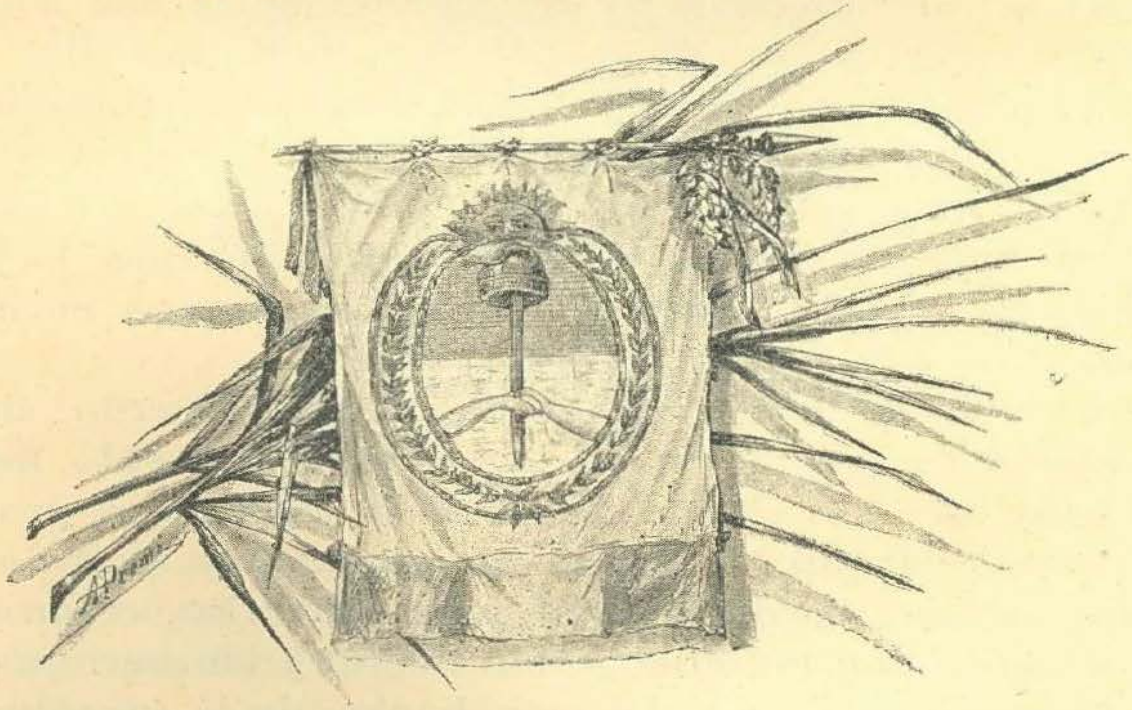
Nosotros, que en los días radiantes de la juventud

Biblioteca Nacional de Maestros

y en las horas fecundas de la madurez le dimos la fuerza de nuestro brazo, la luz de nuestra inteligencia y el fuego de nuestro corazón, hoy, en el ocaso de la existencia, sólo podemos darle lo que ni el tiempo, ni la adversidad pueden matar: la fe y el entusiasmo.

Seguid, vosotros, ¡oh, niños! la tradición de los grandes como la hemos seguido nosotros; sólo teniendo la seguridad de que así lo haréis, podremos esperar tranquilos el último y postrero sueño.

— Y vaya si la seguiremos, — dijo Eugeniano; — en nuestro país el patriotismo es, no un sentimiento, sino una religión que profesan todos los que tienen la dicha de llamarse argentinos: grandes y chicos, jóvenes y viejos; los hombres, las mujeres y los niños.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XXXIV

No bien cesó de hablar Eugeniano, cuando Bartolito exclamó:

—¿Cómo no han de ser patriotas los niños, si en esta tierra, hasta los pájaros lo son?

—¡Hombre! ¡hombre!—le observó Rafael con sorna;—¿y no habrá en eso del patriotismo pajaril algo de exageración?...

—No, señor burlón; no hay ponderación en lo que digo; y para probarlo, os contaré lo que sucedió ayer en la escuela *Florencio Balcarce*.

Celebrábase en ella un acto escolar, destinado á conmemorar el centenario de la batalla de Tucumán, acto que fué presenciado por las autoridades escolares del distrito y por muchos padres de familia.

Biblioteca Nacional de Maestros

Figuraba en el programa un número titulado: *Excelencias de la libertad.*

Dos niños, muy despejados por cierto, decian cosas



muy bellas tendientes á demostrar que no puede ser feliz el hombre que vive esclavo.

Uno de los dos, el que con mayor entusiasmo enal-

Biblioteca Nacional de Maestros

tecía la nobleza y dignidad de la vida libre, aprisionaba entre sus manos un diminuto pajarillo.

—¿Qué guardas entre tus manos?—le dijo el otro niño que con él dialogaba, al poseedor de la avecilla.

—Un pájaro que compré—respondió el preguntado.

—¿Es posible eso? ¿Cómo puedes blasonar de amante de la libertad, tú, que privas de ella á un ser débil é inofensivo; un ser á quien su Creador le dió, con la vida, la dulce misión de cruzar los espacios rompiendo la monotonía de un cielo sin nubes; de saludar al sol con su festivo canto, y de recrear al hombre con la dulzura de las armonías que brotan de su garganta, la soltura de sus movimientos y la brillantez de su plumaje?

El poseedor de la avecilla, convencido por los argumentos de su compañero, abrió las manos, libertando al pequeño ser que palpitaba en ellas.

Y al llegar este momento, fué cuando sucedió lo que me ha movido á decir las palabras que tú, Rafaelillo, has creído fábula ó exageración.

—La avecilla, al verse libre, batió coquetamente sus diminutas alas, describiendo airosos giros por el amplísimo local en que la fiesta se celebraba.

Que no estaba asustada, demostrábalo muy claramente el pausado ritmo de su vuelo; que no tenía interés en abandonar el recinto, lo evidenció, pasando varias veces ante las anchurosas ventanas que se abren sobre los patios, sin transponerlas.

Biblioteca Nacional de Maestros

Por un momento todas las miradas se fijaron en ella, preguntándose los concurrentes: ¿Por qué no se irá? ¿qué irá á hacer?

Pronto tuvieron la respuesta.

El ligero animalillo fué cerrando los círculos de su vuelo, acabando por posarse... ¿dónde, diríais?

—¡Quién sabe! respondimos á coro, ya interesados por lo que Bartolito contaba.

—Nunca lo adivinaríais si no os lo dijera: pues se posó en la parte superior de la rama de laurel que coronaba nuestro glorioso escudo, que colocado en lugar preferente, presidía la infantil demostración.

—¡No digas!

—Tal como os lo cuento.

—Y luego, ¿qué ocurrió?

—Una cosa muy sencilla, pero muy conmovedora, que hizo latir el corazón de todos los presentes.

Al contemplarse el pajarillo en lugar tan distinguido, agitó las alas entre orgulloso y satisfecho, quedando luego, fijo en su lugar, más que quieto, reverente.

Un aplauso franco y unánime estalló en la sala, y siguió el desarrollo del programa.

Al terminar, el incidente ocupó aun la atención de la concurrencia, pues la señora directora del establecimiento, al cerrar el acto, aprovechó lo sucedido para decir á los niños cosas muy bellas y sentidas.

—Y cuando la fiesta acabó, ¿qué fué del pájaro?

—Mientras los niños desfilaron cantando la marcha

Biblioteca Nacional de Maestros

¡ Viva la Patria! permaneció en su puesto; pero, cuando el salón quedó desierto, revoloteó una vez más alrededor del escudo, y luego, recto como una flecha, se dirigió á un ventanal y se perdió en el espacio [1].

[1] Este hecho es rigurosamente histórico.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XXXV

Don José, nuestro querido y bondadoso maestro de Tres Lagunas, está entre nosotros; desgraciadamente, el motivo que le obliga á dejar su escuela y sus amigos, aminora la satisfacción que su visita nos causa.

Papá, desde hace tiempo, venía dándome noticias de mi amable mentor, las que, á pesar de no ser tan satisfactorias como yo hubiera deseado, nunca me hicieron suponer que el estado de salud de aquel hombre bueno, justo y simpático, á quien tanto quiero y al que tanto debo, pudiera ser grave ó peligroso.

Biblioteca Nacional de Maestros

Pero, últimamente, las cartas de papá eran, á este respecto, más pesimistas.

"Don José, — me decía, — está sériamente enfermo; el médico se muestra preocupadísimo, y cree que tu maestro se verá obligado á dejar temporalmente sus ocupaciones para entregarse al descanso.

"Como podrás suponer, el bonachón y abnegado amigo de los niños, no quiere ni oir hablar de tal cosa; dice que para él no hay medicina mejor que el trabajo, y que le sería imposible alejarse de sus alumnos: ¡mucho me temo que se vea obligado á ello, y, desgraciadamente, en un término no muy lejano."

Y hace seis días, escribióme lo siguiente: "Lo que yo me temía ha sucedido: el consejo del médico y los ruegos de los buenos amigos, han decidido al maestro de todos vosotros, no sólo á suspender su vida de actividad é intensa labor, sino á emprender un viaje á Europa.

"Dicen que atravesando el mar, ese inmenso depósito de salud y energía, se restablecerá la salud del abnegado enfermo. ¡Dios lo quiera!

"El lunes saldremos á primera hora de Tres Lagunas, y el martes, al atardecer, estaremos en Buenos Aires: don Miguel, el padre de Bartolito, el médico, yo y algunos vecinos más lo acompañaremos; pues es nuestro propósito no dejarlo hasta el instante en que el buque se ponga en marcha.

"Hubiéramos querido evitar al amado enfermo las tristezas de una despedida emocionante, que puede

Biblioteca Nacional de Maestros

afectar hondamente su debilitado organismo y agotar sus ya menguadas fuerzas.

"Pero, será imposible; San Martín en masa bajará á la estación á despedir á este hombre tan meritorio y sencillo que ha tenido el alto privilegio de conquistar todos los corazones, de ganarse todas las simpatías y de penetrar en todas las almas.

"Si las pruebas de afecto y de ternura; si las bendiciones de los pechos agradecidos curasen, nuestro predilecto amigo no tendría, seguramente, que irse á Europa; á estas horas ya estaría sano."

.....

Con mucha anticipación á la hora de llegada, estábamos reunidos los cinco amigos en la estación, y en la cara de todos se adivinaban las muchas y encontradas emociones que nos conmovían y agitaban.

Yo, por mi parte, salvando los años transcurridos, recordaba otros momentos de espera y mis mal comprimidas impaciencias ante la pausa y lentitud con que se movían las agujas de un reloj, indiferentes á mi afán y cariñoso anhelo.

Un prolongado silbido se oyó lejano y una negra y espesa columna de humo, cada vez más próxima, nos indicó que ya estaban muy cerca de nosotros los viajeros tan ansiosamente esperados.

Se abrió una portezuela, y descendió al andén, aun ágil y ligero, el bueno de don Miguel, luego dos conocidos de Tres Lagunas, y tras ellos, el médico, papá y

Biblioteca Nacional de Maestros

el de Bartolito y, por último, el maestro; el que tanto as y representa para nosotros.

Al verle se nos oprimió el corazón; Rafael, que estaba á mi lado, me estrechó fuertemente la mano, y aquel apretón me dijo todo lo que pensaba mi predilecto amigo y que sus labios callaban.



¡Cuánto habia cambiado!

Ya no era ni sombra del hombre sano y fuerte que nosotros habiamos dejado en el pueblo, años atrás.

Su paso era tardo y su andar menos firme; su cabello, completamente encanecido, y su rostro, intensamente pálido y demacrado.

Sólo dos cosas no habian variado en él: aquella mirada clara y serena que transparentaba su pensamiento como un cristal translúcido deja entrever la luz, y la voz cálida y simpática, sonora y vibrante aun...

Nos abrazó con efusión, y quiso que estuviéramos á su lado; sería, quizá, casualidad ó una apariencia de nuestro deseo; pero á nosotros nos pareció que nuestra vista le mejoraba.

Biblioteca Nacional de Maestros

Bien mirado, no era imposible; porque ¡sólo Dios sabe á dónde alcanzan los milagros del querer!

—¡Cuánto me alegra, queridos míos, — dijo, — volver á veros y escucharos, y cuanto me place adivinar en vuestros rostros lozanos la salud del cuerpo, y en vuestra mirada sin velos, la blancura del alma!

Os debo muchos momentos de felicidad; cuando leía vuestras cartas, francas é ingeniosas, me decía: son como yo he deseado siempre que fueran; y vuestras frases de afecto, puras, sin rebuscamiento, idas sencillamente del corazón á los labios, llenábanme más que de satisfacción, de orgullo.

—¡Oh, don José! No habremos sabido expresar, de seguro, todo lo que por usted sentimos; todo lo que usted merece...

—Te equivocas, Bertito; diciéndome, como con tanto calor me lo decíais, que en vosotros se conservaba firme é invariable mi recuerdo, ¿qué otra cosa me hubiérais podido decir?

Pero, pasemos á otro asunto: yo ya os dije, cuánta es mi satisfacción al encontraros vendiendo salud; pero estoy notando, — prosiguió, sonriendo, — que á ninguno de vosotros le ha ocurrido decirme cómo me encontráis á mí.

—¡Bien, muy bien! respondimos Eugeniano y yo, casi á coro.

—¿Os parece?

—¡Quizá se nota en usted un poco de cansancio; pero nada más!

Biblioteca Nacional de Maestros

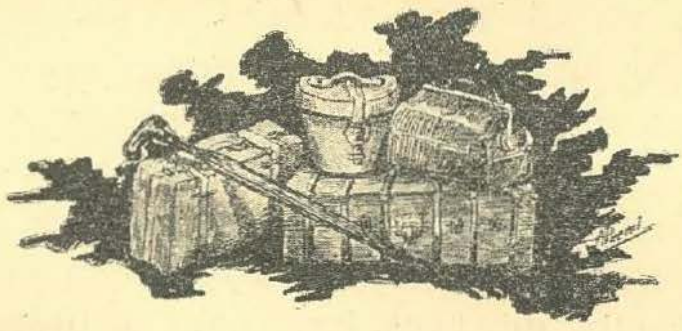
—¡Qué cansancio!—replicó Bertolito que, con su habitual vehemencia, creyó, sin duda, impolítica é inoportuna mi salvedad;—está usted fuerte, apacible y animoso, como cuando allá, en el pueblo, paseábamos á través de los campos, admirando el paisaje, que usted nos enseñó á ver y á comprender, ó escuchándole, cuando nos tenía usted á todos pendientes de sus labios, contándonos cosas interesantes ó bonitas.

Don José le miró entre satisfecho y melancólico, diciéndole muy sentido:

—¡Gracias, hijo mío!

—¡Oh!—continuó el chiquilín;—no vaya usted á pensar que se lo digo, nada más que por hablar y sin sentirlo...

—Precisamente, porque lo sientes, me complacen tus palabras; porque nada en la vida nos consuela y halaga tanto, como sentirnos objeto de un noble y generoso deseo.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XXXVI

No sé si es debido á lo mucho que le ocupa el espectáculo que á un buen observador ofrece la populosa y espléndida Buenos Aires, ó á los solícitos cuidados de que le hacen objeto papá, don Miguel y los que, acompañándole, vinieron con él de San Martín de Tres Lagunas, ó bien, que obren el milagro las sinceras manifestaciones de cariño que le tributamos, es lo cierto que don José mejora.

Biblioteca Nacional de Maestros

Está mas animoso, y hasta parece, en opinión de todos, que ha rejuvenecido.

Pasea con nosotros por las amplias avenidas de Palermo, y, como en otro tiempo, parecemos ser, nosotros y nuestra felicidad, su única y ardiente preocupación.

— Decidme, — nos preguntaba, — ¿os queréis lo mismo que en el pueblo?

— No, señor; nos queremos más, porque en Tres Lagunas hasta las hierbas de los campos parecían conocernos y amarnos; y aquí, en esta ciudad inmensa, somos indiferentes á todo el mundo; y eso nos hace sentir la necesidad de apiñarnos más y de estar, más que en aquel rincón querido de la Pampa, más unidos y más íntimos.

— Tenemos muy presente la lección de la llama: recordamos que la amistad es una alegre y cariñosa hoguera, y que, si no queremos que se extinga, es preciso no olvidarnos de echarle leña.

— Muy bien dicho, Felipe. ¿Y conserváis siempre vuestros hábitos?

— Ya lo creo; y por cierto que nos valen más de una crónica sonrisa y no pocas pullas y bromitas: algunos compañeros de colegio nos consideran unos pavotes y otros nos tienen por unos chicuelos insignificantes.

— ¿Tienen los maestros de vosotros igual concepto?

— ¡Oh, no, señor! Nos aprecian y nos quieren; algunos son tan bondadosos que nos hacen pensar frecuentemente en usted.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Pues reíos de lo que digan vuestros compañeros: sed siempre lo que sois ahora, sin otras modificaciones que las que traen consigo la experiencia y la edad; pero eso, sin extraviarse ni confundir las cosas.

Hay una curiosa casta de hombres que, bajo pretexto de ser serios y graves, son una especie de buhos, para quienes la franca y armoniosa risa es un pecado, y las demostraciones de la sana alegría una incorrección.



Estos tales, al enternecimiento, le llaman boberia; al entusiasmo, lirismo; á la bondad, sonsera; y al amor á todo lo que es elevado y noble, ridícula chifladura.

Para éstos, leer una bella poesía es perder el tiempo; y extasiarse, escuchando una música inspirada, equivale á pasearse por la luna.

¡No los imitéis jamás!

De ellos podría decirse que tienen ojos y no saben ver, y que poseyendo oídos son completamente incapaces de oir.

No: la seriedad y la gravedad son cosas muy dife-

Biblioteca Nacional de Maestros

rentes: es serio el que considera la vida como una misión augusta, el que tiene por la amistad un respeto profundo y el que ve en la honestidad una virtud nobilísima y no un escrúpulo de viejas.

No se os ocurra jamás llamar hombres graves á estos maniquíes de cara rígida y movimientos mecánicamente reglamentarios, que hacen lo que es costumbre hacer y dicen lo que la moda manda decir.

Ser un hombre serio, no es, de ninguna manera, ni menos quiere decir, ser un ente intratable; es, por el contrario, ser una persona que, siendo afable y cortés, sabe proceder, de acuerdo con las circunstancias, con la circunspección y mesura necesarias.

El hombre digno de ser llamado tal, es aquel que mostrándose en la lucha por la vida, fuerte, valeroso, tenaz, incansable y sereno, se muestra también respetuoso del derecho ajeno, sabe contribuir á la dicha de los demás y no echa nunca en olvido las rientes horas de la infancia; sus tranquilos goces, sus cándidos entretenimientos y la suavidad infinita de sus angélicas emociones.

Se ha dicho que no hay hombre tan abyecto é infeliz, como aquel cuyo corazón no late al pronunciar, estando ausente de ella, el nombre augusto de la Patria; ¿será, acaso, menos infeliz aquel que no recuerda con ternura la dulce existencia de los primeros días?

Vosotros, amigos mios, cuando tengáis que hacer frente á las contingencias de la vida, portaos siempre

Biblioteca Nacional de Maestros

con dignidad y firmeza; más aun, con solemne gravedad, cuando la ocasión lo exija; pero cuando llegue la hora cotidiana del descanso, cuando suspendáis la tarea, ¡reid! ¡cantad!

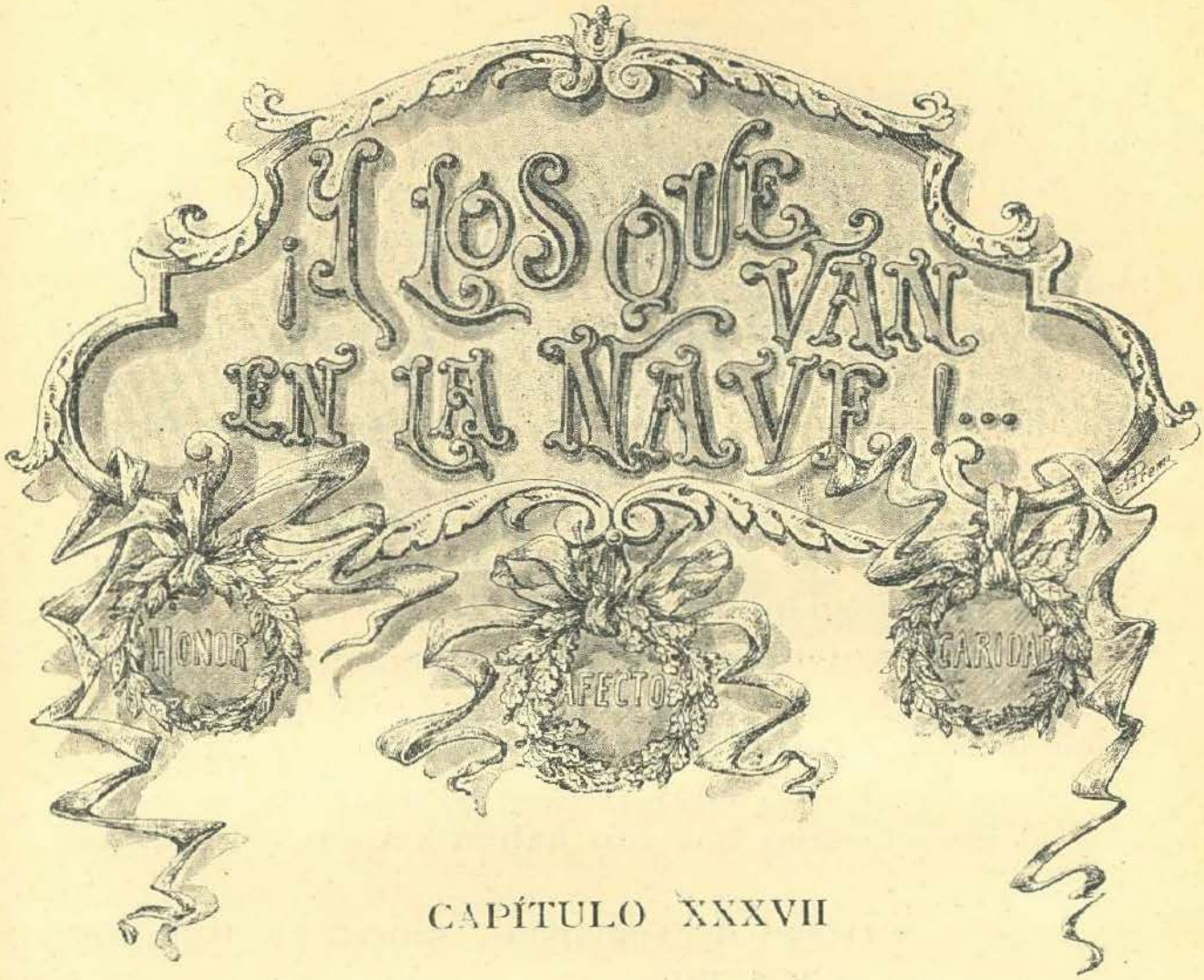
Entregaos por completo al inapreciable don de la alegría, que conforta y consuela, como todo lo que viene de lo alto, y revivid ansiosos y sin cuidados, la florida existencia de la edad temprana, con sus cándidos placeres, sus inocentes juegos y sus hechiceras emociones.

Sed seriamente graves cuando la vida lo exija; pero sed, también, durante una hora del día, niños, ¡pero, muy niños!

Esto refrescará vuestras almas y hará vuestra vida alada y ligera como el vuelo de una golondrina; rosada y luminosa como una brillante aurora.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XXXVII

La mejoría de don José ha sido, desgraciadamente, efímera.

Á medida que se acerca la hora de partir, un velo melancólico cubre su rostro, y en su mirada, tan cariñosa y franca siempre, asoma la tristeza.

Papá, el señor Montaño, el doctor Zambrano y don Miguel, hacen cuanto humanamente es posible para distraerle, pero, en vano.

Agradece con palabra cortés y una leve sonrisa el noble intento, pero no sale de su tristeza: en cambio,

Biblioteca Nacional de Maestros

cuando estamos con él, se anima y parece como si su rostro se iluminara.

Nos hace mil preguntas, aun acerca de los asuntos más insignificantes, escuchando nuestras respuestas con atento interés.

Estas conversaciones terminan siempre con algún consejo, pues es tanto lo que nos quiere, que frecuentemente se olvida de si, de sus dolores y melancolías, para no pensar sino en nosotros.

Nunca cree habernos dicho lo bastante, ni se cansa de prodigarnos los sanos frutos de su clara inteligencia y de su magnánimo corazón.

Verdad es, también, que nosotros jamás nos cansamos de oirle; por más que, á veces, lo que nos dice, humedezca nuestros ojos y nos oprima el corazon.

Hoy, sin ir más lejos, hemos pasado un rato amargo; no parecía sino que nos hablara como si lo hiciera por última vez.

—Aun á riesgo de repetirme, quiero deciros algo que deseo no echéis nunca en olvido: sois ya unos hombrecitos y es ya tiempo de que empecéis á mirar la vida como es; á saber los derechos que ella os da y las obligaciones que os impone.

Es necesario, además, que aprendáis á orientarla de tal modo, que sea el vuestro, un noble y generoso existir.

Hay infinitas gentes que por no haberse fijado lo suficiente en puntos tan importantes, son, siempre, desgraciados.

Biblioteca Nacional de Maestros

El objeto de la vida no consiste en divertirse, sino en sentir hondo; como la felicidad no se encuentra en la inacción, sino en la labor fecunda.

El que siente hondo, anega su alma en la virtud, en el noble amor fraternal que solidariza á todos los hombres, haciéndole ver, en cada uno de ellos, un hermano, un ser unido á él por identidad de origen, por un destino común.

De igual manera, el que lucha, se esfuerza y sufre para crear algo; el que sabe cuánta voluntad y constancia ha necesitado prodigar antes de ver concluída su obra, sabe valorar, honrar y enaltecer la ajena, aprendiendo á ser adorador de la justicia, que es, además de la más alta de las virtudes, el más grande de los atributos de Dios.

Huid siempre del peor de los enemigos; del exagerado amor propio; de la insensata adoración de sí mismo que, por desgracia, ciega á tantos hombres, induciéndoles á considerarse superiores á los demás, á creer que cuanto dicen ellos es lo justo y lo verdadero, y á no ver en los demás sino el error, la pequeñez y la vulgaridad.

Si sois ricos, considerad que la Providencia, al cubriros de bienes, os ha impuesto la obligación de tender vuestra mano al desgraciado, acudiendo en su ayuda, no como se acude á un ser enojoso ó molesto; sino como á un hermano combatido por el infortunio; si sois pobres, no aumentéis vuestra desgracia siendo envidiosos, ni entregándoos al abandono; pensad que los

Biblioteca Nacional de Maestros

males, como los bienes, son en la tierra pasajeros, y que Dios ayuda al que sabe ayudarse.

Nunca aprenderéis, quizá, á comprender del todo el sentimiento consolador que inunda el alma de aquel que tiene la pura satisfacción de borrar una lágrima ó una pena.



No caigáis en la bajeza de adular á nadie, sea rico ó sea pobre; porque, si bien el excesivo amor propio es vicio aborrecible, el olvido de la dignidad personal es acto que deprime y envilece.

Si tenéis que alabar, hacedlo con sinceridad y mesura, pero sin exceso; porque la loanza excesiva rebaja al que la prodiga y lastima al que es objeto de ella.

Pensad siempre que no hay peor injusticia que la de suponer en alguien sentimientos aviesos ó intenciones inconfesables, sin más fundamentos que una vana apreciación ó un juicio antojadizo: por eso, no hay, acaso, defecto tan odioso como la maledicencia.

Sed sencillos, veraces, afectuosos y tolerantes; pedid á Dios que libre á vuestro pensamiento de ideas innobles y á vuestro corazón de sentimientos ruines; partid

Biblioteca Nacional de Maestros

vuestro pan con el menesteroso, y al hacerlo, añadid, al auxilio material, el bálsamo de una palabra cariñosa.

Sed idólatras del trabajo y procurad que vuestro pensamiento esté siempre en lo alto, en la región donde todo es puro y sereno; no améis los bienes materiales más de lo debido, porque la riqueza puede ser un medio de vida, pero no la vida misma; si procedéis así, será vuestra juventud un claro amanecer; vuestra madurez un dulce crepúsculo y será para vosotros la vejez un suave y poético ensueño.

Grabar en vuestras almas estos principios ha sido mi anhelo constante; ¡calculad cómo sufriría el alma de vuestro maestro si los olvidábais! ¡no podría dormir tranquilo el último sueño!

Todos nos sentíamos entristecidos; ¿dudaría aquel corazón tan amable de nosotros? ¿creería posible que su memoria cayera un día en el olvido? Este pensamiento ponía un nudo en nuestra garganta.

—Señor, señor,— dijo Bartolito, más que conmovido, lloroso; —¿por qué nos habla usted así? ¿puede dudar de nuestro cariño y de nuestra veneración?

Don José sonrió tristemente, y pellizcando cariñosamente la mejilla del vehemente niño, le contestó:

—Nada de eso, querido; mis palabras obedecen á un sentimiento muy diferente.

Cuando estábais en Tres Lagunas, leístes algunas veces un libro titulado *Elocuencia* y *Poesías castellanas:* precisamente, fuíste tú el que, enamorado de unos versos que el libro traía, los recitabas con frecuencia ¿te acuerdas de ellos?

Biblioteca Nacional de Maestros

—¡Oh, sí, señor!

—Recítalos, pues, te lo suplico.

—Lo haré con gusto, puesto que á usted le placen:

Los que quedan en el puerto
cuando la nave se va,
dicen, al ver que se aleja:
¡quién sabe si volverá!

—

Y los que van en la nave,
dicen, mirando hacia atrás:
¡quién sabe cuando volvamos
si se habrán marchado ya!

—Pues por esto, hijo mío; por esto os hablo así; porque la nave que va á llevarme puede no volver ó volver sin mí; y porque, si acaso vuelvo... puede que no os encuentre ya.

—¡Pudiéramos morir! —exclamé yo.

—No: si yo vuelvo y no os encuentro, no será que la muerte haya tocado vuestras frentes, sino que la suerte os habrá dispersado, como dispersa las arenas y las nubes; las hojas y las flores... ¡las vidas y los corazones!

De cuanto le interesa al hombre, sólo dos cosas no puede adivinar: el rincón del camino donde detendrá para siempre el paso y la mano piadosa que ha de cerrar sus ojos.

Biblioteca Nacional de Maestros



NUESTRO DESTINO

CAPÍTULO XXXVIII

Serás lo que debas ser,
ó sino, no serás nada.

DEJEMOS de lado este asunto,—continuó don José,—pues aun queda por deciros algo que, afortunadamente, nada tiene de amargo ni de triste.

De entre la crecida pléyade de los hombres grandes y magnánimos que con su generoso esfuerzo crea-

Biblioteca Nacional de Maestros

ron la Patria, hay uno en quien la gloria militar parece haber obscurecido otras virtudes más humildes, pero no menos puras y dignas de admiración.

Tal hombre fué San Martín.

Gigantescas fueron sus empresas y admirable el genio con que las llevó á cabo; pero, no menos merecedores de loa y de imitación, no menos dignos de enorgullecer á sus compatriotas, fueron su nobilísimo carácter, su amor á la verdad, su fe ciega en la eficacia de la virtud y del bien y la entereza y varonil resignación con que arrostró sus dolores y la ingratitud de aquellos á quienes hizo libres y dueños de su suerte.

San Martín solía decir: *Serás lo que debas ser, ó sino, no serás nada.*

Máxima profunda que, además de un gran sentido moral, encierra una admirable regla de conducta; y que, de ser fielmente observada y tenida en cuenta, evitaría los dolores del fracaso á muchos hombres.

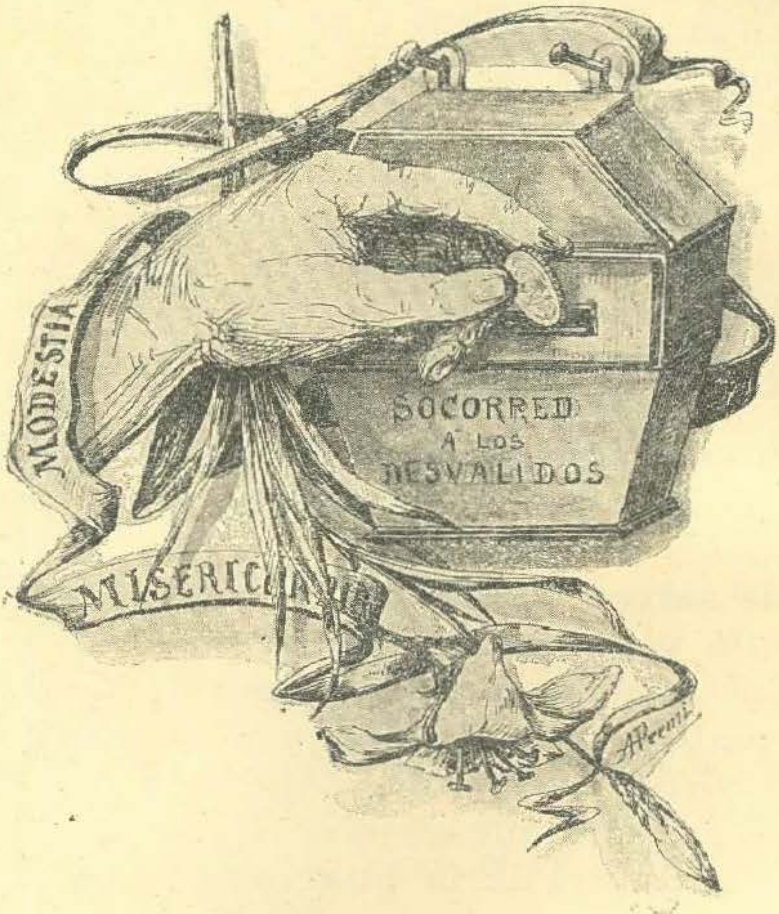
Infinitos son los que, al considerar ó decidir lo que podrán ó deberán ser en la vida, toman en cuenta, más que sus fuerzas, sus deseos, mostrándose á menudo más ambiciosos de lo que fuera razonable y justo esperar.

Si el hombre considerase sin pasión ni petulancia lo que puede acometer con éxito; si limitase su ambición á conseguir lo posible; *si fuera lo que puede y debe ser,* alcanzaría esa felicidad que estriba en emplear noble y dignamente la vida, dentro del círculo de acción que nuestras facultades y talentos nos marcan.

Pero, como la casi totalidad de los mortales no

Biblioteca Nacional de Maestros

tienen la sensatez de mirarse tal cual ellos son, ni la cordura de apreciarse en lo que justamente valen, resulta que ponen sus aspiraciones en alturas inaccesibles para ellos; y, como *no son lo que deben ser,* — acaban *por no ser nada.*



Procurad substraeros á ese erróneo modo de proceder y estad siempre alerta entre las fantasías del amor propio cuando de determinar lo que debéis y podéis ser se trate, y vuestra vida será digna, feliz y apacible.

Para ser un ciudadano digno, honesto y respetable, no es necesario hacer cosas grandes, sino hacer las chicas bien y con oportunidad; porque, al fin y al cabo, en el conjunto de cosas y acciones que constituyen la vida, las humildes y las de poco valor, son las que más abundan.

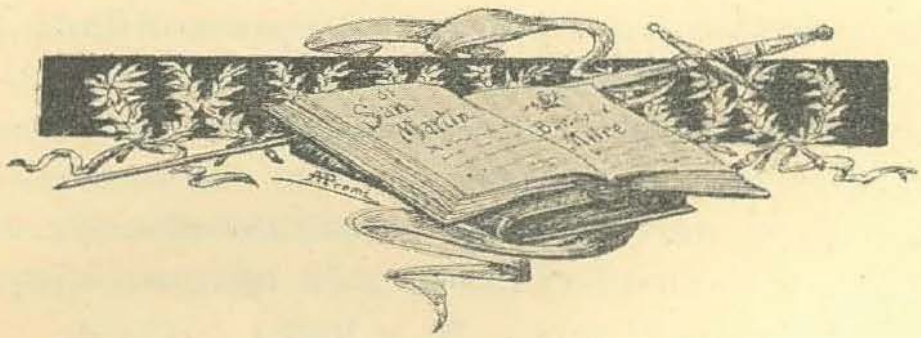
Para tener derecho á la consideración de nuestros semejantes, nos basta con tener lo que no falta á nadie cuando queremos tenerlo: fe y buen corazón.

Biblioteca Nacional de Maestros

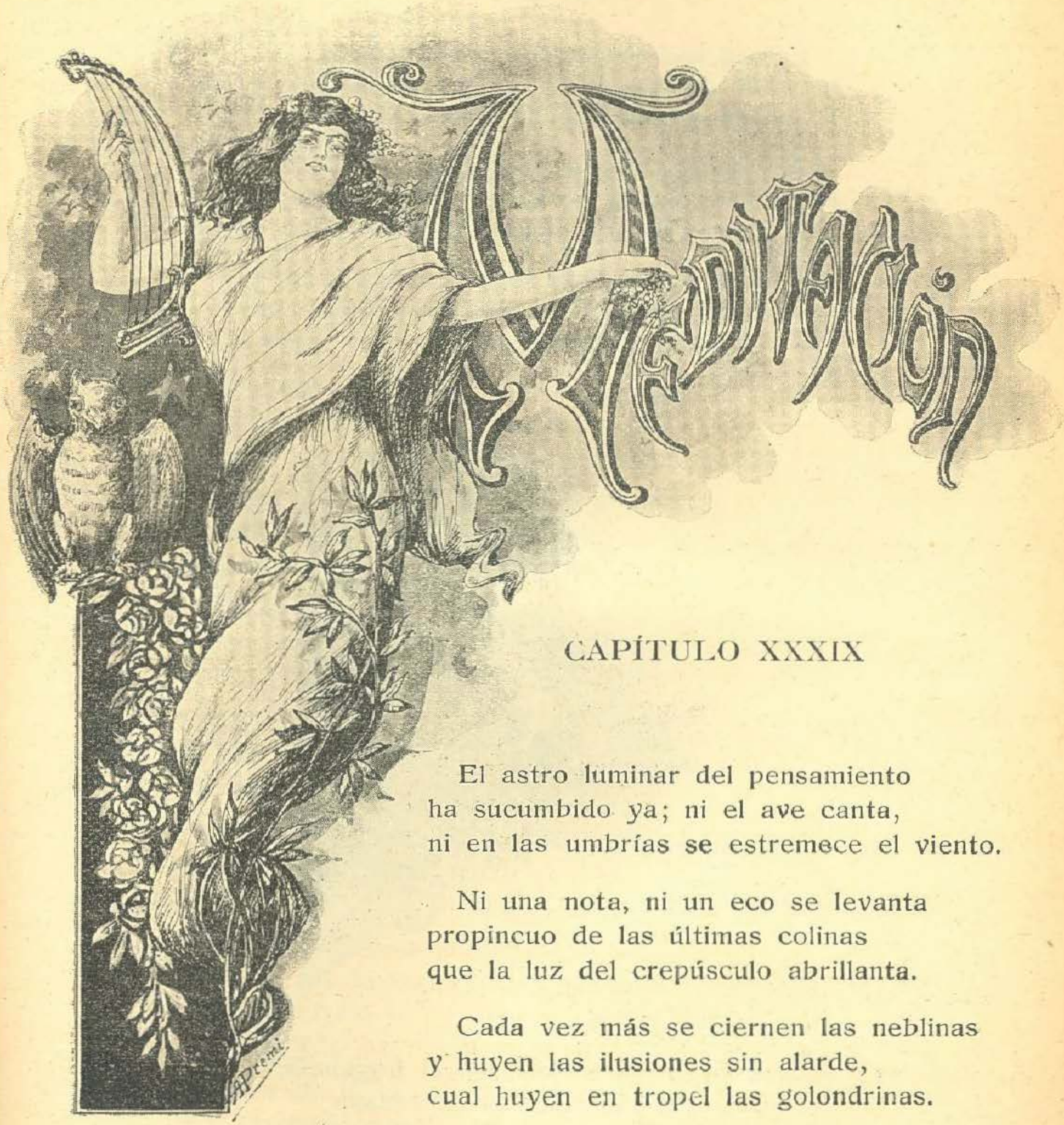
Con ello nos basta para ver en todos los hombres hermanos y tratarlos como tales; para compadecerles en sus infortunios y alegrarnos con sus dichas; para mirar todas las cosas con espíritu ecuánime y recrearnos con su hermosura; porque, en el mundo, puede decirse que no hay cosa que no sea bella cuando se la mira con buenos ojos.

Está en nuestra mano ser sencillos, modestos, bondadosos y tolerantes y nadie puede impedirnos que seamos veraces y respetuosos del derecho y buen concepto ajeno; que consolemos al que sufre ó que acudamos en socorro del desamparado, como de nadie, sino de nosotros mismos, depende que nuestra conciencia esté siempre satisfecha y tranquila.

Pocos son aquellos á quienes pone Dios en la frente la misteriosa llama del talento y del genio, y, por lo tanto, escasos son los que realizan y llevan á cabo obras inmortales que salven su nombre del olvido para convertirlo en orgullo y admiración de la posteridad; pero todos, ¡todos los nacidos pueden, y, por lo tanto, lo podéis vosotros, realizar el bien y la justicia, practicar y enaltenecer la virtud; ser, en una palabra, hombres buenos y misericordiosos, que serlo, es, en definitiva, no sólo vuestro destino, sino el de la humanidad entera.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XXXIX

El astro luminar del pensamiento
ha sucumbido ya; ni el ave canta,
ni en las umbrías se estremece el viento.

Ni una nota, ni un eco se levanta
propincuo de las últimas colinas
que la luz del crepúsculo abrillanta.

Cada vez más se ciernen las neblinas
y huyen las ilusiones sin alarde,
cual huyen en tropel las golondrinas.

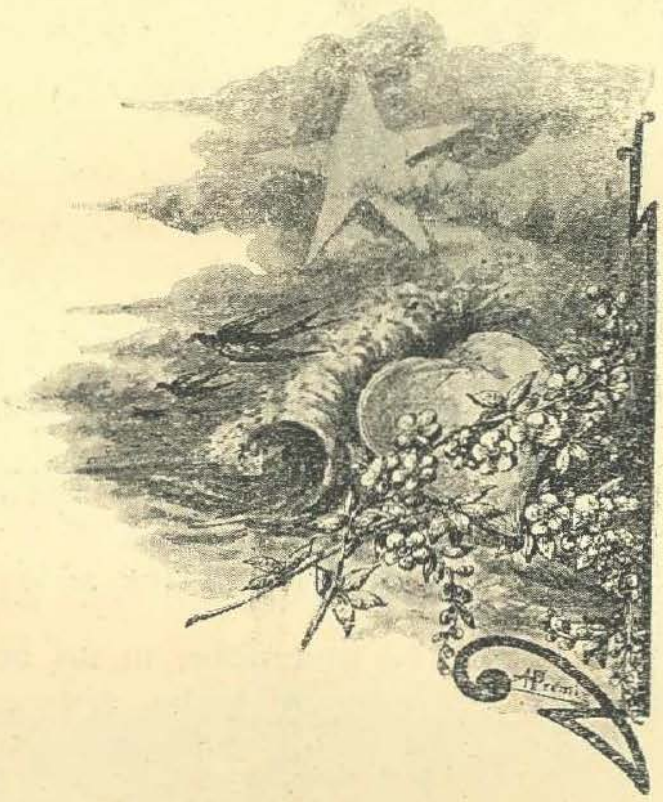
Biblioteca Nacional de Maestros

Sólo á lo lejos de los mundos arde—
miosotis de oro en la cerúlea toca—
la estrella refulgente de la tarde,

Á cuya luz el corazón invoca
la paz llorada, la serena vida,
cuyo recuerdo mi aflicción provoca.

Á cuya luz el alma enternecida
se remonta al edén de mis ensueños,
dulces vestigios de la edad florida.

. . . . . .



. . . . . .

¿En dónde están la tropical fragancia,
la dulce voz, las plácidas querellas,
que apenas laten hoy á la distancia?

Biblioteca Nacional de Maestros

¿En dónde están mis concepciones bellas,
tan puras cual la luz de las auroras,
tan castas cual la luz de las estrellas?...

Ni el aire de las selvas tembladoras,
ni el agua de las fuentes cristalinas
llegan á mí, como en aquellas horas—

De otros mundos dichosas peregrinas—
que al revolar hacia el confín lejano,
¡nos dejan en el alma las espinas!

Por eso, de la vida en el arcano,
la fugaz existencia de las flores
tiene el placer del corazón humano.

¿Qué vale ambicionar regios honores,
doradas palmas de mentida gloria,
necios aplausos, cánticos y amores,

Si es la nuestra una suerte transitoria,
donde van al azar nuestros despojos,
como la arcilla vil, como la escoria?

¿Si cuando exploran ávidos los ojos
el amplio circo que en redor se alcanza,
en vez de flores sólo ven abrojos?

Nuestra vida es un punto sin bonanza,
donde no hay otro norte, ni otro guía,
¡que el lucero inmortal de la esperanza!

¡Oh divino sostén del alma mía!
falto de tus benignos resplandores,
¿qué fuera de mi ser en la agonía?

En vano busca el genio en sus ardores
la clave de lo ignoto entre la ciencia,
que esplende como un sol en sus albores;

Biblioteca Nacional de Maestros

En vano pugna el hombre en su impotencia
por leer el enigma del futuro,
donde se estrella toda su experiencia;

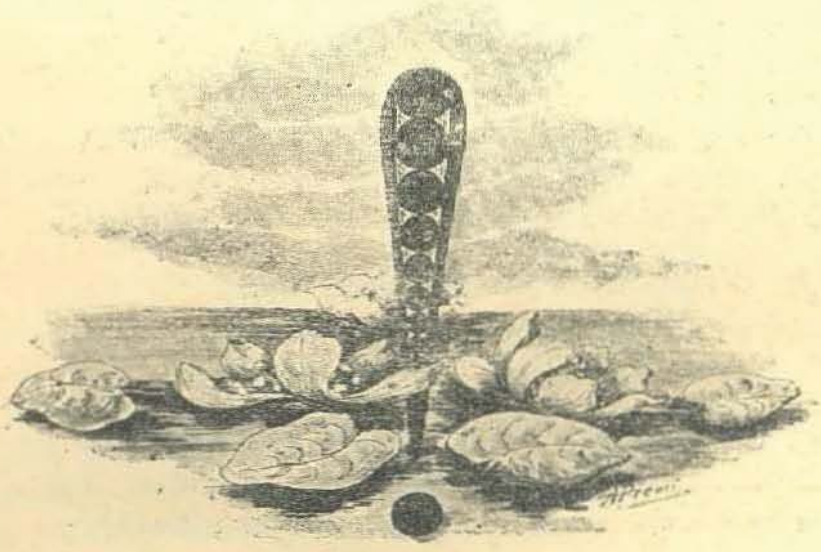
Un ser habrá que desde el suelo impuro
no circunscriba del planeta el vuelo
por la región del inmortal seguro;

Habrá un Colón que en su incesante anhelo
columbre el sol de un nuevo continente
que se destaque en el confín del cielo;

Un Gutemberg, y un Newton eminente,
que obtengan de la musa enardecida
cien gajos de laurel para su frente.

Mas por grande y excelsa y atrevida
la humanidad que en aprender se afana,
nunca, en el torbellino de la vida,
¡sabrá qué sol le alumbrará mañana!

EUGENIO C. NOÉ.



Biblioteca Nacional de Maestros



CAPÍTULO XL

Partió el noble maestro dejando un vacío que nada ni nadie llenará: todos, grandes y chicos, le hemos acompañado, y, en aquel momento triste, al pisar la cubierta del buque hemos valorado, como nunca lo hicimos, lo que es para nosotros, cuánto le debemos y con cuánta devoción le amamos.

Á medida que la hora de la partida se aproximaba, nos acercábamos más á él, que hablaba poco y sonreía mucho.

Por fin, ha sido preciso abandonar el buque, y entonces no hemos podido más: hemos abrazado al buen maestro amado y nuestras lágrimas, puras y sinceras,

Biblioteca Nacional de Maestros

salidas de corazones que aun no saben fingir, le han dicho que la vida, que según él dice, dispersa tantas cosas, no tendrá poder suficiente para arrancar de nuestras almas su santo recuerdo, ni la memoria de sus virtudes.

Lentamente primero; con mayor rapidez después, pero siempre con majestuosa solemnidad, el buque se apartó del dique.

Adioses; recomendaciones y cálidas palabras de cariño, cruzábanse entre los del buque y los que, apiñados en los muelles, les veían partir.

Momentos después, cuando la distancia ya no dejaba percibir las voces, fueron los pañuelos, nerviosamente agitados, por manos inquietas, los que hablaron:

—¡Acordáos de nosotros! parecían decir unos.

—¡Que la suerte os acompañe! Volved pronto!— parecían responder los otros.

Á medida que la mole del buque se reducía, amenguaba el número de los que le vieron partir.

Del antes ingente grupo, desgranáronse, primero, aquellos á quienes la curiosidad, la cortesía ó la conveniencia había llevado á despedir á algún amigo; luego, otros á quienes el deber ó la obligación llamaban á otra parte.

Al último quedaron solamente los que aun se hacían la ilusión de ver á los viajeros; los que aun no tenían secos los ojos; padres que veían partir á sus hijos; niños que se veían separados de sus padres por poco ó mucho tiempo: ¡para siempre quizás!, y algu-

Biblioteca Nacional de Maestros

nos pobres y melancólicos viejos á quienes los sufrimientos y los años habían abatido, y que, temerosos, pensaban que quizás fuera el último y postrero, el ¡adiós! que á los suyos acababan de dar.

El buque desapareció del todo: entonces, nuestras miradas se elevaron al cielo, y estoy seguro de que todos imploramos á Dios que devolviera la salud al que tantas y tan bellas cosas nos hizo comprender y sentir, para que pudiera continuar la noble misión de esparcir en la tierra semillas benditas de bondad, de amor y de virtud.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

000757

Biblioteca Nacional de Maestros